

Sin Novedad en el Frente

Enrich Maria Remarque

Capítulo 1

Nos encontramos en la retaguardia, a nueve kilómetros del frente. Ayer nos relevaron. Ahora tenemos el estómago lleno de judías con carne de buey, estamos saciados y satisfechos. Incluso han sobrado para esta noche y cada uno de nosotros ha podido llenar su fiambarrera para la cena. Además hay doble ración de salchicha y de pan. Esto va bien. Hacía mucho tiempo que no se había presentado un caso como éste; el furriel, con su cara roja como un tomate, viene en persona a ofrecernos la comida. Llama con una seña a todos los que pasan y les sirve una buena ración. Casi está desesperado pues no sabe cómo vaciar de rancho su caldera. Tjaden y Müller han encontrado un par de baldes y se los han hecho llenar hasta los topes, como reserva. Tjaden lo hace por gula, Müller por precaución. Nadie puede explicarse dónde diablos mete Tjaden tanta comida. El sigue, como siempre, más seco que un arenque prensado.

Pero lo mejor es que también hemos tenido doble ración de tabaco. Diez cigarros, veinte cigarrillos y dos pastillas para mascar, a cada uno. Es una cantidad muy razonable. He cambiado mis pastillas por los cigarrillos de Kaczinsky, con lo que ahora tengo cuarenta. Suficientes para un día.

Si he de decir la verdad, no nos estaban destinadas tantas provisiones. Los prusianos no son tan espléndidos. Todo lo debemos a un simple error.

Hace quince días que nos hicieron ir a la primera línea, a relevar. Nuestro sector estaba bastante en calma y, por esto, el furriel recibió para el día de nuestra vuelta la cantidad habitual de provisiones, y había preparado lo necesario para los ciento cincuenta hombres de nuestra compañía. Pero, sin embargo, el último día precisamente, con gran sorpresa por nuestra parte, la artillería pesada inglesa hizo de las suyas sin parar, ametrallando sin descanso nuestra posición, y causándonos tantas bajas que sólo regresamos ochenta hombres.

Volvimos por la noche y nos acostamos enseguida para poder, por fin, descabezar un buen sueño; Kat tiene razón; al fin y al cabo no sería tan desagradable la guerra si pudiésemos dormir un poco más. En primera línea casi no nos es posible y los turnos de quince días se hacen muy largos.

Era ya mediodía cuando los primeros de nosotros salimos, agachados, de las barracas. Media hora más tarde cada uno había cogido ya la fiambarrera y nos apiñábamos en torno de su majestad la manduca que, por cierto, despedía un olor fuerte y apetitoso. Delante, como es natural, estaban los más hambrientos: Albert, el más pequeño y también el que tiene las ideas más claras de todos nosotros, cosa que, por cierto, sólo le ha permitido llegar, con

mucho esfuerzo, a soldado de primera; Müller, que todavía arrastra por todas partes sus libros de texto y sueña en unos utópicos exámenes (incluso en medio de un bombardeo se abstrae pensando en sus teoremas de física); Leer, que lleva una enorme barba y siente una gran predilección por las mujeres de los prostíbulos para oficiales, jura y vuelve a jurar, refiriéndose a ellas que, por orden de la Comandancia General, están obligadas a llevar camisas de seda y que, para los clientes que sobrepasen el grado de capitán, deben tomar antes un baño. El cuarto soy yo, Pablo Bäumer. Los cuatro tenemos diecinueve años, los cuatro hemos salido de la misma clase para ir a la guerra.

Inmediatamente detrás de nosotros están situados nuestros amigos. Tjaden, un cerrajero delgadísimo que tiene nuestra misma edad, el mayor goloso de la compañía. Se sienta a comer seco como un espárrago y se levanta más hinchado que una pulga preñada; Haie Westhus, de la misma edad, un minero que puede, con toda facilidad, meter un pan de munición en su puño y cerrándolo preguntaros: «¿Sabes lo que tengo aquí dentro?»; Detering, un campesino que sólo piensa en su alquería y en su mujer; finalmente, Estanislao Kaczinsky, el jefe de nuestro grupo, pícaro, tenaz, desprendido, con cuarenta años, cara terrosa, los hombros caídos y un magnífico olfato para oler el peligro, la buena comida y los escondrijos más seguros.

Nuestro grupo formaba en cabeza de la gran serpiente que se enroscaba delante del rancho y comenzábamos a impacientarnos porque el furriel seguía quieto como un muñeco, esperando. Por fin, Kaczinsky le gritó:

—¡Vamos, Enrique, abre de una vez tu caldera!; todos sabemos que las judías están listas.

Él, sin embargo, movió la cabeza con aburrimiento:

—Cuando estéis todos aquí...

Tjaden, insinuó con malicia:

—Ya estamos todos.

El furriel se hacía el sueco.

—¡Eso quisierais! ¿Dónde están los demás?

—¡No serás tú quien los harte hoy! Ambulancia y fosa común...

El hombre vaciló como si le hubieran golpeado en la cabeza:

—¡Y yo que he cocinado para ciento cincuenta hombres!

Kropp le dio un empujón.

—Bueno, sírvenos la comida de una vez. ¡Empieza, que ya es hora!

Súbitamente una idea luminosa cruzó por el cerebro de Tjaden. Su cara

puntiaguda, de rata, empezó a aclararse, se le contrajeron los ojos de malicia, y, temblándole las mejillas, se acercó al furriel tanto como le fue posible:

—¡Pero, hijo mío!, o sea que has recibido también pan para ciento cincuenta hombres, ¿no es cierto?

El cabo, desconcertado todavía, movió la cabeza afirmativamente.

Tjaden le cogió por la guerrera.

—¿Y salchichas también?

La cara, roja como un tomate, asintió de nuevo.

A Tjaden le temblaban las mandíbulas.

—¿Y tabaco?

—Sí, de todo.

Tjaden se volvió radiante.

—¡Dios!, ¡a esto se le llama tener churra! Entonces... ¡Todo es para nosotros! A cada uno le toca... espera... ¡justo: doble ración!

Pero el «Tomate» había despertado por fin y dijo:

—¡No, eso no puede ser!

—¿Por qué no puede ser, vamos a ver, tío zanahoria? —preguntó Kaczinsky.

—Lo que es para ciento cincuenta no puede ser para ochenta.

—Ya te lo demostraremos —gruñó Müller.

—El rancho, bueno; pero de las otras raciones sólo os puedo dar ochenta —insistió el «Tomate».

Kaczinsky se amoscó.

—¿Quieres que te releven o qué? No has recibido pitanza para ciento cincuenta hombres, sino para la segunda compañía; y nos la darás. La segunda compañía somos nosotros.

Le rodeamos con malas intenciones. Nadie podía soportarle porque, por su culpa, en la trinchera, habíamos comido más de una vez frío y con retraso; en cuanto silbaban un poco las bombas ya no se atrevía a acercarse con la caldera y nuestros compañeros de turno tenían que andar mucho más que los de las otras compañías. Bulcke, por ejemplo, de la primera, se portaba mucho mejor. Estaba gordo como una marmota, pero cuando convenía arrastraba las calderas hasta la primera línea. Estábamos pues de un humor que aseguraba la leña si no se hubiera presentado, de pronto, el teniente que nos mandaba. Se informó

de la causa del jaleo y se limitó a decir:

—Sí, ayer tuvimos muchas bajas.

Después miró en la caldera y añadió:

—Tienen buen aspecto estas judías.

El «Tomate» hizo un gesto afirmativo:

—Las he hecho con carne y manteca.

El teniente nos miró. Sabía lo que pensábamos. Sabía, además, muchas otras cosas porque se había hecho hombre entre nosotros y no era más que cabo cuando llegó a la compañía. Levantó de nuevo la tapa y olfateó.

—Traedme un buen plato a mí también —dijo mientras se alejaba— y repartid todas las raciones. Bastante las necesitan.

El «Tomate» puso cara de imbécil mientras Tjaden bailaba a su alrededor.

—¡Si no te perjudica en nada! Parece creerse el dueño de la Intendencia, éste... ¡Vamos, empieza, viejo asqueroso, y no te descuentes!

—¡Así te ahorquen! —refunfuñó el «Tomate».

Estaba atónito. Era incapaz de comprender tamaña sinrazón. El mundo había perdido el sentido común y, como si quisiera demostrar que todo le era indiferente, nos distribuyó, además, voluntariamente media libra de miel artificial por cabeza.

Hoy realmente es un buen día. No ha faltado ni el correo. Casi todos hemos recibido un par de cartas y algunos periódicos. Ahora nos vamos, ganduleando, hacia el prado, detrás de las barracas. Kropp lleva bajo el brazo la tapa de un barril de margarina.

En la orilla derecha del prado han construido una gran letrina general, un edificio sólido y bien cubierto. Pero esto lo dejamos a los caloyos, que todavía no han aprendido a gozar de las cosas. Nosotros sabemos algo mejor. Así veríais, repartidas por todas partes, unas cajas individuales que sirven para el mismo objeto. Cuadradas, limpias, hechas todas ellas de madera, bien acabadas, con un asiento cómodo e irreprochable. De los lados penden unas asas que permiten transportarlas.

Ponemos tres de ellas en círculo y tomamos asiento confortablemente. No nos levantaremos antes de dos horas.

Todavía me acuerdo de qué vergüenza pasábamos al principio, siendo reclutas, cuando en el cuartel debíamos utilizar la letrina general. No tiene puertas y los hombres, hasta veinte, se sientan el uno al lado del otro, como en un tren. De una sola mirada puedes abarcarlos a todos; el soldado ha de estar

siempre bajo vigilancia.

Con el tiempo hemos aprendido algo más que a dominar esta pequeña vergüenza. Ahora conocemos otras cosas.

Pero aquí, al aire libre, la cosa resulta una verdadera delicia. No me explico ya por qué antes cerrábamos tímidamente los ojos delante de estas cosas tan naturales como el comer o el beber. Quizá ni sería necesario mencionarlas si no fuera porque juegan en nuestras vidas un papel esencial, a pesar de haber constituido para nosotros una auténtica novedad; los veteranos las conocían tiempo ha.

Para el soldado, su estómago y su digestión son un campo mucho más familiar que para cualquier otro hombre. Las tres cuartas partes de su léxico provienen de aquí, y la expresión de su alegría, al igual que la de su más colérica indignación, encuentran en estas palabras su fuerza descriptiva. Es imposible, de otra forma, expresarse más clara y rotundamente. Nuestras familias y nuestros profesores se escandalizarán cuando volvamos, pero aquí es el idioma universal.

Todas estas actividades han recobrado su inocencia gracias a su forzosa publicidad. Más aún: las consideramos tan naturales que apreciamos lo confortable de la operación de la misma manera que, por ejemplo, cuando podemos jugar un buen tute en un lugar seguro, al abrigo de los obuses. No es por casualidad que para designar los comedores de cualquier tipo, hayamos encontrado la expresión «chafarderías de letrina». Estos lugares son, en el servicio, los rincones preferidos para charlar, los sustitutos de las tertulias del café.

En estos momentos nos sentimos mejor aquí que en cualquier «water-closet» de lujo con baldosas blancas. Aquello tan sólo será más higiénico. Aquí se está magníficamente.

Son horas de una maravillosa inconsciencia. Sobre nuestras cabezas se extiende el cielo azul. En el horizonte brillan los globos cautivos, atravesados por rayos de sol, y las nubes blanquecinas de los «shrapnells». De vez en cuando, persiguiendo a un avión, se levantan como una espiga muy alta.

El sordo rumor del frente apenas nos llega, como el de una tormenta lejana. Los abejorros que pasan zumbando cerca de nosotros lo dominan fácilmente.

A nuestro alrededor se extiende el prado florido. Los tiernos tallos de la hierba ondean levemente. Algunas mariposas vienen hacia nosotros con su vuelo vacilante, planean con sus alas blancas en el aire, suave y tibio, del verano agonizante.

Leemos cartas y periódicos. Fumamos. Nos sacamos los cascos y los

dejamos en el suelo cerca de nosotros. La brisa juega con nuestros cabellos, juega con nuestras palabras y nuestros pensamientos.

Las tres cajas sobre las que nos hemos sentado están cercadas de amapolas, rojas y brillantes.

Ponemos sobre nuestras rodillas la tapa del barril de margarina improvisando así una mesa para jugar a las cartas. Kropp ha traído una baraja y empezamos.

Se podría estar sentado aquí toda una eternidad.

De los barracones nos llegan los sonos de un acordeón. De vez en cuando abandonamos las cartas para contemplarnos. Alguno de nosotros dice:

—Muchachos..., muchachos...

O bien:

—Y pensar que esto hubiera podido terminarse.

Por un momento caemos en el más profundo silencio. Vibra en nosotros una emoción fuerte y contenida. La sentimos, no es necesario expresarla. Fácilmente hubiera podido ocurrir que uno de nosotros no se encontrara hoy aquí, sobre estas cajas. Ha faltado muy poco, ¡maldita sea! Por esta razón, todo nos parece ahora fuerte y vivificante. Las amapolas rojas y la buena comida, los cigarrillos y la brisa.

Kropp pregunta:

—¿Alguien ha vuelto a ver a Kemmerich?

—Está en San José —respondo.

Müller cree que la bala le atravesó la parte superior del muslo. Un buen pasaporte para volver a casa.

Decidimos ir a visitarle después de comer.

Kropp se saca una carta del bolsillo.

—Kantorek me dice que os salude de su parte.

Nos reímos. Müller tira el cigarrillo y exclama:

—Aquí quisiera verle.

Kantorek era nuestro profesor; un hombre pequeño y severo, con levita gris y cara de musaraña. Tenía, poco más o menos, la misma estatura que el suboficial Himmelstoss, el «terror de Klosterberg». Resulta cómico, por otra parte, que la desgracia en este mundo venga tan a menudo de la mano de hombres cortos de talla. Son mucho más enérgicos que los altos. Siempre he

evitado formar parte de compañías mandadas por hombres pequeños; en general son inaguantablemente necios.

Kantorek, en las horas de gimnasia, nos atiborró de discursos hasta que toda nuestra clase, con él a la cabeza, fuimos a la Comandancia del distrito para alistarnos. Todavía lo veo delante de mí, preguntándonos con los ojos relampagueantes tras los cristales de las gafas y la voz conmovida:

—Iréis todos, ¿no es cierto?

Estos pedagogos llevan, con excesiva frecuencia, los sentimientos en el bolsillo del chaleco; ciertamente de esta forma pueden distribuirlos en cualquier momento. Pero nosotros, entonces, no lo sabíamos.

Sólo uno se resistió a venir. Joseph Behm, un muchacho gordo y bonifacio. Más tarde, sin embargo, se dejó convencer. No tenía otra alternativa. Quizás otros pensarán como él, pero era muy difícil confesarlo, pues en aquella época incluso vuestros padres tenían presta la palabra «cobarde» para echárnosla al rostro. Y es que entonces nadie presentía lo que iba a pasar. Los más razonables eran, sin duda, la gente sencilla y pobre; enseguida consideraron la guerra como un desastre, mientras que, por el contrario, los acomodados no cabían en su piel de alegría; y, sin embargo, ellos, mejor que nadie, pudieron prever las consecuencias.

Katczynsky dice que de eso tiene la culpa la educación, que nos atonta. Y pensad que cuando Kat afirma algo, es que antes lo ha meditado bien.

Casualmente, Behm fue de los primeros en caer. Recibió una bala en los ojos durante un combate y lo dejamos por muerto. No pudimos recogerle porque debimos retroceder precipitadamente. Por la tarde lo oímos gritar y vimos cómo se arrastraba por el campo. Sólo había perdido el conocimiento. Como no podía ver, zigzagueaba loco de dolor, sin aprovechar ninguna defensa, sin cubrirse. Así le mataron a tiros desde el otro lado, antes que nadie de nosotros hubiera podido salir a buscarlo.

Naturalmente eso no puede ser relacionado con Kantorek; ¿cómo terminaríamos, si no, empezando por ver ahí una culpabilidad? Existen miles de Kantoreks y todos están convencidos de que lo que hacen, tan cómodo para ellos, es lo mejor que pueden hacer.

Precisamente en esto consiste su fracaso.

Habrían debido ser para nosotros, jóvenes de dieciocho años, los mediadores, los guías, que nos condujeran al mundo de la madurez, al mundo del trabajo, del deber, de la cultura y del progreso, hacia el porvenir. A veces nos burlábamos de ellos y les jugábamos alguna trastada, pero en el fondo teníamos fe en ellos. La noción de la autoridad, que representaban, les

otorgaba a nuestros ojos mucha más perspicacia y sentido común. Pero el primero de nosotros que murió echó por los suelos esta convicción. Tuvimos que darnos cuenta de que nuestra edad era mucho más leal que la suya; no tenían por encima de nosotros más ventajas que la frase huera y la habilidad. El primer bombardeo nos reveló nuestro error, y al darnos cuenta de ello, se derrumbó, con él, el concepto del mundo que nos habían enseñado.

Mientras ellos seguían escribiendo y discurseando, nosotros veíamos ambulancias y moribundos; mientras ellos proclamaban como sublime el servicio al Estado, nosotros sabíamos ya que el miedo a la muerte es mucho más intenso. Con todo, no fuimos rebeldes, ni desertores, ni cobardes —tenían siempre tan dispuestas estas palabras—; amábamos a nuestra patria tanto como ellos y al llegar el momento de un ataque, nos lanzábamos a él con coraje. Pero ahora distinguíamos. Ahora habíamos aprendido a mirar las cosas cara a cara y nos dábamos cuenta que, en su mundo, nada se sostenía. Nos sentimos solos de pronto, terriblemente solos; y solos también debíamos encontrar la salida.

Antes de visitar a Kemmerich, hacemos un paquete con todas sus cosas; podría necesitarlas durante el camino.

En el ambulatorio hay mucho movimiento; como siempre, hiede a fenol, a pus y a sudor. Uno se acostumbra a muchas cosas en las barracas, pero aquí nos sentimos desfallecer. Preguntamos dónde está Kemmerich; lo han puesto en una sala y nos recibe con una débil expresión de alegría y una agitación impotente. Mientras estaba sin conocimiento le han robado el reloj.

Müller mueve la cabeza y dice:

—Ya te lo había dicho; no puede llevarse un reloj tan bueno encima.

Müller es un poco tocho y siempre quiere tener razón. De otra forma callaría, porque se ve muy claro que Kemmerich no saldrá nunca de esta sala. Que recupere o no el reloj, es indiferente. Lo máximo que podríamos hacer sería mandarlo a su casa.

—¿Cómo va eso, Franz? —pregunta Kropp.

Kemmerich agacha la cabeza.

—Bien, bastante bien, si no fuese por estos terribles dolores en el pie.

Miramos las mantas que lo cubren. Su pierna está dentro de un cesto de alambre sobre el que se abomba la ropa de la cama. Doy a Müller un golpe de rodilla, pues es capaz de contarle a Kemmerich lo que nos han dicho los sanitarios antes de entrar: que Kemmerich no tiene ya pie; le han amputado la pierna.

Su aspecto es horrible. En la cara, pálida y apagada, tiene ya aquellas

extrañas líneas que tan bien conocemos por haberlas visto centenares de veces. No son propiamente líneas sino más bien señales. Bajo la piel ya no late la vida que se ha replegado a los límites del cuerpo; la muerte trabaja el interior del organismo y ya es dueña de los ojos. He aquí a nuestro compañero Kemmerich, que hace poco todavía asaba carne de caballo con nosotros y se arrellanaba, cuidadosamente, en el interior de los grandes embudos que dejan los obuses. Es él y, sin embargo, ya no es él. Su fisonomía se ha difuminado, se ha hecho imprecisa y desteñida como aquellas placas fotográficas sobre las que se han tomado dos instantáneas. Su misma voz tiene un tono ceniciento.

Recuerdo ahora la escena de nuestra partida. Su madre, una buena mujer muy gorda, le acompañó a la estación. Lloraba sin parar y tenía el rostro descompuesto y abotargado. Kemmerich se sentía molesto, pues ella era la menos serena de todas. Literalmente se deshacía en sebo y agua. La pobre mujer se había fijado en mí y, agarrándome por el brazo, me suplicaba a cada momento que cuidara a su Franz. Ciertamente el muchacho tenía cara de niño y unos huesos tan flojos que con sólo cuatro semanas de llevar mochila detentaba ya unos hermosos pies planos. ¡Pero cómo es posible cuidar a alguien en campaña!

—Bien —dice Kropp—, ahora te irás a casa. Si hubieras tenido que esperar a un permiso, tenías, como mínimo, para tres o cuatro meses.

Kemmerich asiente con la cabeza. No puedo mirar sus manos, son como la cera. Bajo las uñas lleva todavía el barro de las trincheras, de un color azul oscuro; parece veneno. Pienso que estas uñas irán creciendo mucho tiempo todavía, como una fantasmal vegetación subterránea, cuando Kemmerich ya no viva. Me parece verlo, tenerlo delante de mí; las uñas se arrollan como tirabuzones y crecen, crecen juntamente con el cabello encima del cráneo que se descompone, como la hierba encima de una tierra bien abonada. ¿Cómo es posible esto?

Müller se agacha.

—Hemos traído tus cosas, Franz.

Kemmerich hace un signo con la mano.

—Ponlas debajo de la cama.

Müller lo hace. Kemmerich vuelve a hablar de su reloj. No sé cómo tranquilizarlo sin inspirarle recelo. Müller se levanta con un par de botas de aviador en la mano. Son unas soberbias botas inglesas, de cuero amarillo y suave, que deben llegar a la rodilla y se abrochan con unos cordones a lo largo de toda la caña. Algo espléndido, envidiable.

Müller las contempla y entusiasmado, las compara con sus bastos

zapatones y pregunta:

—¿Piensas llevarte también estas botas, Franz?

Los tres tenemos el mismo pensamiento: aunque sanara no podría utilizar más que una, o sea, que no tendrían ningún valor para él. Tal como están las cosas es una lástima que se queden aquí, porque los sanitarios las rapiñarán en cuanto muera.

Müller insiste:

—¿No quieres dejarlas aquí?

Kemmerich no lo quiere. Son la mejor pieza de su equipo.

—Podríamos cambiártelas —sigue Müller—. Aquí, en campaña, es necesaria una cosa así.

Pero Kemmerich no quiere ni oír hablar de ello.

Toco a Müller con el pie, y éste, dudando todavía, vuelve a poner las botas en su lugar, bajo la cama.

Permanecemos con él algunos minutos más y luego nos despedimos:

—Que te vaya bien, Franz.

Le prometo volver mañana. Müller también; piensa en las botas y quiere vigilarlas.

Kemmerich gime. Tiene fiebre. Fuera, detenemos a un sanitario y le pedimos que dé una inyección a Kemmerich.

Él se niega.

—Si quisiéramos dar morfina a todos, necesitaríamos muchos barriles.

—Por lo visto, sólo te dignas servir a los oficiales —dice Kropp, rencorosamente.

Intervengo y empiezo por alargarme un cigarrillo al sanitario. Lo toma y después le pregunto:

—Tú no debes estar autorizado para poner inyecciones, ¿verdad?

Mi pregunta le ofende.

—Si tampoco me creeréis, no veo por qué he de decíroslo...

Le pongo dos cigarrillos más en la mano.

—Vamos, pues, haznos este favor.

—Bueno, sea —dice.

Kropp entra con él. Desconfía y quiere verlo. Nosotros esperamos fuera.

Müller vuelve a empezar con lo de las botas.

—Me irían de primera. Con estas barcas siempre llevo los pies llenos de ampollas. ¿A ti te parece que vivirá hasta mañana después del servicio? Si revienta esta noche ya podemos despedirnos de ellas.

Albert regresa.

—¿Qué os parece? —pregunta.

—Está listo —dice Müller, categórico.

Volvemos hacia los barracones. Pienso en la carta que tendré que escribir a su madre. Tengo frío y quisiera beber una copita de aguardiente. Müller arranca briznas de hierba y se las pone en la boca. Súbitamente, el pequeño Kropp tira su cigarrillo y lo pisotea con furia, mira a su alrededor con el rostro desencajado y deshecho. Balbucea:

—¡Qué mierda! ¡Qué maldita mierda!

Andamos todavía un buen rato. Kropp se ha calmado. Todos sabemos de qué va. Era una crisis del frente. Todos la hemos sufrido alguna vez.

Müller le pregunta:

—A propósito. ¿Qué te decía Kantorek?

El otro estalla en carcajadas:

—Decía que nosotros éramos la juventud de hierro.

Reímos con rabia. Kropp se deshace en insultos; está contento de poder desahogarse.

—¡Esto, esto es lo que creen ellos, los millares de Kantoreks! Juventud de hierro. ¿Juventud? Ninguno de nosotros tiene más de veinte años, pero no somos jóvenes. Nuestra juventud... Estas cosas son ya agua pasada... Somos viejos, muy viejos nosotros.

Capítulo 2

Me resulta extraño pensar que en mi casa, en un cajón de la mesa-escritorio, yacen un montón de poemas y el comienzo de un drama: «Saúl». He dedicado muchas veladas a estas cosas y casi todos — ¿no es cierto? — hemos hecho algo parecido; pero ahora todo esto me parece tan irreal que ya ni me es posible imaginarlo.

Desde que estamos aquí, nuestra vida anterior ha quedado rota sin que nosotros hayamos tomado parte en ello. A veces intentamos recuperarla lanzando una ojeada a nuestras espaldas, al pasado; intentamos encontrar una explicación a este hecho, pero no lo conseguimos. Precisamente para nosotros, muchachos de veinte años, todo resulta particularmente turbio. Para Kropp, Müller, Leer, para mí, para todos nosotros, a quienes Kantorek señala como «la juventud de hierro». Los que son mayores están ligados con más fuerza al pasado; tienen una base, mujer, hijos, profesión, intereses, ataduras tan fuertes ya, que la guerra no puede destruir. Pero nosotros, los de veinte años, sólo tenemos a nuestros padres, y, algunos, a la novia. No es gran cosa, pues a nuestra edad es cuando la autoridad de los padres es más débil y las muchachas no nos dominan todavía. Exceptuando esto, no existía mucho más para nosotros; un poco de fantasía, algunas aficiones y la escuela; nuestra vida no llegaba más allá. De todo esto no ha quedado nada.

Kantorek diría que nos encontramos justamente en el «umbral de la existencia». Debe ser así, poco más o menos. No habíamos echado raíces y la guerra nos ha arrancado; se nos ha llevado, como un río, en medio de su corriente. Para los que son mayores, la guerra es una interrupción, pueden seguir pensando más allá de este hecho. Pero a nosotros nos ha cogido de lleno y no sabemos cómo terminará. Lo único que conocemos ahora es que nos ha embrutecido de una manera extraña y melancólica, a pesar de que, a menudo, no podamos ni siquiera sentirnos tristes.

El hecho de que Müller ambicione las botas de Kemmerich no quiere decir que sea menos compasivo que otro a quien el dolor impida pensar en estas cosas. No. Simplemente, él sabe hacer distinciones. Si las botas pudieran ser de alguna utilidad a Kemmerich, Müller correría descalzo por encima del alambre de púas antes que maquinar nada para cogérselas. Pero ahora las botas son algo que ya no tiene nada que ver con Kemmerich, y, en cambio, Müller puede perfectamente usarlas. Kemmerich morirá, sea quien sea el que se las lleve. ¿Por qué, pues, no ha de intentarlo Müller si tiene más derecho a ellas que cualquier sanitario? Cuando Kemmerich haya muerto será demasiado tarde. Por esta razón, Müller ya está, desde ahora, a la expectativa. Hemos perdido la noción de las demás relaciones, puramente artificiales. Sólo los hechos cuentan, sólo los hechos son importantes para nosotros... Y las buenas botas van escasas.

Antes era distinto. Cuando fuimos a la Comandancia del distrito para alistarnos, éramos todavía una clase de veinte alumnos jóvenes que, con cierto orgullo, fueron a afeitarse juntos —algunos lo hacían por primera vez— antes de pisar las losas del cuartel. No teníamos planes para el porvenir; y eran escasos, entre nosotros, aquellos a quienes algunas ideas definidas sobre su carrera o profesión pudieran orientarles la existencia.

En cambio, rebosábamos ideas vaporosas que daban a la vista, e incluso a la guerra, un matiz idealizado y casi romántico.

Aprendimos la instrucción militar en diez semanas, y en tan poco tiempo, nos transformamos más radicalmente que en diez años de colegio. Supimos que un botón reluciente es más importante que cuatro tomos de Schopenhauer. Al principio, sorprendidos; después, indignados; por fin, indiferentes, constatamos que lo importante no parecía ser el espíritu sino el cepillo para las botas, no el pensamiento sino el sistema, no la libertad sino la rutina. Nos habíamos alistado llenos de entusiasmo y buena voluntad, y, sin embargo, se hizo todo lo posible para que nos hartáramos. Transcurridas tres semanas ya no nos parecía inconcebible que un excartero con galones tuviera más poder sobre nosotros que el que antes tenían nuestros padres y nuestros profesores, y que todos los núcleos de cultura reunidos, desde Platón hasta Goethe. Con nuestros jóvenes ojos despiertos veíamos que la noción clásica de patria, enseñada por los maestros, se realizaba allí, por el momento, en un abandono tal de la propia personalidad que nadie se hubiera atrevido a exigírsela al más ínfimo de sus sirvientes. Saludar, cuadrarse, desfilar, presentar armas, dar media vuelta a la derecha, media a la izquierda, golpear con los tacones, aguantar insultos y mil otras estupideces. Habíamos creído que nuestra misión sería muy distinta y nos encontramos con que nos preparaban para el heroísmo como quien adiestra caballos de circo. Sin embargo, nos acostumbramos pronto. Incluso comprendimos que una parte de todo aquello era tan necesaria como superflua la otra. El soldado tiene la nariz muy fina para estas cosas.

Nuestra clase fue repartida, en grupos de tres o cuatro, entre varias secciones, y nos encontramos con pescadores, campesinos, obreros y menestrales frisonos, con los que pronto intimamos. Kropp, Müller, Kemmerich y yo fuimos asignados a la novena sección, que mandaba el cabo Himmelstoss.

Este tenía fama de ser el más brutal de todo el cuartel y ese era su orgullo. Bajo y grueso, con más de doce años de servicio, llevaba un bigote hirsuto de pelo rojizo, como de zorra. Cartero de oficio. A Kropp, Tjaden, Westhus y a mí nos llevaba entre ceja y ceja, quizá porque presentía nuestra muda resistencia.

En una sola mañana tuve que hacerle dos veces la cama. Siempre encontraba algún detalle no demasiado correcto y entonces echaba la ropa al suelo. Veinte horas de trabajo —con pausas, naturalmente— me costó darle brillo a un par de zapatos suyos, viejos y duros como piedras, hasta que se los dejé más blandos que la mantequilla y no pudo ponerme ningún pero. He fregado, siguiendo sus órdenes, la sala en que dormíamos con un cepillo de dientes. También por orden suya, Kropp y yo habíamos empezado a sacar la nieve del patio del cuartel con un rastrillo y un cepillo ordinario, y hubiéramos

seguido hasta quedar helados si no hubiera pasado, por casualidad, un teniente que nos hizo parar y abroncó enérgicamente a Himmelstoss. La desgraciada consecuencia fue que el cabo nos cogió más rabia todavía. Me asignó las guardias de cuatro domingos consecutivos y el resto de los días tuve que pasármelos «de semana» en la compañía. Hice tantas veces los ejercicios «A la bayoneta» y «Cuerpo a tierra» con el equipo completo y el fusil en un campo húmedo y recién labrado, que, finalmente, hecho una bola de fango, caí al suelo desmayado. Cuatro horas más tarde, Himmelstoss pasaba revista a mis cosas, ya bien limpias; mis manos, sin embargo, estaban llenas de cortes y sangraban. Con Kropp, Westhus y Tjaden me he mantenido cuadrado más de un cuarto de hora en un día de frío intensísimo, sin guantes, cogiendo con las manos desnudas el cañón helado del fusil, bajo la implacable vigilancia de Himmelstoss que espiaba el menor movimiento para contarlo como una falta. Una noche tuve que bajar, en camisa, ocho veces desde el piso superior al patio porque mis calzoncillos sobrepasaban, en algunos centímetros, el borde del escabel sobre el que cada uno de nosotros debía depositar nuestra ropa. A mi lado corría el cabo de servicio Himmelstoss, pisándome los dedos del pie. En los ejercicios de esgrima, con bayoneta calada, siempre tenía que vérmelas con el propio Himmelstoss, pero mientras yo me esforzaba por manejar el pesado mosquetón reglamentario, él utilizaba uno de madera, mucho más ligero, que le permitía llenar de cardenales mis brazos con toda comodidad. De todas formas, un día me indignó tanto que lo investí furiosamente y lo derribé de un golpe en el estómago. Cuando quiso quejarse, el comandante, riendo, le aconsejó que otro día se cubriera mejor. Comprendí que conocía a «su» Himmelstoss y que se alegraba de que, por una vez, le hubiera tocado la peor parte. Me revelé como un campeón trepando por la barra fija y nadie me superaba en las flexiones de rodillas. El solo sonido de su voz nos hacía temblar, pero ni una vez consiguió, aquella especie de mula cuartelera, que se nos encogiera el ombligo.

Un domingo, Kropp y yo atravesábamos el patio llevando, colgando de un palo que sujetábamos uno por cada extremo, un cubo lleno con los excrementos de la letrina. En eso divisamos a Himmelstoss que iba a pasear luciendo su brillante uniforme. Al pasar cerca de nosotros se detiene y al preguntarnos si nos agradaba aquella tarea, simulamos un tropezón y le vaciamos en los pantalones nuestra carga. Vociferó, naturalmente, pero ya estábamos hartos.

—¡Os mandaré al calabozo! —gritaba.

Kropp, cansado ya de oírle, le dijo:

—Antes se llevará a cabo una investigación y entonces hablaremos.

—¡Mide tus palabras cuando te dirijas a un cabo! —gritó Himmelstoss—.

¿Es que te has vuelto loco? ¡Espera a que te pregunten! ¿Qué quieres hacer?

—Descargar nuestro buche a propósito del cabo —dijo Kropp, apoyando sus manos en las costuras del pantalón, tal como ordena el reglamento.

Himmelstoss se hizo cargo de la situación y se fue sin decir palabra. Antes tuvo, no obstante, tiempo de gemir:

—¡Me las pagaréis!

Pero su poder había terminado. Intentó resucitarlo en los campos de ejercicio con su «¡A la bayoneta!» y su «¡Cuerpo a tierra!». Nosotros obedecíamos, claro está, porque una orden es una orden y ha de cumplirse. Pero lo hacíamos todo tan lentamente que el hombre se exasperaba. Colocábamos cómodamente la rodilla en el suelo; después apoyábamos un brazo y así lo íbamos haciendo todo. Mientras él, furioso, había dado ya otra orden. Antes de que nosotros empezáramos a sudar, él estaba completamente ronco.

Finalmente nos dejó en paz. Es verdad que seguía llamándonos «cerdos indecentes», pero con más respeto.

También había, naturalmente, muchos cabos como Dios manda; hasta me esforzaré para creer que eran la mayoría. Pero cada uno de ellos sólo procuraba mantener el mayor tiempo posible su agradable situación en la retaguardia y eso sólo podían conseguirlo siendo muy rigurosos con los reclutas.

Hemos conocido todo lo que exige la higiene de un cuartel y muchas veces hemos aullado de rabia. Algunos de nosotros enfermaron y a Wolf le costó morir de una pulmonía. Pero nos habríamos encontrado ridículos si hubiéramos aflojado. Llegamos a ser duros, despiadados, vengativos, desconfiados, secos... y nos fue bien, esto era justamente lo que nos hacía falta. Si nos hubieran mandado a las trincheras sin este período de formación habríamos enloquecido. Así estábamos preparados para lo que nos aguardaba.

No desmayamos; nos adaptamos. Nuestros veinte años, que tantas cosas nos dificultaban, representaron para eso una ayuda. Lo más importante fue, sin embargo, que se despertó en nosotros un vigoroso sentimiento de solidaridad práctica que más tarde, en campaña, se desarrolló hasta convertirse en lo único bueno que la guerra produce: la camaradería.

Estoy sentado sobre la cama de Kemmerich. Cada vez está más abatido. A nuestro alrededor todo se agita. Ha llegado un tren-ambulancia y se escoge a los heridos transportables. El médico ha pasado por delante de Kemmerich sin ni siquiera mirarlo.

—Será en el próximo viaje, Franz —le digo.

Se incorpora apoyándose en la almohada.

—Me han amputado.

Luego lo sabe. Asiento con la cabeza y respondo:

—Ya puedes estar satisfecho de haber salido tan bien librado.

Calla.

Yo prosigo:

—Podían haber sido las dos piernas, Franz. Wegeler ha perdido el brazo derecho, esto es mucho peor. Además, ahora te vas a casa.

Me mira.

—¿Tú crees?

—Naturalmente.

Repite:

—¿Tú crees?

—Seguro, Franz. Antes habrás de convalecer de la operación.

Me indica que me acerque. Me inclino sobre él y murmura:

—No lo creo.

—No digas tonterías, Franz; dentro de un par de días te convencerás. ¿Qué significa una pierna amputada? Aquí curan cosas mucho más graves.

Levanta una mano.

—Fíjate en estos dedos.

—Esto es a causa de la operación. Aliméntate bien y verás cómo te recuperas. ¿Os dan suficiente comida?

Me enseña una bandeja medio llena todavía. Me exalto.

—Franz, has de comer. Comer es lo principal. Aquí, por fortuna, tenéis suficiente.

Protesta con la mano. Después de una pausa, dice lentamente:

—Antes hubiera querido ser guardabosque mayor, pero ahora...

—Todavía puedes serlo. Existen unos aparatos ortopédicos maravillosos. Ni te das cuenta de que te falta algo. Se adhieren a los músculos. Con una mano artificial de éstas puedes mover los dedos y trabajar, incluso escribir. Y todavía se inventarán cosas mejores.

Permanece inmóvil durante un rato, luego murmura:

—Coge las botas para Müller.

Asiento y me pregunto qué podría decirle para animarlo. Se le han borrado los labios y su boca parece mayor, los dientes le sobresalen, parecen de yeso. La carne se funde, la frente se abomba cada vez más, los pómulos se agudizan. Va elaborándose el esqueleto. Los ojos se hundén. Dentro de un par de horas habrá terminado.

No es el primero que contemplo así, pero con éste hemos crecido juntos y la cosa es distinta. He copiado sus temas de examen. En el colegio llevaba casi siempre un vestido oscuro algo raído en las mangas y ceñido por un cinturón. Era, además, el único que lograba hacer la plancha en la barra fija. Cuando la hacía, los cabellos ondulaban como seda delante de su cara. Kantorek se sentía orgulloso de esto. No podía sufrir los cigarrillos. Su piel era muy blanca. Tenía algo de niña.

Miro mis botas. Son grandes y bastas, me sujetan los pantalones que están metidos dentro formando bolsa; cuando estamos derechos tenemos un aspecto fuerte y robusto, vestidos con estos anchísimos tubos. Pero cuando nos desnudamos para bañarnos podemos contemplar realmente nuestras delgadas piernas y estrechas espaldas. Entonces no somos ya soldados sino casi unos chiquillos que parecen incapaces de llevar una mochila. Es un instante extraño este de vernos desnudos; somos entonces personas civiles y nos sentimos como tales.

A Franz Kemmerich, en el baño, se le veía pequeño y delgado como un niño. Ahora está tendido aquí. ¿Por qué? Sería preciso traer al mundo entero ante esa cama y decirle:

—Este es Franz Kemmerich, de diecinueve años. No quiere morir. ¡No permitáis que muera!

La cabeza me da vueltas. Este ambiente saturado de fenol y gangrena empapa los pulmones; es algo espeso, pesado, que os ahoga.

Oscurece. El rostro de Kemmerich va palideciendo... Destaca encima de la almohada y adquiere una lividez que parece brillar débilmente. Mueve sus labios con dulzura. Me acerco y suspira:

—Si encontráis el reloj, enviadlo a casa.

No le contradigo. Es inútil ya. No hay posibilidad de convencerlo. Me humilla no saber ayudarle. Esta frente, con las sienas hundidas, esta boca que no es más que dentadura, esta nariz afilada... Y aquella mujer gorda llorando en su casa a la que habré de escribir... Me gustaría haber terminado ya la carta.

Los practicantes van y vienen con botellas y palanganas. Uno de ellos se

acerca, echa una escrutadora mirada sobre Kemmerich y se aleja. Se adivina que espera. Debe necesitar la cama. Me acerco mucho a Franz y le digo como si esto pudiera salvarlo:

—Quizá te lleven al sanatorio de Klosterberg, Franz; allí, entre las torres. Entonces, desde la ventana, podrás contemplar los campos hasta el horizonte, donde están plantados aquellos dos árboles. Ahora es la mejor época, cuando el trigo va madurando. Al atardecer, iluminados por el sol, los campos parecen nacarados. ¡Y aquella avenida, la de los álamos, cerca del torrente en que pescábamos! Podrás volver a tener un acuario y criar peces, pasearás tanto como quieras sin necesidad de pedir permiso a nadie y podrás tocar el piano cuando te apetezca.

Me inclino sobre su rostro en penumbras. Respira todavía lentamente. Tiene la cara húmeda: llora. ¡Qué estupidez he cometido con mi torpe discurso!

—Vamos a ver, Franz.

Le doy la vuelta sujetándole, con cuidado, por la espalda y pongo mi mejilla sobre la suya.

—¿No quieres dormir un poco?

No responde. Las lágrimas le resbalan por la cara. Querría secárselas, pero mi pañuelo está muy sucio. Pasa una hora. Sigo sentado, preparado, espiando cada uno de sus gestos por si desea algo. Si por lo menos abriera la boca y gritase... Pero sólo llora con la cabeza inclinada hacia un lado. No habla de su madre ni de sus hermanos; no dice nada. Debe encontrarse ya lejos de todo esto. Ahora está solo con su pequeña vida de diecinueve años y llora porque le abandona.

Esta es la muerte más conmovedora, más dolorosa que yo he visto. Y eso que la de Tjaden fue también terrible. Aullaba llamando a su madre, él, un muchacho fuerte como un oso con los ojos desorbitados por el terror, alejaba con la bayoneta al médico que intentaba reconocerlo hasta que cayó muerto.

De pronto, Kemmerich gime y comienza a jadear.

Doy un salto y salgo, chocando con todos, mientras pregunto:

—¿Dónde está el médico? ¿Dónde está el médico?

Veo una bata blanca y la sujeto con fuerza.

—Venga enseguida. Franz Kemmerich está agonizando.

El médico deshace la presa de mis dedos y pregunta a un practicante que está a su lado:

—¿Qué quiere decir eso?

El otro responde:

—Cama 26. Una pierna amputada.

—¿Y yo qué quieres que haga? —gruñe el médico—. Hoy he amputado cinco.

Me aparta con la mano y dice al practicante:

—Vaya a ver lo que sucede.

Y corre hacia la sala de operaciones.

Tiemblo de rabia mientras acompaño al hombre. Murmura:

—Una operación después de otra desde las cinco de la mañana. Esto es una locura, créeme. Hoy, dieciséis defunciones, con el tuyo serán diecisiete. Seguro que llegamos a veinte.

Me fallan las fuerzas. De pronto, no puedo más. No quiero quejarme, sería tonto. Querría dejarme resbalar hasta el suelo y no levantarme más.

Estamos ante la cama de Kemmerich. Ha muerto. Tiene todavía el rostro húmedo de lágrimas. Sus ojos han quedado semiabiertos; unos ojos amarillentos, como viejos botones de asta.

El sanitario me empuja:

—¿Te llevas sus cosas?

Asiento con un gesto.

Prosigue:

—Hemos de llevárnoslo enseguida, necesitamos la cama. Hay algunos esperando ahí fuera, en el pasillo.

Recojo las cosas y quito a Kemmerich su chapa de identidad. El practicante me pide la libreta militar. No la tiene aquí. Le digo que quizás estará en la oficina de la compañía. Voy. A mis espaldas se llevan a Franz en una camilla de campaña.

Al salir, la oscuridad y el viento me parecen una liberación. Respiro con fuerza, tan intensamente como me es posible y siento en la cara, más que nunca, el beso tibio y suave del aire. De pronto me llenan el pensamiento imágenes de prados floridos, de jóvenes muchachas, de nubes blancas. Los pies se mueven solos; me apresuro, corro. Pasan soldados muy cerca de mí. Sus palabras, que no llego a percibir con claridad, me conmueven. La tierra está saturada de energías que me inundan, pasando a través de mis botas. La noche chisporrotea de luces eléctricas, el frente resuena sordamente como un

concierto de tambores. Mis miembros se mueven ágilmente, siento mis articulaciones llenas de vigor, aspiro con fuerza, resoplo... La noche está viva. Yo también estoy vivo. Tengo hambre, siento una avidez mucho más profunda que la que nos produce el estómago...

Müller me está esperando en la puerta de la barraca. Le doy las botas. Entramos y se las prueba. Le están clavadas.

Busca entre sus provisiones y me alarga un buen trozo de salchicha. Además, tenemos té caliente y ron.

Capítulo 3

Recibimos refuerzos. Se cubren las bajas, y en las barracas pronto están ocupadas todas las colchonetas. Son, en parte, veteranos, pero también nos han endosado veinticinco muchachos del último reemplazo. Tienen casi un año menos que nosotros.

Kropp me da con el codo:

—¿Has visto a estos críos?

Le digo que sí. Abombamos el pecho, nos hacemos afeitar en el patio, metemos las manos en los bolsillos del pantalón, miramos de arriba abajo... y nos sentimos unos empedernidos veteranos.

Kaczinsky se nos une. Paseando por los establos llegamos adonde se aposentan los jóvenes recién llegados, que ahora están recibiendo sus caretas antigás y su ración de café.

Kat pregunta a uno de los más jóvenes:

—¿Hace mucho tiempo que no os sirven un pienso que valga la pena?

El otro hace una mueca:

—Por la mañana, pan de nabos; al mediodía, nabos; por la noche, lonjas de nabo y ensalada de nabos.

Kaczinsky silba con suficiencia:

—¿Pan de nabos? Habéis tenido mucha suerte porque también lo hacen de serrín. ¿Qué te parecerían unas judías? ¿Quieres una buena ración?

El muchacho enrojece.

—Me estás tomando el pelo.

Kaczinsky le dice tan sólo:

—Trae tu fiambrrera.

Le seguimos llenos de curiosidad y nos lleva hacia un pequeño barril cerca de su colchoneta. Está lleno hasta la mitad de judías con carne de buey. Kaczinsky se instala detrás del barril y dice, adoptando aires de general:

—¡El ojo atento y las manos largas! Esta es la consigna de los prusianos.

Estamos perplejos. Pregunto:

—Pero, Kat, tragón, ¿de dónde has sacado todo esto?

—Y muy contento que se ha puesto el «Tomate» de que me las llevara. Le he dado por ella tres trozos de seda de paracaídas. Bueno, toma, las judías frías son excelentes.

Con aire protector, da una buena ración al joven y le dice:

—Cuando vuelvas con la fiambrrera te pones en la mano izquierda un cigarro o un trozo de tabaco para mascar. ¿Has entendido?

Después se vuelve hacia nosotros:

—Naturalmente, esto no os afecta a vosotros.

Kaczinsky es insustituible, está dotado de un sexto sentido. Tipos de esta clase existen en todas partes, pero al principio los demás no se dan cuenta. En cada compañía hay uno o dos; Kaczinsky es el más hábil que conozco. Creo que es zapatero de oficio, pero esto no quiere decir nada; él sabe algo de todos los oficios. Es muy útil ser su amigo. Nosotros, Kropp y yo, lo somos; Haie Westhus también, pero sólo a medias. Haie es, más que nada, el órgano ejecutor, pues trabaja bajo las órdenes de Kat cuando hay que terminar algo a trompazos. Por esto goza, naturalmente, de algunas ventajas.

Por ejemplo, llegamos de noche a un villorrio absolutamente desconocido, un lugar triste y solitario, donde se ve a la legua que todo ha sido concienzudamente saqueado. El lugar en que nos alojamos es una pequeña y oscura fábrica que ya ha sido adecuada para esto. Dentro han puesto camas, es decir, un par de listones colocados en el suelo y sobre los que se ha clavado un trozo de tela metálica.

La tela metálica es dura. No tenemos mantas para poner debajo. La nuestra la necesitamos para cubrirnos. La lona de las tiendas es muy delgada.

Kat se da cuenta y dice a Haie Westhus:

—¡Ven conmigo!

Se van por el pueblo desconocido. Media hora más tarde vuelven con grandes brazadas de paja. Kat ha encontrado un establo que era utilizado como pajar. Ahora podríamos dormir tranquilos si no tuviéramos esa horrible

gazuza.

Kropp pregunta a un artillero, que ya hace tiempo permanece destacado en estos alrededores:

—¿Hay alguna cantina por ahí cerca?

El otro se ríe.

—¡Qué va a haber! No hay nada que hacer aquí, no encontrarás ni una corteza de pan.

—¿No hay ni un solo habitante?

El artillero escupe.

—Claro que hay alguno. Pero se pasan el santo día alrededor de nuestras calderas por si pueden llevarse alguna cosa.

Mal negocio. Tendremos que apretarnos los cinturones y esperar a mañana cuando llegue la pitanza. Pero veo a Kat que se pone el casco y le pregunto:

—¿Dónde vas ahora, Kat?

—A exprimir un poco la situación.

Y sale cachazudamente.

El artillero suelta una risita burlona.

—¡Ves, ves! No vuelvas muy cargado.

Decepcionados nos tumbamos meditando la posibilidad de echar mano a las provisiones de reserva. Pero esto es muy arriesgado e intentamos descabezar un sueñecito.

Kropp parte un cigarrillo y me da la mitad. Tjaden habla del plato típico de su país, judías con tocino. Excomulga a aquellos que las hacen sin poner ajedrea. Es necesario, por de pronto, cocerlo todo junto y no — ¡por el amor de Dios! — como lo hacen algunos que cuecen por separado las patatas, las alubias y el tocino. Alguien amenaza con hacer picadillo a Tjaden si no se calla inmediatamente. Se extiende el silencio por el vasto dormitorio improvisado. Sólo crepitan un par de velas puestas en el cuello de unas botellas; de vez en cuando el artillero suelta un escupitajo. Vamos adormeciéndonos poco a poco, cuando se abre la puerta y aparece Kat. Me parece un sueño, lleva dos panes bajo el brazo y en la mano un saco, manchado de sangre, lleno de carne de caballo. Al artillero le cae la pipa de la boca. Palpa el pan.

—Es pan auténtico y todavía está caliente.

Kat calla. Él ha conseguido pan y lo demás no le importa. Estoy

convencido de que si lo enviaban al desierto, al cabo de una hora hubiera conseguido lo necesario para una cena de carne asada, dátiles y vino.

Dice concisamente a Haie:

—Haz fuego.

Después saca de su chaqueta una sartén y de su bolsillo un poco de sal y de manteca. Ha pensado en todo. Haie enciende fuego. Crepita la leña en la nave vacía. Nosotros salimos, arrastrándonos, de la cama.

El artillero duda. No sabe si alabar a Kat procurando conseguir alguna tajada. Pero Kat ni le mira, como si ignorase su existencia. El artillero se marcha maldiciendo.

Kat conoce la manera de que el asado de caballo quede tierno. No ha de ser puesto enseguida en la sartén; de esta forma sale duro. Antes ha de cocerse con un poco de agua.

Nos sentamos en círculo con el cuchillo en la mano y nos hartamos.

Este es Kat. Si en un lugar, sólo durante una hora cada año fuera posible encontrar algo comestible, exactamente en aquella hora Kat, como súbitamente iluminado, se pondría el casco, saldría y se dirigiría, sin una vacilación, como guiado por una brújula, a encontrarlo.

Lo encuentra todo. Si hace frío, encuentra braseros y leña, heno y paja, mesas, sillas y, sobre todo, manduca. Es una cosa enigmática, uno creería que hace encantamientos con el aire del cielo. Su obra maestra fue procurarse cuatro latas de langosta. Nosotros, no obstante, hubiéramos preferido manteca.

Nos hemos tendido apoyados en las paredes de la barraca donde da el sol. Hiede a alquitrán, a verano, a sudor de pies.

Kat se sienta a mi lado, le gusta hablar. Hoy al mediodía, nos han hecho hacer ejercicios de salutación una hora seguida porque Tjaden ha saludado a un comandante de modo poco reglamentario. Kat no se lo saca de la cabeza. Me dice:

—Perderemos la guerra por saber saludar demasiado.

Kropp se acerca lentamente, con pasos de cigüeña, descalzos y arremangados los calzones. Tiende encima de la hierba los calcetines que acaba de lavar. Kat mira al cielo, se echa un rotundo pedo y añade, soñador:

«Judía tras judía

soltarán su melodía».

Empiezan a discutir y apuestan una botella de cerveza sobre el resultado de un combate aéreo que tiene lugar sobre nuestras cabezas.

A Kat no hay quien pueda convencerle de que es errónea su opinión que, como buen gato viejo del frente, expresa en rimas compuestas por él mismo:

«Con buena comida y paga
la guerra pronto se acaba».

Kropp, en cambio, es un pensador. Opina que una declaración de guerra habría de ser una especie de fiesta popular, con taquillas a la entrada y música, como en las corridas de toros. Los ministros y generales de los dos países bajarían a la plaza en traje de baño, armados con estacas y que se dieran una buena somanta. El país cuyos generales y ministros sobreviviesen sería el vencedor. Esto sería más sencillo y todo iría mejor que ahora, cuando han de pelearse quienes son ajenos al asunto.

La proposición tiene éxito. Después, la conversación deriva hacia la disciplina militar.

Una imagen atraviesa mi cerebro. El caluroso mediodía en el patio del cuartel. El calor, pesado como una losa, lo invade todo. El edificio parece muerto. Todo está dormido. Sólo se escucha el repicar de unos tambores que ensayan. Se han reunido todos en algún lugar y se ejercitan tonta, monótona, estúpidamente. El calor del mediodía, el patio del cuartel y el ejercicio de los tambores, ¡qué perfecto cuadro!

Las ventanas aparecen vacías y oscuras. En algunas penden pantalones de terliz puestos a secar. Miramos hacia ellas con envidia. Las habitaciones son frescas.

Salas de las compañías, oscuras y cerradas, con vuestras camas de hierro, vuestros cubrecamas a cuadros, vuestros armarios altos y estrechos con su escabel delante. ¡También vosotras podéis llegar a ser el objeto de nuestros deseos! ¡Vistas desde aquí, tenéis incluso un encantador parecido con la casa paterna, habitaciones que oléis a comida rancia, a gente dormida, a humo, a ropa usada!

Katczynsky las evoca con espléndidos colores, las describe con una gran emoción. Pagaríamos lo que fuera para poder volver. No nos atrevemos ya a aspirar a más.

¡Vosotras, horas de instrucción al amanecer!

—¿De qué se compone el fusil modelo 98?

¡Vosotras, horas de gimnasia después de comer!

—Los que sepan tocar el piano que den un paso al frente. Media vuelta a la derecha. Presentaos en la cocina para pelar patatas.

¡Nos revolcamos en estos recuerdos! De pronto, Kropp rompe a reír y

grita:

—En Löhne cambio de tren.

Este era el juego predilecto de nuestro cabo. Löhne es una estación de empalme. Para que no se equivocaran los que se marchaban con permiso, Himmelstoss nos hacía ensayar el cambio de tren en la sala de la compañía. Teníamos que aprender que en Löhne se atraviesa la vía por un paso subterráneo, para poder tomar el tren de enlace. Las camas hacían las veces de paso subterráneo y cada uno de nosotros se situaba a la izquierda de la suya. Entonces se ordenaba:

—En Löhne cambio de tren.

Y todos, como centellas, pasábamos por debajo de la cama al otro lado. Este ejercicio lo hacíamos durante horas.

Mientras, el avión alemán ha sido alcanzado seriamente. Cae como un cometa entre una estela de humo. Kropp ha perdido con esto una botella de cerveza y cuenta, malhumorado, su dinero.

—Seguro que Himmelstoss, como cartero, es un hombre modesto —digo, en cuanto se calma la decepción de Albert—. ¿Por qué, pues, es tan animal como cabo?

La pregunta anima a Albert:

—No es sólo Himmelstoss. Esto les pasa a muchos. En cuanto se ven con galones o con un sable ya no son los mismos; van tan envarados que parece que hayan comido cemento armado.

—Esto es culpa del uniforme —insinúa.

—En parte, sí —dice Kat y se arrellana como para un gran discurso—, pero la causa es otra. Mira: si adiestras un perro a comer patatas y cuando ya está acostumbrado le echas un pedazo de carne, verás que, a pesar de todo, lo caza al vuelo porque eso está en su naturaleza. Si a un hombre le echas un poco de poder hará lo mismo, se tirará de cabeza a cogerlo. Es muy natural, porque el hombre, en el fondo, no es más que un animal cualquiera y sólo más tarde recibe una capa de decencia, como una croqueta la recibe de harina. La mili se basa en esto: que uno tenga siempre poder sobre otro. Lo malo es que, todos juntos, tienen demasiado poder. Un cabo puede marear a un quinto hasta enloquecerlo. Un teniente puede hacérselo a un cabo y un capitán a un teniente. Y como ya lo saben todos, se adaptan enseguida. Coge un sencillo ejemplo. Volvemos de hacer instrucción y estamos reventados, entonces suena una orden: «¡A cantar!» Cantamos pesadamente, sin ganas, porque cada uno de nosotros tiene suficiente con arrastrar, penosamente, su fusil. Por esta razón, como castigo, la compañía da media vuelta y ha de hacer una hora más

de ejercicio suplementario. Regresamos, nos vuelven a mandar: «¡A cantar!», y cantamos bien. ¿Qué quiere decir esto? Que el comandante se ha salido con la suya porque tiene poder para hacerlo. Nadie le censurará; al contrario, lo tendrán por hombre enérgico, que no se afloja. Y eso es una nadería, hay muchas otras cosas que nos martirizan. Decidme ahora:

¿Un particular, sea quien sea, en qué profesión puede permitirse algo parecido sin que le rompan la cara? Eso sólo es posible en el ejército. Ya lo veis, se les suben los humos a la cabeza. Y cuanto más cagones eran en la vida civil, más ínfulas tienen aquí.

—Dicen que ha de haber disciplina —añade Kropp, displicente.

—Sí, siempre tienen razón —rezonga Kat—. Quizá sea necesaria. Pero no se puede convertir la disciplina en un sistema de chingar a los demás. Háblale de esto a un cerrajero, a un obrero, a un mozo cualquiera; explícaselo a un caloyo, que es lo que somos aquí la mayor parte; lo único que él ve es que le hacen saltar la piel de la espalda, que le llevan al frente y conoce exactamente lo que es necesario y lo que no lo es. Creedme, lo que debe aguantar aquí un pobre soldado es demasiado. ¡Las ve de todos los colores!

Todos estamos de acuerdo. Cada uno de nosotros sabe que la rigidez de la vida militar termina sólo en la trinchera, pero que vuelve a empezar a pocos kilómetros del frente y, ciertamente, de la manera más estúpida, con saludos y con el paso de desfile. El soldado debe estar siempre ocupado, esto es una ley de hierro.

En este momento aparece Tjaden, con el rostro cubierto de pequeñas manchas rojas. Está tan emocionado que tartamudea. Radiante de satisfacción, nos dice, recalcando cada sílaba:

—Himmelstoss está en camino. Viene al frente.

Tjaden siente por Himmelstoss un odio a muerte porque en el cuartel quiso educarle con sus métodos. Tjaden sufre de incontinenencia de orina; por la noche, cuando duerme, sin darse cuenta se mea en la cama. Himmelstoss sostenía, sin querer apearse del burro, que esto era pereza de levantarse y halló un medio digno de su persona para curar a Tjaden.

Encontró, en otra sala, a otro meón que se llamaba Kindervater. Los puso juntos. Las literas estaban colocadas, como es habitual, de dos en dos y una encima de la otra.

Los bajos de la cama eran una simple tela metálica. Himmelstoss los puso de forma que la cama de uno quedara justo bajo la del otro. El hombre que dormía en la inferior lo pasaba, naturalmente, tan mal como queráis. A la noche siguiente hacía que se cambiaran para que el de debajo pudiera tomar su

revancha. Esta era la autoeducación de Himmelstoss.

El procedimiento era infame, pero la idea tenía cierto valor. Lastimosamente no sirvió de nada porque se fundaba en una hipótesis falsa: en ninguno de los dos casos era pereza; se adivinaba enseguida por el mal color que tenían los desgraciados. La cosa terminó durmiendo uno de ellos cada noche en el suelo, con el riesgo de agarrar un buen constipado.

Entretanto, Haie se ha sentado cerca de nosotros. Me guiña el ojo y se frota, con calma, sus enormes manazas. Hemos vivido juntos la jornada más hermosa de nuestra vida militar. Fue la noche antes de partir hacia el frente. Nos habían destinado a un regimiento de reciente formación y antes nos mandaron a la guarnición para recoger el uniforme de campaña y el resto del equipo; no en el depósito de los reclutas, sino en otro cuartel. Partíamos a la mañana siguiente. Nos dispusimos, pues, aquella noche a arreglarle las cuentas a Himmelstoss. Lo habíamos jurado hacía ya muchas semanas. Kropp lo deseaba tanto que se había decidido, cuando llegara la paz, a estudiar la carrera de Correos para llegar a ser superior de Himmelstoss cuando éste volviera a su oficio de cartero. Ya por adelantado la gozábamos sólo de pensar cómo se las cobraría. Era precisamente por esto por lo que nunca pudo conseguir que nos arrugáramos; porque teníamos la esperanza de que nos las pagaría más pronto o más tarde, a mucho tardar cuando terminara la guerra.

Mientras, queríamos zumarle de lo lindo. ¿Qué podía sucedernos si él no nos reconocía y a la mañana siguiente partíamos de madrugada?

Conocíamos la taberna que visitaba cada noche. A la salida, para ir al cuartel, tenía que pasar por un callejón oscuro y deshabitado. Lo esperamos allí, detrás de un montón de piedras. Yo me había procurado una sábana. Temblábamos de impaciencia por saber si vendría solo. Finalmente, escuchamos sus pasos, nos eran bien conocidos por haberlos oído con demasiada frecuencia aquellos días en que al amanecer abría bruscamente la puerta y bramaba: «¡En pie todos!»

—¿Solo? —murmuró Kropp.

—¡Solo!

Tjaden y yo nos deslizamos con precaución hasta el otro extremo de las piedras.

Ya brillaba la chapa de su cinturón. Himmelstoss parecía algo alegre; cantaba. Pasó, sin sospechar nada, por delante de nosotros.

Le saltamos encima con la sábana en la mano. Pasamos, por detrás, la sábana hasta la cabeza, tiramos enseguida hacia abajo y lo dejamos metido como en una especie de saco blanco que le impedía levantar los brazos. Su

canción se quebró.

Haie Westhus se acercó rápidamente. Nos indicaba, para ser el primero, que aguardáramos un poco. Con intensa fruición íntima se colocó en posición, levantó un brazo como un poste de señales, una mano como una pala de acarrear carbón y descargó sobre el blanco saco una trompada capaz de tumbar a un buey.

Himmelstoss dio una vuelta de campana, aterrizó cinco metros más allá y comenzó a bramar. Ya lo habíamos previsto y teníamos dispuesta una almohada. Haie se agachó, puso el cojín sobre sus rodillas y agarrando al cabo por el lugar donde tenía la cabeza, lo apretó encima con toda su alma. Los gritos se ahogaron. De vez en cuando, Haie aflojaba un poco la presión para dejarlo respirar, y entonces aquel sordo jadear se convertía en un grito estridente que Haie ahogaba de nuevo.

Tjaden desabrochó los tirantes de Himmelstoss, le bajó los pantalones manteniendo el vergajo entre sus dientes. Después se levantó y comenzó el baile.

Era una magnífica escena. Himmelstoss en el suelo y Haie inclinado sobre él, aguantándole la cabeza, sobre sus rodillas con una mueca de diabólica alegría y la boca entreabierto de placer; después los rayados calzoncillos, agitándose con las piernas cruzadas y haciendo, a cada latigazo, las más originales contorsiones; delante, de pie, el infatigable Tjaden pegando con la furia de un leñador. Tuvimos que arrancarle de allí a la fuerza para poder tomar parte en la paliza.

Por fin, Haie puso nuevamente en pie a Himmelstoss y quiso obsequiarlo, como fin de fiesta, con una escena íntima. Parecía que quisiera coger las estrellas de tanto como levantó la zarpa para soltarle un solemne tortazo. Himmelstoss se convirtió en una peonza. Haie lo puso de nuevo en situación y le arreó, con mucho estilo, un magnífico izquierdazo. Himmelstoss berreó como un poseído y se escapó corriendo a cuatro patas. Su culo rayado de cartero brilló al claro de luna. Nos largamos al galope.

Haie todavía se detuvo, y le dijo, con odio satisfecho, un poco enigmático:

—La venganza es como una longaniza...

Considerándolo bien, Himmelstoss podía estar contento, puesto que su lema de que los unos deben educar a los otros había dado unos frutos muy apreciables, al menos en lo que a él se refiere. Éramos adelantados discípulos de sus métodos.

Nunca ha sabido a quién debía aquel obsequio. Y bien mirado, todavía salió ganando una sábana, pues fuimos a por ella al cabo de unas horas y ya no

la encontramos.

Confortados por los recuerdos de la noche anterior, partimos al amanecer, bastante serenos. Es por esta razón que una larga barba, ondulando al viento, pudo calificarnos emocionada de «juventud heroica».

Capítulo 4

Nos mandan a primera línea, a fortificar. Al atardecer llegan los camiones. Subimos. La noche es calurosa y la oscuridad parece una manta bajo la que nos sentimos a gusto. Nos une; incluso Tjaden, el avaro, me da un cigarrillo y me lo enciende.

Vamos apretados el uno contra el otro; nadie puede sentarse. Tampoco es la costumbre. Müller, por fin de buen humor, lleva sus botas nuevas.

Los motores roncan, los coches traquetean y crujen. Las carreteras están gastadas y llenas de agujeros. Los camiones tienen prohibido encender los faros y caemos en los baches que nos hacen ir de un lado a otro con peligro de caer fuera del coche. Esto no nos inquieta. ¿Qué puede suceder? Un brazo roto es mejor que un agujero en el vientre, y más de uno querría, precisamente, una ocasión para dar un paseo por su tierra.

Cerca de nosotros corren en largas columnas los coches del convoy de municiones. Van deprisa, nos avanzan continuamente. Les gritamos bellaquerías y nos responden.

Se hace visible una pared, pertenece a una casa apartada de la carretera. De pronto aguzo el oído. ¿Me engaño? Vuelvo a escuchar con claridad el graznido de una oca. Doy una ojeada a Katczinsky y él me la devuelve. Hemos entendido.

—Kat, estoy oyendo a un aspirante a nuestra cazuela.

Afirma:

—Cuando volvamos. Ya sé dónde está.

Naturalmente, Kat sabe dónde está. Seguro que conoce las ocas que existen en veinte kilómetros a la redonda.

Los camiones llegan a la zona ocupada por la artillería. El emplazamiento de las piezas está camuflado con ramas para ocultarlas a la vista de los aviadores. Parece una fiesta militar de los Tabernáculos. Esas glorietas tendrían un aspecto hermoso y plácido si sus ocupantes no fueran cañones.

El aire está lleno de humo y niebla. Notamos en la lengua el gusto amargo de la pólvora. Los estampidos resuenan tanto que el camión tiembla; el eco va perdiéndose a nuestras espaldas; todo se tambalea. Nuestros rostros van cambiando insensiblemente. No vamos a las trincheras, es cierto; sólo a fortificar, pero en cada uno de los rostros se puede leer: «He aquí el frente, estamos en sus dominios».

Esto no es todavía miedo. Quien, como nosotros, ha estado muchas veces en primera línea, tiene la piel curtida. Sólo aquellos reclutas tan jóvenes están emocionados. Kat les instruye:

—Esto ha sido un 30,5, se conoce por el ruido del disparo. Enseguida oiréis la explosión.

Pero el ruido sordo de las explosiones no llega hasta aquí. Lo ahoga el rumor general del frente. Kat escucha con atención:

—Esta noche habrá jarana.

Todos atendemos. El frente está intranquilo. Kropp dice:

—Los «Tommys» ya tiran.

Se oyen claramente los disparos. Son las baterías inglesas, a la derecha de nuestro sector. Empiezan con una hora de antelación. Nosotros empezamos siempre a las diez en punto.

—¿Qué les pasa ahora a aquéllos? —grita Müller—. ¿Se les ha adelantado el reloj?

—Os digo que habrá jaleo, lo siento en mis huesos —dice Kat, moviendo los hombros.

Cerca de nosotros disparan tres cañonazos. La llamarada corta al sesgo el aire y la niebla, los cañones gruñen y runrunean sordamente. Sentimos un escalofrío, pero estamos contentos porque mañana nos encontraremos de nuevo en las barracas.

Nuestros rostros no están más pálidos ni más encendidos que antes; ni más rígidos ni más lacios, y, a pesar de todo, son distintos. Notamos como si se hubiera establecido en nuestra sangre un contacto eléctrico. No es hablar por hablar, es un hecho. Es el frente, es la conciencia de encontrarnos en él lo que ha motivado este contacto. En el momento en que silban los primeros obuses, en que el aire se desgaja con los primeros disparos, os llega de pronto a las venas, a las manos, a los ojos, un ansia intensa, contenida, un estar ojo avizor, un vigoroso despabilamiento, un extraño aguzamiento de los sentidos. Con un brinco el cuerpo queda dispuesto a todo.

A veces me parece que es el aire agitado y brillante que penetra con su

silencioso vuelo en nuestro interior; o quizás el mismo frente que irradia algún fluido movilizador de desconocidas fibras nerviosas.

Cada vez sucede igual, cuando venimos somos soldados, alegres o gruñones; pero en cuanto llegamos a las primeras baterías cada una de nuestras palabras tiene otro sonido.

Si Kat, ante las barracas, dice: «Habrá jaleo», no expresa nada más que su opinión. Pero cuando lo dice aquí, la frase toma el brillo de una bayoneta bañada por la luna, atraviesa, en línea recta, nuestros pensamientos, se acerca a aquella subconsciencia que se ha despertado en nosotros y le dice con oscura significación: «Habrá jaleo». Quizás es nuestra vida más íntima y más secreta la que se estremece y se apresta a defenderse.

Para mí el frente es un siniestro remolino. Cuando todavía estamos lejos y nos encontramos en aguas tranquilas sentimos ya aquella fuerza que nos sorbe, que nos atrae, lentamente, inevitablemente, sin que podamos ofrecerle ninguna resistencia. De la tierra y del aire brotan, no obstante, fuerzas de defensa; sobre todo de la tierra. Para nadie tiene tanta importancia la tierra como para el soldado. Cuando de bruces se aprieta contra ella, dilatadamente, con violencia; cuando hunde en ella su rostro y sus miembros poseído por el mortal terror del fuego, entonces la tierra es su único amigo, su hermano, su madre. Gime por su estupor y su miedo en el corazón de aquel silencio, en aquel refugio acogedor; ella lo recibe y después lo deja marchar hacia diez segundos más de carrera y de vida, para recogerlo de nuevo, tal vez para siempre.

¡Tierra! ¡Tierra! ¡Tierra! ¡Tierra, con tus relieves, con tus agujeros y salientes donde uno puede lanzarse y encogerse! Tierra, en las convulsiones del horror, en los espantos de la destrucción, en los mortíferos aullidos de las explosiones, tú nos envías la inmensa contraofensiva de la vida recuperada. El loco torrente de nuestra existencia destrozada refluye de ti, a través de nuestras manos; por esto, habiendo escapado a la muerte, hemos buscado tus entrañas y en la alegría muda y angustiosa de haber sobrevivido a este minuto, te hemos mordido con fuerza.

Una parte de nuestro ser retrocede miles de años en cuanto estallan los primeros obuses. Es el instinto de la bestia el que despierta en nosotros, el que nos guía y nos protege. No es consciente, es mucho más rápido, más seguro, más infalible que la conciencia clara. No puede explicarse.

Vas andando sin pensar en nada, y, de pronto, te encuentras agachado en el interior de un embudo mientras, por encima de tu cabeza, vuelan los pedazos de un obús; no te acuerdas, sin embargo, de haber oído silbar a la bomba ni de haber pensado en esconderte. Si hubieras de fiar en ti mismo, tiempo ha que tu cuerpo no sería sino un montón de carne esparcida por todas partes. Es este otro elemento, este instinto perspicaz el que nos ha movilizado y salvado sin

saber cómo. Si no fuera por él, de Flandes a los Vosgos no quedaría ya un solo hombre.

Cuando nos ponemos en camino somos simples soldados, alegres o gruñones. Cuando llegamos a la zona del frente, nos convertimos en hombres fieros.

Nos acoge un bosquecillo raquítico. Atravesamos las cocinas de campaña. Nos apeamos detrás del bosque. Los camiones regresan. Mañana, antes de la aurora, vendrán a buscarnos.

La niebla y el humo cubren los prados a la altura del pecho. Arriba brilla la luna. Por la carretera pasan tropas. Los cascos de acero reflejan pálidamente la luz lunar. Las cabezas y los fusiles emergen de la niebla. Cabezas que se mueven, vacilantes cañones de fusil.

La niebla termina algo más allá. Las cabezas se convierten en figuras. Guerreras, pantalones y botas salen de la bruma como de un mar lácteo. Van formados en columna. La columna marcha hacia adelante, las figuras van haciéndose compactas, tomando aspecto de cuña y ya no podemos distinguir una de otra; sólo vemos un oscuro calce que avanza hacia adelante extrañamente nutrido por las cabezas y los fusiles flotantes que van saliendo del estanque brumoso. Ya no son hombres. Son una columna.

Por un camino transversal pasan cañones ligeros y carros de municiones. Los lomos de los caballos brillan al claro de luna, sus movimientos son hermosos, levantan vivamente la cabeza y puede verse lucir sus ojos. Los carros y los cañones parecen resbalar sobre un fondo de paisaje lunar. Los jinetes, con sus cascos de acero, parecen caballeros de tiempos pasados; es algo de una extraña belleza que cautiva.

Llegamos a la base de zapadores. Algunos de nosotros cargan en sus espaldas unas barras de hierro curvas y afiladas; los demás pasan unos lingotes metálicos por el centro de unos rollos de alambre espinoso y se los llevan. La carga es incómoda y pesada.

El terreno está desbastado. Los de cabeza gritan:

—¡Cuidado! A la izquierda hay un embudo.

—¡Ojo! Una trinchera...

Vamos con los ojos muy abiertos, los pies y el bastón palpan el terreno antes de avanzar. Súbitamente, el grupo se detiene; damos de narices contra el hombre que nos precede y maldecimos.

Unos camiones destrozados por la metralla nos impiden el paso. Otro aviso:

—Apagad los cigarrillos y las pipas.

Estamos casi en las trincheras de primera línea. Entretanto, ha oscurecido. Rodeamos un bosquecillo y el sector del frente queda ante nosotros.

Un incierto resplandor rojizo se extiende por todo el horizonte. Se agita continuamente atravesado por los relámpagos de las baterías. Por encima de nuestras cabezas se elevan las bolas luminosas, rojas o plateadas, que estallan y se deshacen en una lluvia de estrellas blancas, verdes y encarnadas. Los cohetes franceses se abren en espiga y despliegan un paracaídas de seda que baja lentamente, planeando. Lo iluminan todo con una claridad diurna, el resplandor llega hasta nosotros, vemos nuestra sombra netamente recortada en el suelo. Planean unos minutos antes de consumirse. Enseguida surgen otros, se elevan de todas partes rodeados por una lluvia de estrellitas coloreadas.

—¡Qué hervidero! —dice Kat.

El fragor de las piezas de artillería se condensa hasta convertirse en un solo trueno opaco y ensordecedor por entre el que destacan únicamente las explosiones de los obuses. Crepita el martilleo seco de las ametralladoras. El aire, por encima de nosotros, está lleno de invisibles ataques, de aullidos y silbidos. Son proyectiles de poco calibre; pero de vez en cuando, en medio de ellos resuenan, con sus voces de órgano, los obuses de artillería pesada que atraviesan la noche y van a caer lejos, a nuestras espaldas. Tienen un aullido ronco y lejano como de ciervos en celo y vuelan muy altos por encima de los gritos y silbidos de los proyectiles menores. Los reflectores comienzan a explorar la negrura del cielo. Resbalan por ella como látigos gigantes. Uno de ellos se inmoviliza y apenas tiembla un poco. Llega otro enseguida, se cruzan, puede verse entre los dos un pequeño insecto negro que pugna por escaparse: el avión. El piloto, cegado, pierde la seguridad y vacila.

Clavamos fuertemente las estacas de hierro a distancias regulares. Siempre hay dos hombres que sostienen los rollos; los otros van desenredando el alambre, este asqueroso alambre de púas largas y espesas. No estoy acostumbrado a hacerlo y me arañó una mano.

Al cabo de unas horas hemos terminado. Pero todavía falta un rato para que lleguen los camiones. La mayoría de nosotros se tiende para dormir. Yo lo intento, pero hace demasiado fresco. Se siente la proximidad del mar; el frío nos despierta a cada momento.

Por fin logro adormecerme. Cuando de pronto levanto con presteza el cuerpo, no sé dónde estoy. Veo las estrellas, los cohetes y, por un momento, tengo la impresión de haberme dormido en un jardín, durante una fiesta. No sé si es de día o de noche, estoy acostado en la cuna pálida del crepúsculo y espero dulces palabras que han de ser pronunciadas inmediatamente, palabras

amorosas y tranquilas. ¿Lloro? Paso la mano por mis ojos, ¡qué extraño! ¿Soy un niño? ¡Qué piel más suave! Sólo dura un segundo, reconozco enseguida la silueta de Kaczinsky. El veterano está tranquilamente sentado fumando su pipa, una pipa con tapadera, naturalmente. Cuando se da cuenta de que estoy despierto, dice:

—Te has asustado. Era sólo una espoleta que ha ido a enterrarse en la maleza.

Me incorporo. Me siento extrañamente solo. La presencia de Kat reconforta. Mira pensativamente hacia el frente y exclama:

—Qué hermosos fuegos artificiales si no fueran tan peligrosos...

Detrás de nosotros estalla un obús. Algunos reclutas se levantan asustados. Dos minutos más tarde cae otro, más cerca que el primero. Kat vacía su pipa de un golpe.

—Ya empezamos.

La cosa se pone seria. Huimos rastreando tan rápidamente como podemos. El siguiente obús cae ya en medio de nuestro grupo.

Se oyen gritos. En el horizonte suben cohetes verdes. Vuela el fango, la metralla silba. Se la siente caer todavía cuando la explosión ha enmudecido hace rato.

A nuestro lado un recluta acobardado se ha tendido en el suelo, un muchacho de pelo blanco como el lino que entierra el rostro en sus manos. El casco ha rodado de su cabeza y yace por tierra. Lo cojo e intento ponérselo. Levanta los ojos, aparta el casco y arrastrándose como un niño, oculta su cabeza en mis brazos. Se aprieta contra mi pecho. Le tiemblan las delgadas espaldas. Unas espaldas como las de Kemmerich.

Le dejo hacer, y para que el casco le sirva de algo, se lo pongo sobre las posaderas; no es por embromarle, sino después de haber considerado que, tal como está, esta es la parte más sobresaliente de su cuerpo. Aun teniendo ahí una buena porción de carne las heridas duelen terriblemente. Además, uno ha de pasarse meses y meses en el hospital, tendido boca abajo y casi seguro que te levantas cojo. En algún lugar, la explosión ha pegado de verdad. Se oyen gritos entre las detonaciones.

Por fin vuelve la calma. El fuego pasa ahora por encima de nuestras cabezas y castiga las últimas posiciones de reserva. Nos arriesgamos a lanzar una ojeadita. Cohetes rojos cruzan el cielo. Posiblemente habrá un ataque.

Aquí la cosa está tranquila. Me siento y sacudo las espaldas del recluta.

—Ya se ha terminado, muchacho. Esta vez hemos salido bien librados.

Mira a su alrededor, asustado.

Le digo para tranquilizarle:

—Ya te acostumbrarás.

Ve el casco y se lo pone. Lentamente va volviendo en sí. De pronto, se ruboriza y adopta un gesto de turbación. Se toca con la mano la parte trasera y me mira, desazonado. Enseguida comprendo: cólico del frente. No es realmente por esto que le había puesto el casco en aquel lugar.

Intento consolarlo, diciéndole:

—No tienes por qué avergonzarte; muchos, antes que tú, durante el bautismo de fuego, han llenado sus pantalones. Vete detrás de aquellas matas, sácate los calzoncillos y tíralos. Eso es todo.

Lo hace. El frente va tranquilizándose, pero los gritos no cesan.

—¿Qué pasa, Albert? —pregunto.

—Allí abajo algunas columnas han recibido muy fuerte.

Los gritos siguen. No son humanos; los hombres no aúllan tan horrorosamente. Kat dice:

—Caballos heridos.

No había oído nunca gritar a un caballo y apenas puedo creerlo. Es la desolación del mundo, es la criatura martirizada, es un dolor salvaje y terrible el que gime aquí. Palidecemos. Detering se levanta.

—¡Criminales, verdugos! Matadlos de una vez.

Es agricultor y entiende en caballos. Esto debe herirle profundamente. Como hecho a propósito, el fuego ha cesado casi por completo. Los gemidos de los animales se oyen más distintamente. No puede saberse de dónde vienen ya, en medio de este paisaje quieto y plateado. Son invisibles, espectrales; por todas partes, entre cielo y tierra, se escucha el clamor inmenso de estos gritos.

Detering se enfurece y chilla con rabia:

—¡Matadlos, matadlos de una vez! ¡Maldita sea!

—Primero han de recoger a los heridos —dice Kat.

Nos levantamos y buscamos el lugar. Si pudiéramos ver a los caballos la cosa sería más soportable. Meyer tiene unos binoculares. Vemos un grupo oscuro de sanitarios con literas y unos grandes bultos negruzcos que se mueven. Son los caballos heridos. Pero no todos. Algunos intentan galopar, caen y vuelven a correr. Hay uno con el vientre abierto del que le cuelgan las entrañas. Tropezan con ellas y caen, pero se levantan de nuevo.

Detering toma el fusil y apunta. Kat, con un golpe, desvía hacia arriba el tiro.

—¿Te has vuelto loco?

Detering tiembla y tira el fusil al suelo.

Nos sentamos y nos tapamos las orejas. Pero estos terribles gemidos, estas angustiosas quejas, estos plañidos impresionantes resuenan y penetran por todas partes.

Estamos acostumbrados a muchas cosas. Pero esto nos produce un sudor frío. Uno querría levantarse y correr huyendo a algún lugar donde no se oyeran los gritos. Con todo, no son hombres sino tan sólo caballos.

De la oscura hilera destacan otra vez unas camillas. Después suenan unos disparos aislados. Los grandes bultos tiemblan un poco y caen. ¡Por fin! Pero todavía no ha terminado. Los soldados no pueden acercarse a los caballos heridos, que huyen, aterrorizados, con todo el dolor en la inmensidad de sus bocas abiertas. Una de las figuras se arrodilla y suena un disparo; un caballo cae. Después otro... El último se apoya en las patas delanteras y gira en redondo como en un «carrusel» circense. Después se sienta, y derechas todavía sus patas delanteras, sigue girando... Probablemente tiene la grupa destrozada. Un soldado corre hacia él y le dispara. Despacio, sumiso, va resbalando hasta el suelo.

Nos sacamos las manos de las orejas. Los gritos han terminado. En el aire queda tan sólo un suspiro prolongado que va extinguiéndose. Después, de nuevo, los cohetes, el canto de las bombas y las estrellas... casi nos parece extraño.

Detering pasea arriba y abajo, maldiciendo:

—Me gustaría saber qué culpa tienen ellos.

Al cabo de un rato vuelve a empezar. Su voz está conmovida, tiene casi un sonido ceremonial cuando dice:

—Creedme. La mayor vileza de todo esto es que los animales tengan que hacer la guerra.

Nos vamos. Ya es hora de volver a los camiones. El cielo se ha aclarado un poco. Las tres de la madrugada. El viento es fresco, frío incluso; la palidez de la hora tiñe de gris nuestros rostros.

Avanzamos a ciegas, en hilera, atravesamos trincheras y embudos, llegando de nuevo a la zona de niebla. Kaczinsky está inquieto; mala señal.

—¿Qué te pasa, Kat? —pregunta Kropp.

—Ya querría estar en casa.

«En casa» quiere decir en las barracas.

—No tardaremos mucho, Kat.

Está nervioso.

—No sé, no sé...

Llegamos a las últimas trincheras y después a los prados. Volvemos a ver el bosquecillo; desde aquí conocemos ya el terreno palmo a palmo. He aquí el cementerio de los cazadores, con sus túmulos y sus cruces negras.

En este momento oímos detrás de nosotros unos silbidos que van creciendo hasta convertirse en un fragor de trueno. Nos hemos agachado; cien metros más allá se abre una nube de fuego.

Al cabo de unos segundos, una parte del bosque se eleva lentamente en el aire. Es un segundo obús que acaba de estallar y ha arrancado tres o cuatro árboles que vuelan, lentamente, por encima de lo demás, antes de romperse en pedazos y caer. Ya zumban como válvulas de caldera, los obuses que siguen... Fuego intenso.

—¡Cubríos! —aúlla alguien—. ¡Cubríos!

Los prados son lisos, el bosque está demasiado lejos y es peligroso; no hay otro escondrijo que el cementerio, los túmulos y las tumbas. Nos abalanzamos hacia ellos, tropezando en la oscuridad, y cada uno de nosotros se lanza detrás de un montículo de tierra y se aplasta contra él como un escupitajo.

Justo a tiempo. La oscuridad enloquece, tiembla y se enfurece. Sombras más negras que la noche se lanzan con rabia sobre nosotros, nos pasan por encima con sus enormes jorobas. El fuego de las explosiones estremece de relámpagos el cementerio.

No hay escapatoria. Al resplandor de las granadas arriesgo una ojeada hacia los prados. Son como un mar tempestuoso, las llamas de los proyectiles brotan como surtidores. Es imposible pasar a través de ellos.

El bosque desaparece, queda destrozado, trinchado, hecho migas. Hemos de quedarnos aquí, en el cementerio.

Delante de nosotros, la tierra revienta. Llueven terrones. Siento un golpe. La metralla se ha llevado una de mis mangas. Cierro el puño. No me duele. Esto, sin embargo, no me tranquiliza, las heridas no duelen hasta más tarde. Me palpo el brazo. Está arañado, pero entero. Recibo un golpe en la cabeza y voy a perder el conocimiento. Un pensamiento me atraviesa como un rayo: «¡No te desmayes!» Me hundo en la oscuridad de un abismo, pero emergo de nuevo enseguida. Un trozo de metralla ha tropezado contra mi casco, pero

venía de tan lejos que no ha tenido fuerza para atravesarlo. Limpio mis ojos de barro. Frente a mí se ha abierto un gran agujero; puedo distinguirlo borrosamente. No es frecuente que los obuses caigan en el mismo lugar. Por esta razón quiero meterme en él. Salto de mi escondite y quedo tendido boca abajo, como un pez.

Pero la cosa vuelve a empezar. Me encojo inmediatamente y tiento, con las manos, para encontrar un refugio. Toco algo a mi izquierda e intento apretarme a su lado, pero cede, gimo, la tierra se agrieta, la presión del aire me maltrata los oídos, me oculto bajo la cosa que no resiste, me cubro con ella, es madera, madera y ropa, un miserable cobertor contra la furia de la metralla.

Abro los ojos; mis dedos aprietan una manga, un brazo. ¿Un herido? Lo llamo... No responde. Un muerto. Mi mano palpa más allá, encuentra astillas de madera... ¡Ah, sí! Estamos en un cementerio. El fuego, no obstante, es más fuerte que cualquier otra consideración. Apaga, adormece los reparos; me hundo todavía más abajo del ataúd; él me protegerá, aunque encierre en su interior la misma muerte. Delante de mí se abre el embudo. Lo acaricio con la mirada, habré de lanzarme hacia él de un salto. Me dan un golpe en la cara, una mano me agarra por la espalda. ¿Ha despertado el cadáver? La mano me sacude, me doy la vuelta y un momentáneo resplandor me permite ver el rostro de Katzinsky. Tiene la boca abierta, grita algo. No oigo nada. Me sacude con fuerza, acercándose cada vez más. En un instante de menor ruido me llega su voz:

—¡Gas! ¡Gaas! ¡Haz que corra!

Cojo la careta. Algo alejado de mí hay alguien tendido. Sólo pienso en una cosa: ha de saberlo.

—¡Gaas! ¡Gaas!

Grito, me arrastro hacia él, le hago señales con la careta. No se da cuenta de nada. Empiezo de nuevo... Tan sólo se encoge asustado; es un recluta. Miro con desesperación a Kat. Ya lleva puesta la careta. De un golpe me saco el casco que rueda por el suelo y me pongo la mía. Me acerco al hombre, tomo su máscara y se la pongo sobre la cabeza; él la coge, lo dejo, y de un salto, me meto en el embudo.

La explosión sorda de las granadas de gas se mezcla con el estallido de los proyectiles. Una campana resuena entre el fragor del bombardeo; tambores, carracas metálicas, hacen correr la noticia: ¡Gas, gas, gas!

Algo cae a mi espalda, una, dos veces. Froto las ventanitas de la careta, empañadas por el aliento. Son Kat, Kropp y otro. Los cuatro nos estamos quietos, inmóviles, en una tensión angustiosa, atentos, sin respirar apenas.

Estos primeros minutos con la máscara deciden entre la vida y la muerte. ¿Estará bien cerrada? Conozco las terribles imágenes del hospital; enfermos de gas que en un ahogo que dura días y días escupen, a pedazos, sus pulmones calcinados.

Con precaución, los dientes cerrados sobre la cápsula, respiro. El vaho ya se arrastra por el suelo y se insinúa en todos los agujeros. Como una medusa, ancha y viscosa, se apodera de nuestro embudo, lo llena. Doy un empujón a Kat. Es preferible salir y tendernos arriba que no quedarnos en el agujero, donde el gas se acumula. Pero no podemos hacerlo. El fuego cae, de nuevo, como una granizada. Es algo más que el continuo estallido de los obuses, es como si la tierra aullase. Algo se nos viene encima haciendo un ruido seco. Caen muy cerca de nosotros; es un ataúd que debe haber sido lanzado al aire por una explosión.

Veo que Kat se mueve y me acerco. El ataúd ha caído sobre el brazo del cuarto soldado que estaba con nosotros en el embudo. El hombre intenta, con la otra mano, quitarse la careta. Kropp le detiene a tiempo, le dobla el brazo y le sostiene fuertemente la muñeca contra la espalda.

Kat y yo nos disponemos a liberarle el brazo herido. La tapa del ataúd está floja y partida. La arrancamos con facilidad y sacamos el cadáver, que cae resbalando como un saco. Después probamos de levantar el ataúd.

Afortunadamente, el hombre ha perdido el conocimiento y Albert puede ayudarnos. Ahora ya no es necesario que vayamos con tanto cuidado, pero nos apresuramos tanto como nos es posible hasta que el ataúd, con un crujido, cede bajo la acción en palanca de nuestras palas.

Ha aclarado un poco. Kat coge un trozo de madera de la tapa, la pone bajo el brazo roto y lo aseguramos con las vendas de nuestras curas individuales. Es todo lo que podemos hacer, de momento. La cabeza me hierve y me palpita en el interior de la careta; parece a punto de estallar. Los pulmones están congestionados. Para respirar sólo disponen siempre del mismo aliento viciado. Se me hinchan las venas de las sienes. Parece que vaya a ahogarme.

Una luz grisácea llega hasta nosotros. Arriba el viento barre el cementerio. Subo hasta el borde del embudo. Al resplandor turbio de la alborada veo una pierna seccionada, la bota está intacta. La distingo claramente por un instante.

Ahora alguien se levanta unos metros más allá. Froto las ventanitas que vuelven a empañarse enseguida por el jadeo a que me fuerza la tensión; miro fijamente... El hombre ya no lleva careta.

Espero unos segundos —no cae, mira a su alrededor buscando alguna cosa, da unos pasos—, el viento ha limpiado de gas el cementerio, el aire está libre. Entonces yo también, jadeando, me arranco la máscara y caigo al suelo. El aire

me penetra como si fuera agua helada, los ojos quieren abandonar sus órbitas, me inunda la frescura de la ola y pierdo el sentido.

El bombardeo ha cesado. Me asomo al embudo y hago señas a los demás. Suben y se quitan la máscara. Cogemos en brazos al herido, uno de nosotros le sostiene el brazo maltrecho. Nos alejamos así, deprisa, tropezando por el camino.

El cementerio es una ruina. Ataúdes y cadáveres están diseminados por todas partes. Es como si hubieran muerto de nuevo; pero cada uno de ellos, al ser destrozado, ha salvado la vida de uno de los nuestros.

La puerta ha sido destruida; los raíles del tren de campaña que pasa por los alrededores están arrancados y se levantan, curvados, hacia el cielo. Delante de nosotros hay alguien tendido. Nos detenemos; sólo Kropp sigue adelante llevando al herido.

El que está en el suelo es un recluta. Tiene una nalga llena de sangre; está tan abatido que saco mi cantimplora llena de té con ron. Kat me detiene y se inclina sobre él:

—¿Dónde te han dado, compañero?

Mueve los ojos; está demasiado débil para responder.

Le cortamos con precaución los pantalones. Gime.

—Tranquilo, tranquilo. Esto te aliviará.

Si tiene una bala en el vientre no puede beber. No ha vomitado, buena señal. Desnudamos su nalga. Es un montón de carne picada con astillas de hueso. Le han destrozado la articulación. Este muchacho no andará jamás.

Le froto las sienes con los dedos húmedos y luego le doy un buen trago de mi cantimplora. Los ojos se le animan. Hasta ahora no nos hemos dado cuenta de que también sangra por el brazo derecho. Kat deshace unos paquetes de vendas y las coloca, tan extendidas como puede, para poder cubrir la herida. Busco un pedazo de ropa para envolverlo, no lo encuentro y corto un poco más sus pantalones para poder hacer una venda con un trozo de sus calzoncillos; pero no lleva. Entonces me fijo en su cara: es el mismo muchacho de antes, el del pelo color lino.

Entretanto, Kat ha encontrado un pequeño paquete de vendas en el bolsillo de un cadáver; las aplicamos con cuidado en la herida. Digo al joven, que nos mira atentamente:

—Vamos a buscar una camilla.

Abre la boca y suspira:

—No os mováis de aquí.

Kat dice:

—Volvemos enseguida. Vamos a buscar una camilla para poder llevarte.

No sabemos si nos ha comprendido. Lloriquea como un niño a nuestras espaldas:

—No os marchéis.

Kat se da la vuelta y susurra:

—¿No sería mejor, simplemente, agarrar un revólver y que esto terminara?

Este muchacho apenas si resistirá el transporte y, con mucha suerte, podrá vivir algunos días. Lo que ha sufrido hasta ahora no es nada comparado con lo que pasará hasta morir. Por el momento está aturdido y no siente nada. Dentro de una hora será un haz aullador de insoportables dolores. Los días que le quedan de vida significan para él una tortura rabiosa e ininterrumpida. ¿A quién puede aprovechar que él viva estos pocos días?

—Sí, Kat; deberíamos coger el revólver.

—Dámelo —dice, y se detiene.

Está decidido, me doy cuenta. Miramos a nuestro alrededor, pero ya no estamos solos. Delante mismo de nosotros se va formando un grupo, de embudos y agujeros surgiendo cabezas de soldados.

—Vamos a buscar una camilla.

Kat mueve la cabeza.

—Unos muchachos tan jóvenes...

Y repite:

—Unos muchachos tan jóvenes, tan inocentes...

Nuestras bajas son menores de lo que podría suponerse: cinco muertos y ocho heridos. No ha sido más que una pequeña sorpresa de artillería. Dos de nuestros muertos estaban en el interior de una tumba que había quedado al descubierto; sólo hemos tenido que cubrirlos de tierra.

Nos ponemos en marcha. Trotamos en silencio, uno detrás de otro, en larga hilera. Los heridos son transportados a la ambulancia. La mañana es turbia, los enfermos corren arriba y abajo con números y fichas. Los heridos gimen. Empieza a llover.

Al cabo de una hora llegan los camiones y subimos. Vamos más anchos que antes.

Llueve con más fuerza. Extendemos lonas y las colocamos sobre nuestras cabezas. El agua tamborilea encima. A los lados se deslizan trenzas de lluvia. Los camiones chapotean en los agujeros y nosotros nos mecemos de un lado a otro, adormecidos.

En la parte delantera del camión van dos hombres con unas largas horquillas. Vigilan los cables del teléfono que atraviesan la carretera; cuelgan tan bajos que podrían decapitarnos. Ellos los levantan a tiempo con sus largos palos y los hacen pasar por encima de nuestras cabezas. Oímos su aviso:

—¡Cuidado con el alambre!

Soñolientos nos agachamos un momento y nos volvemos a levantar.

Es monótono el balanceo del camión. Son monótonos los gritos de estos hombres. Cae monótonamente la lluvia. Cae sobre nuestras cabezas, sobre las cabezas de los cadáveres que han quedado allí, sobre el cuerpo del pobre recluta con la herida, demasiado grande para su nalga, cae sobre la tumba de Kemmerich, cae sobre nuestros corazones.

No sucede nada. Sólo los gritos monótonos:

—¡Cuidado con el alambre!

Encogemos las piernas y nos adormecemos de nuevo.

Capítulo 5

Resulta pesado matar los piojos de uno en uno cuando se tienen a centenares. Estos animalitos son algo duros y oír cada vez el pequeño ruido que producen las uñas llega a aburrir. Por esta razón, Tjaden ha fijado con un alambre la tapa de una caja de betún encima de una vela encendida. Los piojos se tiran, sencillamente, encima de esta pequeña sartén, sueltan un chasquido y ya están listos.

Nos sentamos a su alrededor, la camisa sobre las rodillas, desnudo el busto al aire tibio del atardecer, con las manos en la masa. Haie tiene unos piojos de un tipo muy particular; llevan una cruz roja encima de la cabeza. Es por esto que pretende haberlos traído del hospital de Thourhout, donde debían ser propiedad privada de algún médico principal. También quiere aprovechar la grasa que, poco a poco, va formándose en la lata para limpiar los zapatos, y está riéndose de su ocurrencia durante media hora seguida.

Hoy, sin embargo, no tiene mucho éxito; nos preocupa otra cosa.

El rumor se ha confirmado. Himelstoss está aquí. Llegó ayer y ya hemos

oído su tan conocida voz. Parece que maltrató con exceso a dos reclutas. Él lo ignoraba, pero uno de ellos era hijo del gobernador civil. Eso le reventó.

Aquí las pasará moradas. Tjaden está pensando ya, desde hace horas, todas las respuestas que podrá darle. Haie contempla ensimismado sus enormes remos y me guiña el ojo. Aquella paliza fue el punto culminante de su existencia; me ha contado que algunas veces todavía sueña en ella.

Kropp y Müller conversan. Kropp es el único que posee algo de comer, una fiambra llena de lentejas que ha mangado, seguramente, en la cocina de los zapadores.

Müller mira las lentejas con el rabillo del ojo, pero conteniéndose pregunta:

—Albert, ¿tú qué harías si de pronto viniera la paz?

—No hay paz —replica Albert, secamente.

—Bueno, hombre, pero si... —insiste Müller—, ¿tú qué harías?

—Largarme —ladra Kropp.

—Claro que sí. ¿Y luego?

—Emborracharme.

—No digas tonterías. Hablo en serio —dice Müller.

—Yo también —responde Albert—. ¿Qué otra cosa iba a hacer, si no?

Kat se interesa por la pregunta. Reclama a Kropp un tributo de lentejas, éste se lo da, piensa unos momentos y dice:

—Podría emborracharse uno, es cierto, pero mejor sería coger el primer tren y volar a casita. Qué cosas dices, Albert, la paz...

Busca su cartera de bolsillo, de tela encerada, y saca una fotografía que enseña orgullosamente a todo el mundo:

—¡Mi vieja!

Después la guarda otra vez y gruñe:

—Maldita guerra piojosa...

—Tú puedes decirle esto —le digo yo—. Tú tienes una mujer y un hijo.

—Claro, he de procurar que no les falte la comida.

Nos reímos.

—Seguro que no les faltará, Kat. Si es necesario, tú harás una requisa.

Müller está hambriento. Por esto no se da por satisfecho. Despierta con un

sobresalto a Haie de sus sueños de azotinas.

—Haie, ¿y tú qué harías si se hiciera la paz?

—Te dejaría el culo como un tomate por hablar, precisamente aquí, de estas cosas —digo yo—. ¿Cómo se te ha ocurrido esto ahora?

—¿Cómo puede llegar el estiércol al tejado? —responde lacónicamente Müller, y se vuelve hacia Haie Westhus.

Una pregunta semejante es demasiado, así, de pronto, para Haie.

Mueve calmosamente su rostro lleno de pecas:

—¿Quieres decir si terminara la guerra?

—Eso es. Tú lo entiendes todo enseguida.

—Habría mujeres de nuevo, ¿no? —dice Haie relamiéndose.

—Sí, también.

—¡Diablos! —exclama Haie y su rostro se distiende. —Agarraría a una moza bien maciza, robusta y recia, ¿sabes? De aquellas que tienen de todo lo necesario para que dé gusto palparlas... y al catre. Figúrate, ¡colchones de pluma y somier! Hijos míos, me pasaría ocho días sin ponerme los pantalones.

Se hace el silencio. La imagen es demasiado admirable. Se nos pone la piel de gallina. Por fin, Müller despierta y pregunta:

—¿Y después?

Hay una pausa. Pero enseguida Haie declara, algo cohibido:

—Si fuera cabo me quedaría con los prusianos y me reengancharía.

—Haie, estás más loco que una cabra —le digo.

El replica, sin enfadarse:

—¿Has trabajado en las minas tú? Pruébalo.

Y diciendo esto, saca una cuchara de su bota y la mete en la fiambarrera de Albert.

—No puede ser peor que fortificar en tierras de Champagne —digo.

Haie, masticando, hace una mueca irónica.

—Pero es más largo. Y no hay manera de escaparte.

—Con todo, siempre se está mejor en casa, Haie.

—Depende, depende —dice, y se queda pensativo con la boca abierta.

Se puede leer en su rostro lo que medita. Ve una pobre barraca, en las

minas de carbón; piensa en un trabajo pesado, de la mañana a la noche, bajo un calor asfixiante; en el escaso salario, en la ropa constantemente sucia...

—En la mili, cuando hay paz, no te has de preocupar por nada —dice por fin—. Cada día te sirven el pienso, o, de lo contrario, armas un escándalo de pronóstico; cada semana tienes ropa limpia, como un gran señor; haces tu servicio de cabo y tienes además un magnífico uniforme. Por la noche eres hombre libre y puedes hacer lo que se te antoje.

Se está encantando con su idea. Le está gustando de verdad.

—Y cuando tienes doce años de servicio, te dan un certificado de pensión y te haces guardia rural. Estás paseando todo el santo día.

La visión de este porvenir tan agradable le hace sudar.

—Imagínate cómo deben tratarte. Aquí un coñac, allí medio litro de cerveza... Con un guarda todo el mundo quiere estar a bien.

—Nunca serás cabo, Haie —objeta Kat.

Haie le mira sobresaltado y calla. Por su cabeza bailan, con toda seguridad, los luminosos atardeceres de otoño, los domingos en los prados, las campanas del villorrio, las tardes y las noches con las muchachas, los buñuelos de alforfón con grandes ojos grasientos, las horas de tranquila charla en la taberna...

Necesita tiempo para sacarse de la cabeza tantas fantasías. Es por ello que gruñe, enfadado:

—Siempre estáis diciendo tonterías vosotros.

Se pone la camisa pasándola a través de su gran cabeza y se abrocha la guerrera.

—¿Y tú qué harías, Tjaden? —grita Kropp.

Tjaden sólo piensa una cosa.

—Vigilar para que Himmelstoss no se me escapara.

Seguro que sería de su agrado poderlo meter en una jaula y atizarle cada mañana.

Le dice a Kropp, entusiasmado:

—Yo de ti intentaría llegar a teniente. Entonces podrías arrastrarlo hasta dejarle el culo lleno de ampollas.

—¿Y tú, Detering? —sigue preguntando Müller, que con su manía de preguntar podrá ser un magnífico maestro de escuela.

Detering habla poco. Pero quiere responder a esta pregunta. Mira hacia arriba y dice tan sólo:

—Todavía llegaría a tiempo para la cosecha.

Dicho esto, se levanta y se aleja.

Está preocupado. Su mujer ha de encargarse de la alquería, y, por añadidura, le han requisado dos caballos. Cada día lee los periódicos que van llegando para enterarse de si llueve en su rincón oldenburgés. De otra forma, no podrán recoger el heno.

En este momento aparece Himmelstoss. Viene directamente hacia nuestro grupo. A Tjaden le brotan las manchas rojas en el rostro. Se tiende en la hierba y cierra los ojos de emoción.

Himmelstoss está algo indeciso, su paso se hace más lento. A pesar de todo, sigue avanzando. Nadie hace ademán de levantarse. Kropp se lo mira con interés.

Está de pie a nuestro lado y espera. Como que nadie abre la boca suelta un:

—¿Y bien?

Transcurren unos segundos. Evidentemente, Himmelstoss no sabe de qué modo tomárselo. Debe de estar deseoso de hacernos sentir su autoridad. Pero parece haber aprendido que el frente no se asemeja al cuartel. Quiere intentarlo de nuevo y en vez de dirigirse a todos lo hace a uno solo, creyendo que le será más fácil obtener respuesta. Kropp es el más cercano a él. Es por esto que le honra con un:

—¿Qué, también por aquí?

Albert no siente necesidad de trabar amistad con él y responde, secamente:

—Y un poco antes que usted, si no me equivoco.

El rojo mostacho tiembla.

—¿Es que ya no me conocéis vosotros, o qué?

Tjaden abre ahora los ojos.

—Eso parece.

Himmelstoss se vuelve hacia él:

—Este es Tjaden, ¿no?

Tjaden levanta la cabeza.

—¿Y tú, sabes quién eres tú?

Himmelstoss está estupefacto.

—¿Desde cuándo nos tuteamos? Me parece que todavía no hemos dormido juntos en las cunetas.

No sabe qué hacer ante esta situación. No esperaba una hostilidad tan manifiesta. Sin embargo, de momento, quiere reservarse; seguro que alguien le ha llenado la cabeza con aquellas tonterías de los tiros por la espalda.

Lo de las cunetas ha exaltado a Tjaden y el enfado le presta agudeza:

—No, hombre, en las cunetas dormías tú solo.

Himmelstoss está que hierva. Pero Tjaden no le deja reaccionar, tiene que decirle todo lo que guarda.

—¿Quieres saber quién eres tú? ¡Un hijo de puta! Ya lo sabes. Hacía tiempo que quería decírtelo.

La satisfacción contenida durante muchos meses brilla en sus blancos ojillos porcinos cuando suelta con voz estentórea el «hijo de puta».

Himmelstoss se ha desbocado:

—¿Qué quieres, tú, perro sarnoso, mala bestia? Levántate cuando te habla un superior. ¡Cuádrate!

Tjaden hace un gesto majestuoso:

—Puedes ir a descansar, Himmelstoss. Retírate.

El cabo es ahora la encarnación furiosa del reglamento militar. Ni el propio Káiser se sentiría más ofendido. Aúlla:

—¡Tjaden, te lo mando como superior jerárquico: levántate!

—¿Y qué más? —pregunta Tjaden.

—¿Obedeces o no mi orden?

Tjaden le responde serena y categóricamente, utilizando, sin saberlo, la más antigua de las citas clásicas, al tiempo que levanta levemente sus posaderas.

Himmelstoss se marcha como un rayo:

—¡Te haré comparecer delante del Consejo de Guerra!

Lo vemos alejarse en dirección a la oficina de la compañía.

Haie y Tjaden rompen a reír con estentóreas carcajadas. Haie lo hace con tanta fuerza que se le desencaja la mandíbula y queda, de pronto, como alorado, con la boca abierta de par en par. Albert se la coloca de nuevo en su sitio de un puñetazo.

Kat está preocupado:

—Si lo cuenta, te la cargarás.

—¿Crees tú que lo hará? —pregunta Tjaden.

—Seguro —respondo.

—Como mínimo serán cinco días en el calabozo... —dice Kat.

Tjaden se queda tan fresco.

—Cinco días en chirona son cinco días de gandulear.

—¿Y si te envían a un penal? —pregunta Müller, con su manía por apurar las cosas.

—Entonces estaré mucho más tiempo sin ver la guerra.

Tjaden ha nacido con buena estrella. No se preocupa por nada. Se marcha con Haie y Leer para que no le encuentren enseguida.

Müller, como siempre, no ha terminado todavía. Se agarra de nuevo a Kropp.

—Dime, Albert, si realmente te fueras a casa, ¿qué harías?

Kropp, que ha terminado de comer, está ahora satisfecho y, por lo tanto, más amigable.

—¿Cuántos seríamos, exactamente de nuestro curso?

Lo contamos: éramos veinte, siete han muerto, cuatro han sido heridos y hay uno en el manicomio. Apurándolo mucho, encontraríamos doce.

—Tres son tenientes —dice Müller—. ¿Tú crees que se dejarían abroncar por Kantorek?

Ninguno de nosotros lo cree; nadie se dejaría ahora abroncar por Kantorek.

—¿Qué opinas, en realidad, de la triple acción que hay en el «Guillermo Tell»? —rememora de pronto Kropp, echándose a reír.

—¿Cuáles eran los fines de Hainbund de Gotinga? —pregunta también Müller, con voz severa.

—¿Cuántos hijos tuvo Carlos el Temerario? —replico tranquilamente.

—Nunca serás nada en este mundo, Bäumer —gime Müller.

—¿Cuándo tuvo lugar la batalla de Zama? —quiere saber Kropp.

—Te falta seriedad moral, Kropp. Siéntate. Estás suspendido —respondo yo.

—¿Qué funciones consideraba Licurgo como las esenciales en un Estado? —murmura Müller, mientras aparenta afianzarse unas gafas.

—¿Debe decirse: Nosotros, alemanes, tememos a Dios, pero a nadie más en el mundo.»? O bien: ¿«Nosotros, los alemanes...»? Pensadlo —digo yo.

—¿Cuántos habitantes tiene Melbourne? —canturrea Kropp.

—¿Cómo queréis prosperar en este mundo sin saber esto? —respondo con indignación a Albert.

—¿Qué se entiende por «cohesión»? —dice éste, con aire triunfal.

De toda esta hojarasca apenas si nos ha quedado nada. Tampoco nos ha servido de gran cosa. Nadie nos enseñó, en la escuela, cómo prender un cigarrillo cuando hace viento o llueve, ni cómo puede encenderse un fuego cuando la leña está húmeda; tampoco nos enseñaron que el vientre es el mejor lugar para clavar la bayoneta porque no se encalla como en las costillas.

—¿Qué sacamos de todo esto si tendremos que volver a los bancos de la escuela?

Yo no lo creo posible y respondo:

—Quizá nos dejarán hacer un examen especial.

—Para esto también has de prepararte. ¿Y si te aprueban, qué? No es gran cosa ser estudiante. Si no tienes dinero has de trabajar igualmente como un negro.

—Algo mejor sí que es. Aunque esto no quiere decir que lo que estudies no sean tonterías.

Kropp encuentra la expresión de nuestros sentimientos:

—¿Cómo puede uno tomarse en serio todo aquello cuando se ha estado aquí, en el frente?

—¡Pero bien has de tener una profesión u otra! —objeta Müller como si fuera el propio Kantorek.

Albert se limpia las uñas con el cuchillo. Quedamos asombrados ante este refinamiento de pipioli.

Pero es, simplemente, que está pensativo. Guarda la navaja y declara:

—Sí, eso es. Kat, Detering y Haie volverán a su trabajo porque lo tenían ya antes de venir. Himmelstoss también. Pero nosotros no teníamos ninguno. ¿Cómo podremos acostumbrarnos a algo, después de esto? —Y señala hacia el frente.

—Habríamos de ser rentistas y poder vivir solos en medio de un bosque —digo, pero me avergüenzo enseguida de este afán de grandezas.

—¿Qué pasará si volvemos? —dice Müller, perplejo.

Kropp se encoge de espaldas.

—No lo sé. Primero volvamos. Después, ya veremos.

Realmente, nadie de nosotros sabe cómo responder a la pregunta.

—¿Qué podríamos hacer? —inquiero.

—Nada me atrae —responde Müller, cansado—. Cualquier día revientas y entonces, ¿qué? Yo, la verdad, no creo que lo contemos.

—Cuando lo pienso, Albert —digo después de una pausa, tendiéndome en el suelo— quisiera que al oír la palabra «paz», y suponiendo que la paz se firmara realmente, pudiera hacer algo inimaginable, ya ves si soy ambicioso. Algo, ¿sabes? que fuera la digna compensación de haber vivido este zafarrancho. Pero no puedo encontrar nada. En cuanto a lo que es más posible, estas porquerías del colegio, de los estudios, del sueldo, etc., me dan náuseas tan sólo de pensarlo; son la lata de siempre, es repugnante. No encuentro nada, Albert, no encuentro nada.

De pronto, todo se me aparece oscuro y desesperado.

Kropp también piensa en esto.

—Todos las pasaremos moradas. ¿Y los que se han quedado atrás no se preocupan de eso? Dos años disparando y echando bombas de mano no podemos sacárnoslos de encima como quien se cambia los calcetines.

Todos estamos de acuerdo, no será nada fácil; y no sólo para nosotros, sino para todos aquellos que se encuentren en la misma situación, unos más, otros menos. Es el destino común de nuestra generación.

Albert lo expresa muy bien:

—La guerra nos ha estropeado a todos.

Tiene razón. Ya no somos jóvenes. Ya no queremos conquistar el mundo. Somos fugitivos. Huimos de nosotros mismos. De nuestra vida. Teníamos dieciocho años y empezábamos a amar el mundo y la existencia; pero hemos tenido que disparar contra esto. La explosión de la primera granada nos estropeó el corazón. Estamos al margen de la actividad, del esfuerzo, del progreso... Ya no creemos en nada; sólo en la guerra.

La oficina de la compañía se anima. Parece que Himmelstoss ha sembrado la alarma. A la cabeza de la columna trota el gordo sargento mayor. Es curioso que casi todos los sargentos mayores sean tan obesos.

Detrás viene Himmelstoss sediento de venganza. Sus relucientes botas brillan al sol.

Nos levantamos. El sargento mayor pregunta, sin aliento:

—¿Dónde está Tjaden?

Nadie lo sabe, naturalmente. Himmelstoss nos mira con los ojos relampagueantes de rabia.

—Seguro que lo sabéis, aunque no queráis decirlo. ¡Hablad de una vez!

El sargento mira a su alrededor. A Tjaden no se le ve en parte alguna. Entonces lo intenta con otro sistema.

—Dentro de diez minutos, Tjaden debe presentarse en la oficina.

Y se marcha. Himmelstoss le sigue como si fuera su estela.

—Tengo el presentimiento de que cuando volvamos a hacer trabajos de fortificación me caerá un rollo de alambre en los pies de Himmelstoss — insinúa Kropp.

—Todavía hemos de reírnos mucho a su costa —dice Müller, entre carcajadas.

Esta es ahora nuestra mayor ambición. Hacer la vida imposible a un cartero.

Me voy a la barraca y explico a Tjaden lo que ha ocurrido para que pueda escapar.

Después nos cambiamos de sitio y nos tendemos para jugar a las cartas. Somos unos maestros en esto, en jugar a cartas, maldecir y hacer la guerra. No es mucho para hombres de veinte años... y es demasiado a esta edad.

Transcurrida media hora, Himmelstoss vuelve a estar con nosotros. Nadie le hace caso. Pregunta por Tjaden y nos encogemos de hombros.

—Tendríais que irle a buscar —insiste.

—¿Qué quiere decir «tendríais»? —pregunta Kropp.

—Sí, vosotros...

—Le ruego que evite tratarnos con demasiada familiaridad —dice Kropp, con gesto de comandante.

Himmelstoss parece caer de las nubes.

—¿Quién os trata con familiaridad?

—Usted.

—¿Yo?

—¡Sí!

Medita. Receloso, mira a Kropp de reojo como preguntándose a qué viene

eso. De todas maneras, esta vez no está muy seguro de tener razón y prosigue obsequiosamente:

—¿O sea, que no le habéis encontrado?

Kropp se tiende sobre la hierba y dice:

—¿Ya había usted estado por aquí?

—Esto no te importa —responde Himmelstoss, secamente—. Exijo una respuesta.

—De acuerdo —replica Kropp, levantándose—. Mire allí abajo, aquellas nubecitas blancas. Son los proyectiles ingleses. Ayer estuvimos. Cinco muertos y ocho heridos. Y sólo fue una escaramuza. Cuando volvamos, si usted viene con nosotros, los hombres vendrán antes de morir, se cuadrarán ante sus narices y le dirán: «¿Quiere hacer el favor de ordenar que me retire? ¡He de reventar!» Precisamente alguien como usted nos estaba haciendo falta aquí.

Vuelve a sentarse y Himmelstoss sale en estampida.

—Tres días de arresto —aventura Kat.

—Cuando vuelva, dejádmelo a mí —digo a Albert.

Pero ya se ha terminado. Por la noche al pasar lista, se abre una información. En la oficina está Bertinck, nuestro teniente, y nos hace comparecer a todos, de uno en uno.

Yo debo presentarme también como testigo y explico por qué se ha rebelado Tjaden. La historia de los meones impresiona. Lllaman a Himmelstoss y debo repetir mi declaración.

—¿Es cierto eso? —pregunta Bertinck a Himmelstoss.

Este se resiste, pero ha de asentir finalmente cuando Kropp hace las mismas declaraciones.

—¿Por qué no me lo dijisteis? —pregunta Bertinck.

Nos callamos. Él ya sabe el resultado que dan en el ejército las reclamaciones por estas tonterías. Por otra parte, ¿existe en el ejército el derecho a reclamar? El teniente se hace cargo y empieza sermoneando a Himmelstoss haciéndole ver que el frente no es el patio de un cuartel. Después le toca a Tjaden, que recibe una bronca todavía más fuerte, además de tres días de arresto. Por fin el teniente impone también a Kropp un día de arresto, mientras le guiña el ojo.

—No hay otra solución —dice, compadeciéndolo.

Es un buen muchacho.

El arresto no es desagradable. El local que se utiliza es un antiguo gallinero; recibirán visitas porque sabemos el modo de entrar. Si la sentencia hubiera sido de prisión les hubieran metido en un sótano. Antes también nos ataban a un árbol, pero ahora está prohibido. A veces nos tratan ya como seres humanos.

Una hora después de que Tjaden y Kropp estén en su cercado, vamos a hacerles una visita. Tjaden nos saluda con un «kikirikí». Después jugamos a las cartas hasta el anochecer. Como es natural, gana el roñoso de Tjaden.

Cuando nos marchamos, Kat me pregunta:

—¿Qué te parecería una oca asada?

—No estaría mal —respondo.

Subimos a un camión de la columna de municiones. El viaje nos cuesta dos cigarrillos. Kat ha estudiado bien el lugar. El establo pertenece al estado mayor de un regimiento. Decido ser yo el que agarre la oca y me hago instruir por Kat. El establo está detrás del muro y no se cierra más que por un pestillo.

Kat junta las manos, pongo el pie en el improvisado estribo y me subo sobre la pared. Él, mientras, vigila.

Una vez en el otro lado, me quedo unos instantes quieto para acostumbrar mis ojos a la oscuridad. Después veo el establo. Me acerco despacio, sin hacer ruido, palpo el pestillo, lo levanto y abro la puerta.

Distingo dos manchas blancas. Dos ocas... ¡M...! Mientras estaré cogiendo a una, la otra se pondrá a chillar. Las dos a un tiempo, entonces... Si actúo con rapidez podré agarrarlas.

Doy un salto y les caigo encima. Cazo enseguida a una y poco después a la otra. Como un poseso les golpeo la cabeza contra la pared para atontarlas. Pero no debo tener fuerza suficiente. Los animales aletean furiosos. Yo lucho con rabia, pero ¡Dios!, qué fuerza tiene una oca. Me hacen rodar de un lado a otro. A oscuras, estos dos pellejos blancos son abominables; me han nacido alas en los brazos, casi temo elevarme hacia el cielo como si llevase un par de globos cautivos en las manos.

Ya empiezan a hacer ruido; una de las gargantas ha podido aspirar aire y ronca como un despertador. Antes de poder ocuparme de ello se oye fuera un ruido de patas, recibo un golpe, caigo al suelo y escucho un furioso gruñido. Un perro. Miro de reojo; está dispuesto a lanzárame a la garganta. Me quedo inmediatamente quieto y, sobre todo, aprieto la garganta contra el pecho.

Es un perro de presa. Al cabo de lo que me parece una eternidad echa hacia

atrás la cabeza y se sienta a mi lado. Sin embargo, cuando intento moverme, vuelve a gruñir. Pienso. La única cosa que puedo hacer es intentar desenfundar el revólver. Es absolutamente imprescindible que salga de aquí antes de que llegue alguien. Muevo mi mano centímetro a centímetro.

Tengo la impresión de que tardo horas. El más leve movimiento va seguido de un peligroso gruñido; estoy un rato inmóvil y vuelvo a empezar. Cuando tengo el revólver en la mano comienzo a temblar. Lo aprieto contra el suelo e intento pensar en lo que he de hacer: levantar el revólver y disparar antes de que el perro me salte encima para poder así ganar la pared.

Aspiro aire lentamente y eso me tranquiliza. Después contengo la respiración, levanto la mano y suena el tiro; el perro da un salto, gimiendo, llega a la puerta del establo y tropiezo con una de las ocas que se me habían escapado.

La cojo sin detener mi galope, la lanzo por encima del muro y lo escalo corriendo. Todavía estoy arriba cuando el perro, que se ha recuperado corre detrás de mí. Salto. A diez pasos me espera Kat con la oca entre los brazos. En cuanto me ve sale a escape.

Por fin podemos recuperar el aliento. La oca está muerta, Kat ha terminado en seguida con ella. La queremos asar inmediatamente para que nadie se dé cuenta. Voy a buscar los trastos y la leña y nos metemos en un pequeño cobertizo abandonado que usamos siempre para cosas así. La única linterna está cubierta con trapos. Tenemos dispuesto una especie de fogón, una plancha de hierro colocada sobre unos ladrillos. Encendemos fuego.

Kat pela y dispone la oca. Las plumas las guardamos aparte, cuidadosamente. Queremos hacernos con ellas unos cojines con la inscripción: «Duerme en paz entre el bombardeo.»

El fuego de artillería del frente zumba en torno a nuestro refugio. Repentinos resplandores nos iluminan el rostro; en la pared bailan las sombras. De vez en cuando se oye un «crac» sordo y el cobertizo tiembla. Bombas de aviación. Una vez oímos gritos ahogados. Una barraca debe de haber recibido.

Los aviones roncan; el «tac tac» de las ametralladoras se escucha con más claridad. Pero de donde estamos no surge ni un rayo de luz que pueda delatarnos.

Así, pues, nos sentamos el uno frente al otro, Kat y yo, dos soldados de raída guerrera, que asan una oca en medio de la noche. No hablamos demasiado, pero tenemos, el uno para el otro, más delicadas atenciones de las que pueden prestarse dos enamorados. Somos dos hombres, dos débiles chispas de vida; fuera reinan la noche y el círculo de la muerte. Estamos sentados en su orilla, amenazados y resguardados a un tiempo; por nuestras

manos resbala la grasa; nuestros corazones se tocan y la hora que estamos viviendo es semejante al lugar en que nos encontramos; el dulce fuego de nuestras almas hace bailar en él las luces y las sombras de nuestros sentimientos. ¿Qué sabe él de mí? ¿Qué sé yo de él? En otro tiempo, ninguno de nuestros pensamientos hubiera coincidido; ahora nos sentamos frente a una oca, sentimos nuestra existencia y nos pertenecemos tanto el uno al otro que ni siquiera nos es necesario decirlo.

Se tarda un buen rato en asar una oca, —a pesar de que esté tierna y gruesa. Por esto nos vamos relevando. Mientras uno la unta con grasa, el otro duerme. Poco a poco va extendiéndose un delicioso olorcillo.

Los ruidos de fuera llegan continuados, forman como una cadena, como un sueño en el que, sin embargo, no llega a desvanecerse el recuerdo. Veo, adormilado, cómo Kat levanta la cuchara, cómo la hunde. Le quiero; quiero sus espaldas, su figura angulosa y curvada... Y al mismo tiempo, veo, detrás de él, bosques y estrellas; una voz amable murmura palabras que me consuelan, a mí, a un soldado que con sus gruesas botas, su cinturón y su morral marcha, diminuto bajo el cielo altísimo, por el camino que se abre ante él; olvidadizo y pocas veces triste, soldadito marchando siempre bajo el ancho cielo nocturno.

Un soldadito y una voz amable; si alguien quisiera mimarle, quizá no sabría ya comprenderlo, este soldado con sus gruesos zapatones y el corazón enterrado, que anda porque lleva botas y se ha olvidado de todo, excepto de andar. ¿O es que no hay flores en el horizonte y un paisaje tan plácido que el soldado siente necesidad de llorar?

¿No se levantan allí las imágenes que él no ha podido perder porque nunca las ha poseído, turbadoras y huidas ya para siempre? ¿No están allí, lejos, sus veinte años?

Mi cara está húmeda. ¿Dónde estoy? Kat está delante de mí, su curvada sombra gigantesca me cubre paternal. Habla en voz baja, sonrío y regresa al fogón.

Después dice:

—Ya está.

—Sí, Kat.

Me desperezo. En medio del cobertizo brilla el hermoso asado. Sacamos nuestros tenedores plegables, los cuchillos y cortamos una pata cada uno. Lo acompañamos con pan de munición que vamos untando en la salsa. Comemos despacio, muy a gusto.

—¿Te gusta, Kat?

—Mucho. ¿Y a ti?

—Mucho, Kat.

Somos hermanos y nos ofrecemos mutuamente los mejores bocados. Cuando he terminado enciendo un cigarrillo. Kat un cigarro. Todavía ha sobrado mucho.

—¿Qué te parece, Kat, si lleváramos un trozo a Kropp y Tjaden?

—¡Buena idea! —dice él.

Cortamos un pedazo y lo envolvemos cuidadosamente en un papel de periódico. En realidad, el resto queremos llevárnoslo a la barraca, pero Kat se ríe y dice tan sólo:

—Tjaden.

Ya lo veo, nos lo hemos de llevar todo. Es así cómo marchamos hacia el gallinero para despertar a aquel par. Antes hemos envuelto cuidadosamente aparte las plumas.

Kropp y Tjaden se creen víctimas de una alucinación. Después todo son sorbeteos y mordiscos. Tjaden mantiene un ala entre sus dos manos y la va royendo como quien toca una armónica. Se bebe la salsa de la cazuela y dice con la boca llena:

—Eso sí que no lo olvidaré nunca.

Volvemos a la barraca. He aquí de nuevo el cielo, las estrellas, el alba que apunta y yo que ando bajo ellos, soldado con botas gruesas y el vientre lleno, soldadito en la alborada...

Pero a mi lado marcha, anguloso y curvado, Kat, mi camarada.

El contorno de las barracas nos llega, en la penumbra del amanecer, como un sueño profundo y oscuro.

Capítulo 6

De boca en boca va corriendo la voz de que se prepara una ofensiva. Partimos hacia el frente dos días antes de lo previsto. Por el camino pasamos delante de una escuela devastada por los obuses. Arrimados a ella, a lo largo de la pared frontal, se levanta un doble muro, muy alto, de ataúdes en madera clara, nuevos y sin pulir. Huelen todavía a resina, a pino, a bosque. Como mínimo hay cien.

—Está bien preparada la ofensiva —dice Müller, maravillado.

—Son para nosotros —murmura Detering.

—No digas tonterías —le interrumpe Kat.

—Ya puedes estar contento si a ti también te toca uno —dice Tjaden, riendo irónicamente—. No vaya a ser que para cubrir tu facha de muñeco de pim-pam-pum, se contenten con envolverla en una lona.

Los demás también dicen tonterías y gastan bromas pesadas, pero, ¿cómo podríamos privarnos de ello? Los ataúdes son, efectivamente, para nosotros. En estas cosas, la organización funciona a las mil maravillas.

Por todas partes, delante de nosotros, se oyen rumores. La primera noche intentamos orientarnos. Como que el sector está bastante tranquilo, podemos escuchar el rodar de los transportes, detrás del frente enemigo, interrumpido hasta la madrugada. Kat dice que no es que evacuen sino que traen tropas; tropas, municiones, cañones.

La artillería inglesa ha sido reforzada, nos damos cuenta enseguida. A la derecha de la alquería hay, como mínimo, cuatro baterías más del 20,5 y detrás del tronco del chopo han emplazado lanzaminas. Además, han traído gran cantidad de estos pequeños monstruos franceses con espoleta de percusión.

Estamos deprimidos. Dos horas después de haber entrado en los refugios subterráneos, nuestra propia artillería nos bombardeaba las trincheras. Es la tercera vez en cuatro semanas. Si fuera un error de puntería nadie se quejaría, pero esto sucede porque los tubos de los cañones están desgastados; los obuses se pierden por nuestro sector de tan imprecisos como son, a veces, los disparos. Esta noche, dos hombres caen heridos por esta causa.

El frente es una jaula en la que se ha de aguardar, nervioso, lo que sucederá. Estamos detrás de las rejas que forman la trayectoria de las granadas y vivimos en la tensión de la incertidumbre.

El azar planea sobre nuestras cabezas. Cuando llega un obús puedo agacharme, pero nada más; el lugar en que caerá no puedo ni conocerlo ni cambiarlo.

Este azar es el que nos hace indiferentes. Hace unos meses estaba en un refugio subterráneo, jugando a las cartas; al cabo de un rato me levanté y fui a visitar a unos amigos, en otro refugio. Cuando volví, del primero no quedaba nada; lo había destrozado un obús de gran calibre. Regresé de nuevo al segundo refugio y llegué tan sólo a tiempo de ayudar a desenterrarlo. En el intervalo lo había hundido una explosión.

Tanto puedo ser herido por azar como por azar conservar la vida. En un refugio hecho a prueba de bombas puedo quedar destrozado y, en campo raso,

puedo permanecer diez horas seguidas bajo el fuego graneado sin que me produzca ni un simple arañazo. No es sino por simple azar que el soldado conserva la vida. Y cada soldado cree y confía en el azar.

Debemos vigilar nuestro pan. Las ratas se han multiplicado mucho en estos últimos tiempos, desde que las trincheras no están ya tan bien ordenadas. Detering pretende que esto es una señal inequívoca de que habrá serenata.

Las ratas aquí resultan singularmente repugnantes porque son muy grandes. Son de las llamadas «ratas de cadáver». Tienen una cara abominable, maligna, completamente pelada, puede cogeros náusea sólo con ver sus largas colas desnudas.

Parecen tener mucha hambre. Han roído el pan a casi todos, Kropp ha envuelto el suyo con una lona y se lo ha puesto como almohada, pero no puede dormir porque las ratas le corren por el rostro para llegar hasta él. Detering quiso hacer el pillo; ató un alambre al techo y colgó de él su paquete de pan. Cuando por la noche encendió su lámpara de bolsillo pudo darse cuenta de que el paquete oscilaba. Una rata enorme cabalgaba encima.

Tomamos finalmente una decisión. Recortamos con cuidado los trozos de pan que han sido roídos por las ratas; tirarlo todo no podemos hacerlo de ninguna manera porque si no no tendríamos nada que comer mañana.

Las rebanadas que hemos cortado se amontonan en el centro del refugio. Cada uno coge su pala dispuesto a pegar. Detering, Kropp y Kat preparan sus linternas.

A los pocos instantes oímos ya mordiscos y tirones. Van en aumento, delatan un sinfín de minúsculas patitas. Entonces brillan repentinamente las lámparas y todos golpeamos a un tiempo sobre el negro montón movedizo que se deshace chillando. La cosa ha funcionado. Con la pala tiramos los pedazos de rata por encima del parapeto y nos preparamos de nuevo.

El truco tiene éxito algunas veces más. Después las ratas ya no vuelven, sin duda, porque han sospechado algo o porque huelen la sangre. Sin embargo, a la mañana siguiente nos damos cuenta de que ha desaparecido el pan que había quedado en el suelo.

En el sector vecino, las ratas han atacado a dos grandes gatos y a un perro. Los han matado a mordiscos y se los han comido.

A la mañana siguiente nos dan queso holandés. Reparten casi un cuarto de bola a cada uno. Por una parte, esto va bien porque el queso es gustoso y alimenticio, pero por la otra, no nos acaba de gustar, pues hasta ahora, estas bolas rojas han sido siempre el indicio de que habrá mucho jaleo. Nuestro presentimiento se acentúa cuando reparten aguardiente. De momento nos lo

bebemos, pero no estamos de buen humor.

Pasamos el día organizando concursos de tiro a las ratas y paseando de un lado a otro. Nos aumentan las provisiones de cartuchos y de granadas de mano. Nosotros mismos revisamos las bayonetas. Algunas de estas armas tienen, además del filo, el anverso trabajado en forma de sierra. Cuando los de aquí enfrente cogen a alguien que la lleva, le zumban sin compasión. En el otro sector encontraron a algunos de los nuestros con la nariz cortada y los ojos pinchados con sus propias bayonetas. Después les habían llenado la boca de serrín y así les ahogaron.

Algunos reclutas todavía llevan este tipo de machetes, los tiramos y los remplazamos por otros. De todas maneras, la bayoneta ha perdido importancia. En los ataques se suele preferir una pala y las granadas de mano. La pala, bien afilada, es un arma más ligera y con más aplicaciones. Sirve no sólo para clavarla bajo la barbilla del adversario, sino también para dar grandes tajos; tiene un buen golpe, especialmente si pegáis en diagonal y le acertáis entre el cuello y la espalda, podéis abrirlo con facilidad hasta medio pecho. La bayoneta cuando se clava suele encallarse; entonces es preciso poner el pie sobre el vientre del caído y apretándole con fuerza dar un buen tirón hacia arriba para poder sacarla. Mientras, es posible que ya os hayan arreado. Además, la bayoneta suele romperse con facilidad.

Por la noche resuenan los avisos de: ¡Gas! Estamos aguardando el ataque y nos tendemos con las máscaras colocadas, dispuestos a sacárnoslas tan pronto como se presente la primera sombra.

Amanece sin que haya sucedido nada. Tan sólo aquel rodar ininterrumpido de aquí enfrente, que llega a atacarnos los nervios. Trenes, trenes, camiones, camiones. ¿Qué diablos deben estar concentrando?

Nuestra artillería los cañonea sin cesar, pero siguen, siguen sin detenerse.

Tenemos los rostros cansados y no nos atrevemos ni a mirarnos mutuamente.

—Será como en Somme. Después tuvimos siete días y siete noches de bombardeo continuo —dice Kat, sombrío.

No gasta bromas desde que estamos aquí, y esto es una mala señal, porque Kat es un gato viejo y huele las cosas. Sólo Tjaden está contento con las buenas raciones y con el ron; incluso opina que regresaremos tranquilamente, igual como hemos venido, sin que suceda absolutamente nada.

Casi puede parecerlo. Pasa un día y después otro... Por la noche estoy de centinela sentado en un pozo de observación. Por encima de mí suben y caen cohetes y paracaídas luminosos. Estoy atento, excitado, mi corazón late con

fuerza. A cada momento miro la esfera luminosa de mi reloj, la aguja parece inmóvil. El sueño se cuelga de mis párpados, muevo los dedos del pie, dentro de las botas, para mantenerme despierto. Hasta la hora del relevo no sucede nada; tan sólo continuamente el rumor sordo del otro lado. Poco a poco nos tranquilizamos y nos ponemos a jugar a las cartas... Quizá tendremos suerte.

El cielo está poblado de globos cautivos. Se dice que los de enfrente han traído incluso tanques y que la aviación de combate cooperará también en el ataque... Sin embargo, esto nos interesa menos que lo que cuentan de los nuevos lanzallamas.

Nos despertamos en plena noche. La tierra resuena sordamente. Sobre nuestras cabezas hay un terrible bombardeo. Nos apiñamos, unos sobre otros, en los rincones. Pueden distinguirse obuses de todos los calibres.

Cada uno palpa sus cosas y se asegura, a cada momento, de que lo tiene todo. El refugio tiembla. La noche es sólo un trueno y un relámpago. Nos miramos al fulgor de las explosiones, y con la cara pálida y los labios prietos, movemos tristemente las cabezas.

Sentimos en nuestra propia carne los pesados proyectiles que se llevan, trozo a trozo, el parapeto, remueven furiosamente la tierra de las rampas y destrozan los bloques superiores, de cemento armado. Escuchamos el choque sordo y rabioso, parecido al zarpazo de una fiera, que se produce cuando el obús cae en la trinchera. Por la mañana algunos reclutas tienen la cara verde y vomitan. Son demasiado inexpertos todavía.

Lentamente, una asquerosa luz gris que hace empalidecer el fulgor de los estallidos va filtrándose por las galerías. Ha amanecido. Se mezclan ahora, con el fuego de la artillería, las explosiones de las minas. Producen una conmoción de locura. Donde caen se abre una fosa común.

Salen los que van a hacer el relevo; los observadores entran tambaleándose, llenos de barro; tiemblan. Uno de ellos se tiende en silencio, en un rincón, y se pone a comer; el otro, un reservista, solloza; la presión del aire lo ha lanzado dos veces por encima del parapeto sin ocasionarle nada más que un ataque de nervios.

Los reclutas se lo miran. Eso se contagia con rapidez; hemos de tener cuidado. Algunos labios ya empiezan a temblar. Es bueno que se haga de día; quizás el ataque se efectúe esta misma mañana. El fuego no disminuye. Se extiende también a nuestras espaldas. Por todas partes brotan surtidores de barro y metralla. La artillería cubre una zona muy vasta.

El ataque no empieza, pero el fuego sigue siendo intenso. Poco a poco vamos ensordeciendo. Apenas habla nadie. Tampoco le oíríamos.

Nuestra trinchera ha sido casi destruida. En muchos lugares sólo alcanza medio metro de altura. Está llena de agujeros, de embudos, de montones de tierra. Estalla una granada delante mismo de nuestra galería. Quedamos a oscuras. Hemos quedado sepultados y debemos desenterrarnos. Al cabo de una hora, la entrada queda de nuevo expedita y nosotros estamos algo más calmados porque hemos tenido en qué ocuparnos.

El comandante de nuestra compañía entra a gatas y nos comunica que dos refugios han sido totalmente destruidos. Los reclutas se tranquilizan al verle. Dice que hoy por la noche intentarán traernos víveres.

Esas palabras tienen un sonido consolador. Nadie había pensado en ello, si exceptuamos a Tjaden. Así, pues, recibiremos algo del exterior; si pueden llegar con los víveres es que la cosa todavía no anda tan mal, piensan los reclutas. No queremos desengañarlos; nosotros sabemos que la comida es tan importante como las municiones y que es únicamente por esto por lo que intentarán traérnosla.

Sin embargo, no lo consiguen. Sale una segunda expedición. Regresa también sin nada. Lo intenta, finalmente Kat, y ha de volver sin haberlo logrado. Nadie puede pasar; no existe una cola de perro tan delgada como para escapar a un fuego semejante.

Nos apretamos algo más el cinturón y cada mordisco al pedacito que nos queda lo masticamos tres veces. Pero no es suficiente; tenemos una formidable gazuza. Ya voy reservándome un cuscurro; me como la miga y guardo la corteza en el morral. De vez en cuando la roo un poco.

La noche es insoportable. No podemos dormir; miramos fijamente hacia adelante y dormitamos.

Tjaden lamenta que malgastáramos para matar ratas aquellos pedazos de pan roídos. Hubiéramos debido guardarlos cuidadosamente. Ahora se los comerían todos. También nos falta agua, pero no es aún tan urgente.

Al amanecer, cuando todavía está oscuro, se produce un momento de emoción. Por la entrada se precipitan unas cuantas ratas que saltan y empiezan a trepar por las paredes. Las lámparas de bolsillo iluminan la confusión. Todo se llena de gritos, maldiciones y golpes. Es una descarga de la rabia y la desesperación acumuladas durante tantas horas, la que ahora estalla. Las caras están crispadas, los brazos golpean, los animales chillan; nos cuesta trabajo detenernos, casi nos hubiéramos agredido los unos a los otros.

Esta excitación nos ha agotado. Nos tumbamos nuevamente y aguardamos. Es un milagro que en nuestro refugio no se haya producido todavía ninguna baja. Es uno de los pocos que todavía se mantienen en pie.

Entra un cabo. Trae pan. Tres soldados han conseguido atravesar, por la noche, la línea de fuego y han vuelto con algunas provisiones. Han contado que el fuego, sin decrecer, ni un momento, llega hasta las posiciones de la artillería. Es un enigma de dónde han podido sacar tantos cañones los de aquí delante.

Hemos de aguardar, aguardar. A mediodía ocurre lo que me temía. Uno de los reclutas sufre un ataque. Ya hacía rato que observaba cómo le crujían los dientes, inquieto, y cómo abría y cerraba los puños. Conocemos en exceso estos ojos asustados que parecen querer saltar de la cabeza. Hace poco rato estaba aparentemente tranquilo. Se hundía por dentro como un árbol podrido.

Ahora se levanta, se desliza, arrastrándose a escondidas, a través de la galería, se para unos momentos y luego corre hacia la salida. Le pregunto:

—¿Dónde vas?

—Vuelvo enseguida —responde intentando pasarme delante.

—Espera todavía un poco que el fuego disminuirá. Escucha con atención y su mirada brilla, un momento, con lucidez. Después, de nuevo, tiene el turbio estallido de un perro rabioso; calla y me empuja hacia un lado.

—Aguarda un minuto, camarada —grito. Kat se da cuenta, y en el momento en que el otro me empuja, él lo coge por detrás y lo sostenemos fuertemente entre los dos.

Empieza a gritar enseguida:

—¡Dejadme! ¡Dejadme! ¡Quiero salir de aquí! No escucha a nadie y golpea a diestro y siniestro. Tiene la boca babeante y se atraganta con palabras sin sentido que suelta a borbotones, comiéndose la mitad. Es un ataque de terror de la trinchera. Tiene la impresión de que aquí se está ahogando y sólo siente un ansia: huir. Si lo dejáramos correría hacia cualquier parte sin cubrirse. No sería el primero.

Como sigue furioso y los ojos empiezan a darle vueltas en las órbitas, no tenemos más remedio que atizarle un poco para que se ponga en razón. Lo hacemos deprisa y sin piedad; conseguimos así que, por el momento, vuelva a sentarse tranquilo. Los otros han palidecido al verlo; supongo que les servirá de lección. Un fuego tan intenso es demasiado para estos pobres muchachos; han pasado directamente del campo de instrucción a un infierno que haría encanecer a un veterano.

El aire es irrespirable y esto nos ataca más todavía los nervios. Estamos sentados como en nuestra tumba y tan sólo aguardamos una cosa: quedar enterrados.

De pronto, un aullido y un relámpago extraordinarios lo llenan todo; el

refugio cruje por todas sus juntas bajo la explosión de un obús. Afortunadamente, era ligero; los bloques de cemento han resistido. Se oye un espantoso tintineo metálico, las paredes tiemblan, vuelan fusiles y cascos, barro y polvo. Entra una humareda sulfurosa. Si en vez de estar en este refugio tan recio hubiéramos estado en otro más débil, como los que construyen ahora, nadie de nosotros habría sobrevivido.

Sin embargo, el efecto producido es lamentable. El recluta de antes vuelve a gritar como un loco y se le añaden otros dos. Uno de ellos se escapa y huye corriendo. Tenemos demasiado trabajo con los que quedan. Yo me lanzo detrás del fugitivo y pienso si debo dispararle a las piernas; pero algo silba, me echo al suelo, y cuando me levanto, la pared de la trinchera está llena de pedazos de metralla caliente, trozos de carne y restos de uniforme adheridos. Regreso.

El primero parece haberse vuelto loco realmente. Si lo soltamos se lanza de cabeza contra el muro, con la furia de un macho cabrío. Por la noche tendremos que intentar llevarle a retaguardia. De momento lo atamos de manera que podamos soltar rápidamente sus ligaduras en caso de ataque.

Kat propone jugar a las cartas. ¡Qué hacer, si no! Quizás así el tiempo transcurra más deprisa. ¡Pero, no! Atendemos a cada obús que cae cerca y nos equivocamos al contar las bases o no jugamos al palo que corresponde. Tenemos que dejarlo. Parece que estemos sentados en el interior de una caldera de gran sonoridad encima de la que están dando furiosos golpes por todos lados.

Todavía otra noche. La extrema tensión nerviosa nos sume en una obtusa impasibilidad. Es una tensión mortal, como si con un cuchillo mellado os rascasen, de arriba abajo, toda la medula espinal. Las piernas ya no nos sostienen, las manos tiemblan, el cuerpo no es ya más que una delgada piel sobre un delirio apenas contenido, sobre un aullido sin fin que sube por nuestra garganta a punto de estallar. No tenemos ya ni carne ni músculos; no nos atrevemos ni a mirarnos por temor a algo desconocido. Apretamos los labios e intentamos pensar: «Esto pasará... Esto pasará... Tal vez salgamos de ésta todavía.»

De repente, dejan de caer obuses a nuestro alrededor. El fuego continúa, pero ha avanzado un poco; nuestra trinchera está libre. Tomamos las granadas de mano, las tiramos delante del refugio y saltamos fuera. Aquel terrible bombardeo ha cesado, pero ahora efectúan, a nuestras espaldas, un intenso fuego de bloqueo. Ya está aquí el ataque.

Nadie podría creer que en este desierto removido quedaran hombres; pero ahora emergen de todas las trincheras los cascos de acero y a cincuenta metros de nosotros han emplazado ya una ametralladora que empieza a crepitar en seguida.

Las defensas de alambre están destruidas, pero todavía pueden contener un poco. Vemos acercarse a los atacantes. Nuestra artillería relampaguea. Matraquean las ametralladoras y crepitan los fusiles. Los del otro bando se esfuerzan por avanzar. Haie y Kropp comienzan a lanzar granadas de mano. Haie alcanza hasta sesenta metros y Kropp hasta cincuenta; eso está comprobado y es muy importante. Los de enfrente no podrán hacernos demasiado daño hasta que no estén a menos de treinta metros. Reconocemos las caras contraídas, los cascos planos: son franceses. Llegan a los restos de las defensas de alambre y tienen ya bajas visibles. La ametralladora que está cerca de nosotros ha segado toda una fila; después tenemos muchas dificultades para disparar y pueden acercarse más. Veo a uno que cae en la trampa de un pozo con el rostro hacia arriba. El cuerpo se hunde como un saco, pero las manos quedan colgadas del alambre como si quisiera orar. Después el cuerpo se le separa totalmente y cae dentro, sólo quedan las manos seccionadas por las balas, colgadas del alambre con colgajos de carne de los brazos.

Cuando nos disponemos a retroceder emergen, delante de nosotros, tres rostros. Bajo uno de los cascos aparece una barbita negra, puntiaguda y dos ojos que me miran fijamente. Levanto la mano, pero me es imposible lanzar la granada en dirección a estos ojos singulares. Durante un instante de locura, la batalla gira como un torbellino alrededor de mí y de los ojos, únicos puntos inmóviles; después, delante de mí, la cabeza se levanta, veo una mano, un movimiento y en seguida mi granada vuela hacia allí.

Retrocedemos corriendo mientras lanzamos alambre de púas dentro de las trincheras y disponemos granadas a punto de estallar que nos guardan las espaldas con sus explosiones. Desde la cercana posición, las ametralladoras siguen disparando.

Nos hemos convertido en animales peligrosos. No combatimos, nos defendemos de la destrucción. No lanzamos las granadas contra los hombres — ¡qué sabemos nosotros en estos momentos de todo esto! —, es la muerte la que nos acorrala agitando aquellas manos y aquellos cascos. Por primera vez, después de tres días, podemos mirarla a la cara; por primera vez, después de tres días, podemos defendernos. Nos posee una rabia loca. Ya no hemos de esperar, impotentes, tendidos sobre el túmulo; destruimos y matamos para defendernos, para defendernos y también para vengarnos.

Nos agachamos detrás de cada relieve del terreno, detrás de cada estaca de hierro, y lanzamos a los pies de quienes nos persiguen paquetes de explosivos, antes de huir. Las detonaciones de las bombas de mano repercuten con fuerza en nuestros brazos y piernas; agachados como los gatos, corremos inundados por esta ola que se nos lleva y que nos hace crueles, que nos convierte en salteadores de caminos, asesinos, demonios si queréis; por esta ola que multiplica nuestro vigor en medio de la angustia, del odio y del ansia de vivir,

que busca nuestra salvación y que nos salva. Si tu propio padre viniera con los de enfrente, no dudarías en lanzarle una granada al pecho. Hemos evacuado las trincheras de primera línea. ¿Son trincheras todavía? Están deshechas, aniquiladas; no son sino fragmentos de trinchera, agujeros unidos por pequeños canales, embudos, nada más. Pero las bajas de los de delante aumentan. No habían previsto tanta resistencia.

Mediodía. El sol quema; el sudor nos muerde los ojos; lo secamos con la manga. De vez en cuando hay sangre también. Nos acercamos a una trinchera que tiene mejor aspecto. Está ocupada y preparada para resistir; nos acoge. Nuestra artillería entra en acción poderosamente y cierra con llave la posición.

Las tropas que nos perseguían se encallan. No pueden continuar. El ataque ha sido paralizado por la artillería. Espiamos. El fuego salta, de pronto, cien metros más allá y nos lanzamos al ataque. A mi lado un obús se lleva la cabeza de un soldado de primera. Corre todavía unos pasos, mientras la sangre brota de su cuello como de un surtidor.

No llegamos al cuerpo a cuerpo. Los otros se retiran. Llegamos a nuestras trincheras destrozadas y seguimos avanzando.

¡Oh, estos regresos! Habéis llegado a las acogedoras posiciones de reserva y quisierais dejaros resbalar, desaparecer en ellas. Y he aquí que debéis volver atrás, sumergiros de nuevo en el horror. Si en semejantes momentos no fuéramos autómatas quedaríamos tendidos, exhaustos, incapaces del menor acto de voluntad. Pero nos sentimos arrastrados de nuevo hacia adelante, sin voluntad también y, no obstante, con un furor homicida y una rabia demencial; queremos matar, pues, esos de ahí abajo, ya que son ahora nuestros mortales enemigos; sus fusiles y sus granadas se dirigen contra nosotros. Si no los aniquilamos, ellos nos aniquilarán a nosotros.

La tierra parda, esta tierra parda, rasgada y reventada, que luce grasienta bajo los rayos del sol, sirve de fondo a un terrible juego de autómatas; nuestro jadeo se asemeja al ruido de un muelle mal engrasado; nuestros labios están secos y nuestra cabeza más pesada que después de una noche de borrachera... Es así como avanzamos, vacilantes, y en nuestras almas reseca y acibilladas penetra con un dolor lacerante la imagen de esta tierra parda iluminada por este sol grasiento, con estos soldados, todavía palpitantes unos, muertos ya los otros, tendidos todos sobre el suelo, como si éste fuera su fatal destino, que nos agarran las piernas y gritan cuando nosotros les pasamos por encima.

Hemos perdido todo sentimiento de solidaridad, apenas nos reconocemos cuando la imagen de un compañero cae bajo la mirada de nuestros ojos alucinados. Somos cadáveres insensibles que por un truco, por una peligrosa brujería, podemos todavía correr y matar.

Un joven francés se queda atrás; le alcanzamos y levanta las manos. En una de ellas lleva todavía el revólver, no se sabe si quiere disparar o rendirse. Un golpe de pala le rompe la cara. Otro que lo ve intenta huir corriendo, pero una bayoneta se clava, con un silbido, en su espalda. Da un salto y con los brazos extendidos y la boca muy abierta, gritando, vacila con la bayoneta oscilando entre los hombros. Otro tira el fusil, se agacha y se cubre los ojos con las manos. Lo dejamos atrás, con los otros prisioneros, para transportar heridos.

De pronto, en nuestra persecución, llegamos a las líneas enemigas.

Vamos tan cerca de nuestros adversarios que casi conseguimos penetrar juntos en ellas. Merced a esto tenemos pocas bajas. Nos ladra una ametralladora, pero la hacemos enmudecer con una granada de mano. Sin embargo, en los pocos segundos que ha disparado, ha podido herir en el vientre a cinco hombres. Kat, de un culatazo, deshace el rostro de uno de los servidores de la ametralladora que estaba ileso. A los otros los atravesamos con nuestras bayonetas antes de que puedan servirse de las granadas de mano. Después, sedientos, nos bebemos el agua del refrigerador.

Se oye por todas partes el ruido de las tenazas y los cortafríos que rompen las alambradas y se echan tablones encima de las estacas que las sostienen. Corriendo por estas estrechas pasarelas saltamos a las trincheras. Haie clava la pala en el cuello de un gigantesco francés y tira la primera granada; nos cubrimos unos segundos detrás de un parapeto y luego el trozo de trinchera que tenemos a la vista queda expedito. La segunda silba diagonalmente contra la esquina y abre vía libre; mientras corremos vamos lanzándolas contra los refugios ante los que pasamos. La tierra tiembla; todo es humareda, gemidos y explosiones. Tropezamos con jirones de carne sanguinolenta que nos hacen vacilar; con blandos cuerpos. Caigo sobre un vientre abierto encima del que reposa un quepis de oficial, limpio e intacto.

El combate va decayendo. Perdemos contacto con el enemigo. Como que aquí no podríamos sostenernos durante mucho tiempo, volvemos a las posiciones anteriores protegidos por el fuego de nuestra artillería. En cuanto nos transmiten la orden penetramos corriendo en los cercanos refugios para llevarnos todas las conservas que encontramos a mano —especialmente latas de «Corned-beef» y de mantequilla— antes de marchar.

Llegamos en buenas condiciones. Momentáneamente, los otros no inician otro ataque. Estamos más de una hora tendidos, jadeando, descansando sin que nadie hable. Estamos extenuados, tan extenuados que a pesar de la terrible gazuza, que tenemos nadie se acuerda de las latas de conserva. Sólo poco a poco vamos convirtiéndonos, de nuevo, en algo semejante a hombres.

El «Corned-beef» de ahí enfrente es famoso en todo el sector. Llega a ser,

de vez en cuando, la razón principal de uno de esos súbitos ataques que efectuamos a menudo, pues nuestro avituallamiento es, generalmente, malo; siempre estamos hambrientos.

En conjunto hemos requisado cinco latas. Ellos sí que van bien pertrechados. Es una delicia su alimentación comparada con la nuestra, pobres hambrientos que debemos tragar mermelada de nabos. La carne circula en abundancia en el otro lado, sólo necesitan cogerla. Haie ha pescado, además, una barra de pan francés y se la ha puesto en el cinturón como una pala. Uno de los extremos está sanguinolento, pero no importa, ya lo cortaremos.

Es una suerte que ahora tengamos comida abundante; todavía precisaremos nuestras fuerzas. Comer hasta satisfacerse es algo tan valioso como un buen refugio. Es por esta razón que pensamos tanto en la alimentación; nos puede salvar la vida.

Tjaden ha robado dos cantimploras llenas de coñac. Corren de mano en mano.

La artillería comienza a darnos su bendición vespertina. Anochece; se levanta la neblina del interior de los embudos. Diríase que están llenos de cosas misteriosas, parecidas a fantasmas. El vaho blanquecino se arrastra tímidamente de un lado a otro antes de osar levantarse por encima de los bordes. Después se alarga en largas fajas pálidas de embudo en embudo.

Refresca. Estoy de centinela y escruto fijamente la oscuridad que tengo delante. Me siento deprimido, como siempre después de un ataque; por esto me es tan penoso quedar a solas con mis pensamientos. No son propiamente pensamientos, son recuerdos que me asaltan ahora aprovechando mi debilidad y que me impresionan extraordinariamente.

Suben los cohetes luminosos... y delante de mí aparece una imagen. Es un atardecer estival, estoy en el claustro de la catedral contemplando los rosales floridos, en medio del jardincillo claustral, donde están enterrados los canónigos. A mi alrededor se levantan estatuas de piedra representando los misterios del rosario. No hay nadie; un gran silencio planea por encima de este florido recuadro; el sol calienta las enormes piedras grises. Las acaricio con mi mano y noto su tibieza. Sobre el ángulo derecho del tejado de pizarra se levanta la torre verde de la catedral, destacando en el azul tierno y mate de la tarde. Entre las columnitas brillantes del claustro se goza de aquella suave frescura que sólo puede encontrarse en las iglesias; yo estoy allí, inmóvil, pensando que cuando tenga veinte años podré conocer los turbadores goces que sugieren las mujeres.

Esta imagen está tan cerca de mí que me asusta, llega a tocarme antes de desvanecerse con el fulgor de la inmediata bola luminosa.

Cojo el fusil y lo examino. El cañón está húmedo; pongo encima la mano, lo aprieto y froto la humedad con mis dedos.

En los prados que había más allá de nuestro pueblo se levantaba una larga hilera de chopos, cerca de un torrente. Podía vérselos desde muy lejos y aunque tan sólo hubiera una hilera les llamábamos la chopera. Ya de niños sentíamos predilección por estos árboles; nos atraían inexplicablemente. Pasábamos días enteros en sus proximidades y escuchábamos su ligero murmullo. Sentados bajo ellos, en la orilla del torrente, dejábamos balancear nuestros pies en el agua clara y rápida. El olor puro del riachuelo y la melodía de la brisa en los chopos dominaban nuestra fantasía. ¡Los amábamos tanto! Todavía ahora, la imagen de aquellos días me hace latir el corazón, antes de desaparecer.

Es curioso que todos los recuerdos que despiertan en nosotros tengan dos particularidades. Siempre están llenos de silencio; es lo que tiene más fuerza en ellos. E incluso, si en la realidad fueron diferentes, no por ello dejan de producir esta impresión. Son apariciones silenciosas, que sólo me hablan con miradas y gestos, mudas... Su emocionante silencio me obliga a apretar el fusil contra mí para no abandonarme a esta deliciosa disgregación en la que mi cuerpo querría sumergirse, fundiéndose dulcemente con las potencias mudas que están detrás de las cosas.

Son tan silenciosas porque precisamente el silencio es ahora inconcebible para nosotros. Nunca hay silencio en el frente y su zona es tan vasta que siempre nos encontramos en ella. Hasta en la retaguardia, en los más atrasados depósitos y en los lugares donde vamos a descansar, el rumor del frente llega constantemente a nuestros oídos. Nunca nos alejamos lo suficiente para no oírlo. En estos últimos días ha sido insoportable.

Este silencio es la causa de que las imágenes del pasado despierten en nosotros más tristeza que deseo. Una inmensa y desesperanzada melancolía. Estas cosas han sido, pero no volverán. Han pasado, pertenecen a un mundo que ha terminado para nosotros. En el patio del cuartel nos producían un furioso anhelo y una incontenible rebeldía, nos sentíamos atados todavía a ellos, les pertenecíamos y ellos nos pertenecían aunque estuviéramos separados. Surgían también en las canciones de soldado que cantábamos cuando íbamos al campo de maniobras, marchando entre el alba y las negras sombras del bosque; era una evocación vehemente que brotaba de nuestro interior. Pero aquí, en las trincheras, lo hemos perdido todo. Ya no se eleva en nosotros ningún recuerdo; hemos muerto. El recuerdo planea a lo lejos, en el horizonte. Es una especie de aparición, un enigmático reflejo que despierta, al que tememos y al que amamos sin esperanza. Es fuerte como nuestro deseo, pero es inaccesible y lo sabemos. Es tan vano como la esperanza de llegar a general.

Y aunque volviéramos a este paisaje de nuestra infancia, apenas sabríamos qué hacer allí. Las delicadas y secretas fuerzas que suscitaba en nosotros no pueden renacer. Podríamos encontrarnos allí de nuevo y pasear. Podríamos contemplarlo, amarlo e incluso emocionarnos con el recuerdo. Pero todo sería parecido a la agridulce contemplación de la fotografía de un camarada muerto; sus rasgos, su rostro y los días que pasamos juntos se animan a nuestro recuerdo. Pero no es él realmente.

Ya no nos sentimos atados como antes a este paisaje. No fue la noción de su belleza y de su espíritu lo que nos atrajo, sino lo que teníamos en común, el armónico sentimiento de una fraternidad entre las cosas y los acontecimientos de nuestro ser, sentimiento que nos mantenía aparte y nos hacía incomprensible el mundo de nuestros padres; pues, en cierto modo, nosotros estábamos siempre dulcemente inclinados y abandonados al nuestro, e incluso las cosas más insignificantes desembocaban siempre, para nosotros, en la ruta del infinito. Quizás esto era tan sólo el privilegio de nuestra juventud; no veíamos todavía ningún límite ni admitíamos término a cosa alguna. Teníamos el impulso de la sangre, que nos identificaba con el correr de nuestros días.

Hoy pasaríamos por los prados de nuestra juventud como viajeros. Hemos sido consumidos por las realidades; conocemos las diferencias como comerciantes y las necesidades como carniceros. Ya no somos despreocupados, somos terriblemente indiferentes. Ciertamente podríamos estar allí, pero, ¿viviríamos?

Estamos abandonados como niños y somos experimentados como ancianos. Somos groseros, tristes, superficiales... Creo que estamos perdidos.

Se me hielan las manos y tengo escalofríos; no obstante, la noche es suave. Sólo la niebla es fría, esa niebla siniestra que se arrastra alrededor de los cadáveres que hay delante de nosotros y que les sorbe la última y escondida gota de vida. Mañana estarán lívidos, verdosos y su sangre aparecerá negra y coagulada.

Suben todavía los cohetes luminosos y lanzan su brillo despiadado sobre un paisaje pétreo, lleno de cráteres y de luz fría, como de astro lunar.

Bajo mi piel, la sangre lleva terror e inquietud a mis pensamientos. Se debilitan y tiemblan, quieren calor y vida. No pueden resistir sin consuelo ni ilusiones; se retuercen ante la desnuda imagen de la desesperación.

Se oye un tintineo de calderas y tengo, de pronto, el vehemente deseo de comer algo caliente; me iría bien, me calmaría. Me domino apesadumbrado aguardando la hora del relevo.

Después me meto en el refugio y encuentro dispuesto un gran tazón de sopa. Está hecha con manteca y es sabrosa. Me la como despacio. Y guardo

silencio, a pesar de que los demás están de buen humor, pues el fuego ha decrecido.

Los días transcurren y cada hora es, al mismo tiempo, incomprensible y evidente. Alternamos los ataques con los contraataques, y poco a poco, los cadáveres van amontonándose en el campo lleno de embudos que hay entre ambas trincheras. Los heridos que caen cerca podemos, generalmente, recogerlos. Hay algunos, sin embargo, que quedan demasiado tiempo desatendidos y les oímos morir. Estamos, desde hace dos días, buscando inútilmente a uno de ellos. Debe permanecer tendido boca abajo sin poder darse la vuelta. No puede tener otra explicación el que no le encontremos, ya que sólo cuando se grita con la boca a ras del suelo se hace difícil precisar la dirección de la voz.

Debe tener una mala herida, uno de esos disparos traidores que no son tan graves como para debilitar el cuerpo y matar con rapidez, ni tan leves como para que se puedan soportar los dolores con esperanzas de salvación. Kat opina que tiene la pelvis destrozada o una bala en la columna vertebral. No puede ser una herida en el pecho, pues en ese caso no tendría tanta fuerza para gritar. Si estuviera herido de otra parte, lo veríamos moverse.

Poco a poco, su voz va enronqueciendo y tiene un sonido tan desgraciadamente confuso que diríase proviene de todas partes. La primera noche salieron tres veces a buscarlo, pero cuando creían haber encontrado la dirección y avanzaban hacia aquel lugar, la voz gritaba de nuevo desde otro lado.

Buscamos inútilmente hasta la madrugada. Durante todo el día exploramos el terreno con binoculares; nada. El segundo día la voz es ya más débil. Nos damos cuenta de que el hombre tiene los labios y la garganta completamente secos.

Nuestro comandante promete permiso anticipado y tres días de suplemento al que lo encuentre. Es un buen cebo, pero sin él también haríamos lo posible, porque sus gritos son terribles. Kat y Kropp salen una vez, a media tarde. Una bala lame la oreja de Albert y le arranca el lóbulo. Una temeridad inútil. Vuelven sin el herido.

Y con todo, podemos entender perfectamente lo que grita. Primero sólo pide socorro. La segunda noche debe tener fiebre; habla de su mujer y de sus hijos. Oímos muchas veces el nombre «Elisa». Hoy sólo llora. Por la noche, la voz no es ya más que un ronquido. Pero resuena todavía débilmente hasta el amanecer. Lo oímos bien porque el viento sopla en dirección a las trincheras. Por la mañana, cuando todos creemos que ha muerto hace rato, un estertor gutural llega de nuevo hasta nosotros.

Los días son calurosos y los cadáveres están insepultos. No podemos recogerlos a todos, no sabríamos dónde meterlos. Las mismas granadas se encargan de enterrarlos. Algunos tienen el vientre hinchado como un globo y los gases que lo llenan les hacen silbar, eructar y moverse. El cielo es azul, sin nubes. Los atardeceres son bochornosos, el calor sube de la tierra. Cuando sopla el viento hacia nuestro lado, nos trae el olor de la sangre, dulzona y espesa, que repugna y empalaga; el tufillo de muerte que exhalan los embudos parece una mezcla de cloroformo y podredumbre que nos produce náuseas y vómitos.

Las noches se calman y comienza enseguida la caza de anillos de cobre de las granadas y de los paracaídas de seda de las bolas luminosas. En realidad nadie sabe por qué son tan codiciados estos anillos. Los coleccionistas opinan, simplemente, que son valiosos. Hay algunos que recogen tantos, que vuelven curvados por el peso a las trincheras.

Haie, por lo menos, da una razón: quiere enviarlos a su prometida para que los utilice como ligas. Esto causa, naturalmente, enorme hilaridad entre los frisonos. Se golpean las rodillas mientras dicen: «¡Qué cosas tienes! ¡Este Haie se las sabe todas!» Tjaden, sobre todo, no puede contenerse. Tiene en sus manos la anilla más grande y a cada momento mete la pierna dentro como para indicar el espacio que queda todavía vacío.

—¡Caramba, Haie! Debe de tener unos buenos muslos... Ya lo creo, unos buenos muslos.

Los pensamientos le suben algo más arriba:

—¡Y qué culo debe tener también! Casi como el de un elefante.

Todavía no tiene bastante, y añade:

—Cómo me gustaría jugar con ella a darnos golpecitos en los jamones. ¡Palabra que sí!

Haie está radiante porque su prometida tiene tanto éxito, y dice, orgulloso:

—Sí, está buena.

Los paracaídas tienen aplicaciones más prácticas... Tres o cuatro, según la anchura del pecho, bastan para una blusa. Kropp y yo los hacemos servir de pañuelos de bolsillo. Otros los envían a su casa. Si las mujeres supieran el peligro que se corre a veces buscando estos trapitos, tendrían un buen sobresalto.

Kat encuentra a Tjaden golpeando tranquilamente los anillos de un obús que no ha estallado, para sacarlos. A cualquier otro le habría estallado entre las manos, pero Tjaden, como siempre, tiene suerte.

Dos mariposas juegan durante toda la mañana por delante de nuestra trinchera. Son de color limón; en las alas amarillas tienen unos puntitos rojos. ¿Qué puede haberlas hecho venir? En ninguna parte hay flores ni plantas. Se posan sobre la dentadura de un cráneo. Los pájaros son tan despreocupados como ellas: hace tiempo ya que se han acostumbrado a la guerra. Cada mañana vemos volar alondras entre ambos frentes. Hace aproximadamente un año, pudimos observar a una pareja que empollaban y consiguieron, ciertamente, criar a sus pequeñuelos.

Por lo que a las ratas se refiere, ahora nos dejan tranquilos. Están ahí delante; todos sabemos por qué. Se engordan. Cuando divisamos una, la tumbamos de un tiro. Por la noche volvemos a oír aquel rodar, al otro lado. De día tenemos tan sólo fuego normal, de manera que podemos dedicarnos a rehacer las trincheras. No nos faltan distracciones, pues los aviones se encargan de proporcionárnoslas. Diariamente todos los combates tienen su público.

A los aviones de caza todavía podemos soportarlos, pero a los aparatos de observación los odiamos como a la peste porque atraen sobre nosotros el fuego de la artillería. Transcurridos unos minutos, desde su aparición, nos cae encima un diluvio de «shrapnells» y de granadas. Por su culpa perdimos once hombres en un día; cinco de ellos enfermeros. Dos quedaron tan destrozados que Tjaden afirmaba que se hubiera podido escoger en una cuchara lo que de ellos quedó enganchado en la pared de la trinchera y enterrarlo luego metido en una olla. Otro tiene las piernas cortadas y arrancado el bajo vientre. Reposa, muerto, con el pecho inclinado sobre la trinchera. Su cara es amarilla como un limón; entre la barba brilla todavía la brasa de un cigarrillo. Va ardiendo hasta que se le apaga en los labios con un leve crujido.

Provisionalmente, colocamos a los muertos en un gran embudo. Por el momento, hay tres capas.

Súbitamente, el fuego recobra toda su intensidad. Pronto volvemos a estar sentados con aquella rigidez angustiosa de la espera inactiva.

Ataque, contraataque, choque, contrachoque; todo esto son palabras, pero, ¿qué es lo que encierran? Tenemos muchas bajas, sobre todo reclutas. En nuestro sector recibimos refuerzos. Son muchachos de un regimiento que se ha creado hace poco, casi todos jovencitos del último reemplazo. Apenas si conocen la instrucción; no han podido hacer más que ejercicios teóricos antes de entrar en campaña. Lo que es una granada de mano sí lo saben; pero no tienen ni la menor idea de lo que representa cubrirse, y, sobre todo, les falta vista para ello. Un relieve del terreno ha de ser de medio metro para que ellos lo vean.

A pesar de que los refuerzos nos son muy necesarios, los reclutas son más

un estorbo que una ayuda. En esta zona de violentos ataques se encuentran desamparados y caen como moscas. La guerra de posiciones que hoy se practica requiere conocimientos y experiencias. Es necesario comprender el terreno; es preciso saber el ruido de los distintos proyectiles y conocer sus efectos. Se ha de prever dónde caerán, saber cómo se extiende la metralla y el mejor sistema para defenderse de ella.

Lógicamente estos muchachos no conocen nada de esto. Los trinchan a todos porque apenas distinguen un «shrapnells» de una granada; caen segados porque escuchan llenos de angustia el silbido de las inofensivas «carboneras» de grueso calibre que caen muy lejos de nosotros y no se dan cuenta del ligero murmullo vibrante de aquellos pequeños monstruos que estallan a ras de suelo. Se apelonan como borregos en vez de dispersarse e incluso los heridos son rematados por los aviadores como si se tratara de liebres.

Estas caras pálidas de tanto comer zanahoria; estas miserables manos crispadas; la lamentable valentía de estos pobres perros que, a pesar de todo, avanzan y atacan, de estos pobres perros valerosos que, intimidados, no se atreven a quejarse en voz alta y que con el vientre, el pecho, los brazos o las piernas destrozadas gimen sigilosamente llamando a sus madres y callan si se aperciben de que son observados.

Sus delgados rostros puntiagudos, levemente sombreados por el pelo naciente, tienen en la muerte la espantosa inexpresividad de los cadáveres de niños.

Se os hace un nudo en la garganta cuando los veis levantarse, correr hacia adelante y caer. Quisierais darles una zorra por ser tan bobos; cogerlos en brazos y sacarlos de aquí, donde no tienen nada que hacer. Llevan sus guerreras grises, los pantalones y las botas, pero a la mayor parte el uniforme les viene ancho, les cuelga de todas partes. Sus espaldas son demasiado estrechas; sus cuerpos demasiado delgados. No hay ningún uniforme hecho a la medida de estos niños.

Por cada veterano caen cinco reclutas.

Un inesperado ataque con gases se lleva a una multitud de ellos. Ni se han dado cuenta de lo que les esperaba. Encontramos todo un refugio lleno de caras azuladas y labios negros. Los de dentro de un embudo se han sacado la careta demasiado pronto. No sabían que el gas se mantiene más tiempo en los agujeros; cuando vieron que los de arriba iban sin careta, se sacaron la suya y respiraron suficiente gas como para quemarles los pulmones. Su estado es desesperado; las bocanadas de sangre les estrangulan y unas terribles crisis de ahogo les llevan irremisiblemente a la muerte.

En un lugar de la trinchera me encuentro, de pronto, delante de

Himmelstoss. Nos metemos en el mismo refugio. Todos estamos tumbados en el suelo, conteniendo la respiración, aguardando la orden de ataque.

Al salir corriendo hacia afuera, a pesar de mi excitación, un pensamiento atraviesa mi cerebro como una bala: no veo a Himmelstoss. Salto de nuevo, rápidamente, al refugio y me lo encuentro tumbado en un rincón, con un pequeño arañazo de bala, haciéndose el herido. Pone una cara como si le hubieran zurrado. Está aterrorizado; realmente, él también es nuevo aquí. Pero yo me enfurezco al pensar que aquellos niños corren por fuera, mientras él está escondido.

—¡Fuera! —le grito, rabiosamente.

No se mueve. Le tiemblan los labios y hacen bailar su mostacho.

—¡Fuera!

Encoge las piernas, se aprieta contra la pared y me enseña los dientes, como un perro.

Lo cojo del brazo y quiero levantarlo por fuerza. Empieza a gemir. Entonces me dominan los nervios. Lo agarro por el cuello, lo sacudo como a un saco mientras su cabeza va de un lado a otro y le grito en sus mismas narices:

—¡Mala bestia! ¿Saldrás o no? ¡Perro, cerdo! ¿Querías escaparte?

Tiene los ojos vidriosos; golpeo su cabeza contra la pared.

—¡Asqueroso! —le doy una patada en las costillas.

—¡Cerdo! —Y de un empujón lo echo fuera de cabeza.

Pasa una nueva oleada. Al frente corre un teniente. Nos ve y grita:

—¡Adelante! ¡Adelante! ¡Venid con nosotros!

Y lo que no había conseguido mi paliza lo consigue este grito. Himmelstoss oye a un superior, gira a su alrededor como si despertara y se une a los que avanzan.

Yo lo sigo y veo cómo salta. Vuelve a ser el mismo Himmelstoss del patio del cuartel. Ya ha atrapado al teniente y sigue corriendo, delante de todos...

Fuego graneado, fuego de bloqueo, fuego de cortina, minas, gases, tanques, ametralladoras, granadas de mano... Palabras, palabras, pero en ellas se encierra todo el horror de este mundo. Nuestras caras están cubiertas de costras; nuestro pensamiento aniquilado; estamos mortalmente cansados. Cuando llega una orden de ataque debemos despertar a puñetazos a más de uno para que nos siga. Tenemos los ojos inflamados, las manos destrozadas, los codos rotos, las rodillas nos sangran.

¿Pasan semanas, meses, años? Días, tan sólo días... Vemos desaparecer el tiempo, cerca de nosotros, en los rostros descoloridos de los moribundos; tragamos la comida, corremos, lanzamos granadas, disparamos, matamos, nos tiramos al suelo, estamos extenuados, embrutecidos, y sólo nos sostiene una cosa: darnos cuenta de que todavía los hay más extenuados, más embrutecidos, más desvalidos que nosotros; saber que nos miran con los ojos muy abiertos, como si fuéramos dioses, porque hemos escapado tantas veces de la muerte.

Los pocos momentos de tranquilidad los aprovechamos para instruirles.

—¿Ves esa marmita vacilante? Es una mina que llega.

¡Tírate al suelo! Pasa de largo. Pero cuando venga hacia aquí, corre en seguida. Corriendo puedes escaparte.

Adiestramos sus oídos a percibir el péfido murmullo de estos proyectiles pequeños, que apenas hacen ruido; han de aprender a distinguir su zumbido de mosquito en medio de aquella batalla infernal; les enseñamos que son más peligrosos que los grandes que se oyen, venir a lo lejos. Les demostramos cómo deben esconderse de los aviadores; cómo se simula estar muerto cuando los atacantes os alcanzan; cómo se prepara una granada para que estalle medio segundo antes del choque. Les enseñamos a lanzarse como rayos en el interior de los embudos cuando vienen granadas de percusión; les hacemos ver cómo se limpia de enemigos una trinchera utilizando un paquete de bombas de mano; les explicamos las diferencias de tiempo entre las explosiones de las bombas enemigas y las nuestras; procuramos que se den cuenta del silbido especial de las granadas de gas y les instruimos en todos los trucos que pueden librarles de la muerte.

Nos escuchan, son dóciles; pero en cuanto la cosa empieza de veras, la emoción les impide recordar en la inmensa mayoría de las veces y lo hacen todo al revés.

Traen a Haie Westhus con la espalda completamente abierta. A cada inspiración se ve, por la herida, latirle el pulmón. Todavía tengo tiempo de estrechar su mano.

—Esto se ha terminado, Pablo —gime, mordiéndose el brazo de dolor.

Vemos vivir hombres a quienes un obús se les ha llevado la cabeza; vemos correr soldados a quienes una explosión les ha arrancado los pies; siguen corriendo a trompicones, destrozándose los sangrientos muñones, hasta el embudo más cercano; un soldado de primera marcha dos kilómetros apoyándose tan sólo en las manos porque tiene deshechas las rodillas; otro se va hacia la ambulancia y por encima de las manos, que aprieta contra su vientre, le cuelgan los intestinos; vemos gente sin boca, sin mandíbula inferior,

sin rostro; encontramos a uno que durante dos horas ha estado apretando con los dientes la arteria de su brazo para no desangrarse. Sale el sol, anochece, silban las granadas, termina la vida...

A pesar de todo, este trocito de tierra removida en el que nos encontramos, se ha mantenido contra fuerzas muy superiores. Sólo hemos cedido unos centenares de metros. Pero en cada metro hay un cadáver.

Nos relevan. Ruedan los neumáticos bajo nuestros pies. Vamos derechos, aturcidos, y cuando el grito: «¡Cuidado con el alambre!» llega, doblamos las rodillas. Era verano cuando pasamos por aquí; los árboles estaban todavía verdes. Ahora tienen un aspecto otoñal y la noche es gris y húmeda. Los camiones se detienen, bajamos, un grupo entremezclado, lo que queda de muchos nombres. A los lados, en la oscuridad, hay gente, y gritan los números de los regimientos, de las compañías. A cada voz se destaca un grupo, un grupito insignificante, miserable, de soldados sucios y pálidos, un grupito terriblemente pequeño, un resto terriblemente reducido.

Alguien grita ahora el número de nuestra compañía. Es él, nos damos cuenta; es el comandante. Así, pues, ha vuelto. Lleva el brazo en cabestrillo. Avanzamos hacia él. Reconozco a Kat y Albert.

Nos apelotonamos, nos apoyamos los unos en los otros, nos contemplamos.

Y otra vez, y otra aún, oímos gritar nuestro número. Ya puede chillar, ya; no se le oye en los hospitales, ni en la fosa.

De nuevo:

—Segunda compañía. ¡Aquí!

Y después, en voz baja:

—¿No queda nadie más de la segunda compañía?

Calla. Su voz ha enronquecido levemente cuando dice:

—¿Estáis todos aquí?

Y ordena:

—¡Numerarse!

La mañana es gris. Era verano todavía cuando partimos. Era verano y marchamos ciento cincuenta hombres. Ahora tenemos frío; estamos en otoño. Las hojas crujen, las voces tiemblan cansadas.

—Uno..., dos..., tres..., cuatro...

Y al llegar al número treinta y dos, callan. Se hace un silencio prolongado

antes de que una voz pregunte:

—¿Nadie más?

Y espera. Luego ordena en tono muy bajo:

—Por pelotones...

Y la voz se encalla. A duras penas puede terminar:

—Segunda compañía...

Y penosamente:

—Segunda compañía... A paso de campaña... ¡Adelante!

Una hilera, una corta hilera oscila, lentamente, en la mañana.

Treinta y dos hombres.

Capítulo 7

Nos envían más hacia la retaguardia que de costumbre, a un campamento de reclutas, para que podamos reconstruir nuestros efectivos. La compañía necesita un refuerzo de más de cien hombres. Entretanto, cuando no estamos de servicio, ganduleamos de un lado a otro. Al cabo de un par de días llega Himmelstoss. Desde que ha estado en las trincheras parece haber perdido su altanería. Nos propone una reconciliación. A mí me parece bien porque me di cuenta de cómo ayudaba a transportar a Haie Westhus cuando tenía la espalda abierta. Y como por otra parte, parece estar mucho más razonable, no encontramos ningún inconveniente en que nos invite a tomar algo en la cantina. Tan sólo Tjaden desconfía y se mantiene reservado.

Sin embargo, incluso él se deja convencer cuando Himmelstoss explica que remplacea al cocinero que se ha marchado de permiso. Para demostrarlo, nos trae dos libras de azúcar, que nos podemos repartir, y media libra de mantequilla especialmente para Tjaden. Además, gestionará que nos destinen a la cocina durante los tres próximos días, para pelar patatas y nabos. La comida que nos sirve es un excelente banquete de oficiales.

Así, pues, de momento, volvemos a tener las dos cosas que hacen la felicidad del soldado: buena comida y descanso. Realmente, es muy poco. Hace unos años nos habríamos despreciado terriblemente. Ahora casi estamos satisfechos. Todo es cuestión de costumbre; hasta la trinchera. Esta costumbre es la que nos permite, aparentemente, olvidar tan deprisa.

Anteayer estábamos todavía en medio del fuego; hoy hacemos tonterías y

perdemos el tiempo por los alrededores; mañana volveremos a las trincheras. En realidad, sin embargo, no olvidamos nada.

Mientras permanecemos en campaña, los días de frente, cuando ya han transcurrido, descienden como piedras hasta el fondo de nuestro ser, porque son demasiado pesados como para meditarlos enseguida. Si quisiéramos hacerlo nos suicidaríamos, pues me he dado cuenta de esto: podéis soportar los horrores mientras agacháis simplemente la cabeza; pero en cuanto reflexionáis, os matan.

Del mismo modo que nos convertimos en bestias cuando vamos al frente, porque esto es lo único que nos permite aguantar, somos unos bromistas superficiales y dormilones cuando encontramos un campamento de reposo. No podemos impedirlo, es más fuerte que nosotros. Queremos vivir, sea como sea; no queremos cargarnos con sentimientos que pueden ser muy decorativos en tiempos de paz, pero que aquí no sirven para nada.

Kemmerich ha muerto. Haie Westhus está agonizando. Y en lo que respecta a Hans Kramer, el día del juicio tendrán mucho trabajo si han de ir recogiendo y soldando los pedazos de su cuerpo, alcanzado de lleno por una granada. Martens ya no tiene piernas. Meyer ha muerto. Marx ha muerto. Hämmerling ha muerto. Ciento veinte hombres de nuestra compañía están tendidos en algún lugar con la piel agujereada.

Naturalmente, esto es triste. Pero, ¿qué podemos hacer nosotros para remediarlo? Nosotros vivimos. Si pudiéramos salvarlos ya lo veríais; no nos importaría arriesgar la piel, no lo pensaríamos ni un momento, porque cuando nos da la gana, también sabemos lucir el genio; no conocemos apenas el miedo; el terror de la muerte sí, pero esto es distinto, esto es puramente físico.

Sin embargo, nuestros compañeros han muerto; no podemos salvarlos; reposan, por fin. ¡Quién sabe lo que nos espera a nosotros! Por esto queremos acostarnos y dormir o comer hasta que nuestro estómago no pueda recibir nada más y beber mucho y fumar, para llenar las horas. La vida es corta.

El horror del frente se hunde hacia lo más recóndito de nuestro ser en cuanto le volvemos la espalda; lo acuciamos con bromas innobles y feroces. Cuando alguien muere decimos que «ha encogido el culo» y hablamos por el estilo de todas las cosas. Esto nos libra de volvernos locos. Sólo lo podremos resistir mientras nos lo tomemos de esta manera.

¡Pero no olvidamos! Lo que cuentan los periódicos de guerra a propósito del excelente buen humor de las tropas, que organizan bailes y fiestas en cuanto dejan el frente, es un bulo estúpido. No hacemos estas cosas porque estamos de buen humor, sino que estamos de humor porque de otro modo reventaríamos. De todas maneras, estas cosas no pueden ya durar mucho;

nuestro humor cada día es más negro.

Lo sé; todo lo que ahora, mientras combatimos, baja al fondo de nuestro ser como si fuera de piedra, emergerá de nuevo cuando la guerra termine y entonces será cuando empieza el debate a vida o muerte.

Los días, las semanas, los años de frente resucitarán, nuestros camaradas muertos se levantarán y marcharán con nosotros, los cerebros recuperarán su lucidez, tendremos un objetivo. Y así avanzaremos; a nuestro lado los camaradas muertos; los años de frente a nuestra espalda... Marcharemos, pero, ¿contra quién? ¿Contra quién?

A este lugar vino, hace algún tiempo, un teatro de campaña. Se ven todavía, sobre una puerta, los carteles multicolores que anunciaban las representaciones. Kropp y yo los contemplamos con los ojos como platos. No podemos creer que todavía queden cosas así. Hay una muchacha con un vestido de verano color claro y un cinturón rojo, charolado, que le ciñe la cintura. Apoya una mano encima de una barandilla y tiene en la otra un sombrero de paja. Lleva medias y zapatos blancos, unos hermosos zapatos, con hebilla y tacón alto. A sus espaldas brilla el mar azul con alguna cresta de espuma. A un lado se ve el luminoso color de una bahía. Es una muchacha realmente espléndida, con una nariz fina, los labios rojos, largas piernas; de una limpieza y una pulcritud inimaginables. Seguro que debe bañarse dos veces por día y nunca tiene barro bajo las uñas. Como mucho, quizá tenga alguna vez en ellas un poco de arena de la playa.

A su lado hay un hombre con pantalón blanco, americana azul y gorra de marino; pero éste nos interesa mucho menos.

La muchacha de la puerta es para nosotros un prodigio. Habíamos olvidado por completo que existieran cosas así, e incluso ahora llegamos a dudar de nuestros propios ojos. En todo caso, hacía años que no veíamos nada parecido, nada que pudiera comparársele en cuanto a belleza y a dicha. He aquí la paz; ha de ser así, pensamos con emoción.

—Fíjate tú, qué zapatos tan ligeros; no podría resistir ni un kilómetro de marcha —digo, y me doy cuenta enseguida de mi estupidez, es imbécil pensar en una marcha frente a una imagen como ésta.

—¿Qué edad debe tener? —pregunta Kropp.

Yo supongo:

—Veintidós años, como máximo, Albert.

—Así sería mayor que nosotros. Te aseguro que no tiene más de diecisiete.

Sentimos un escalofrío.

—Albert, esto sí que valdría la pena, ¿no te parece?

Asiente.

—Yo también tengo un pantalón blanco en casa.

—Un pantalón blanco, sí —digo yo—. Pero una chavala así...

Nos miramos mutuamente de arriba abajo. No hay mucho que ver. Un uniforme descolorido, remendado y sucio a cada lado. Es inútil intentar establecer comparaciones.

Por esta razón, arrancamos inmediatamente el joven del pantalón blanco, rascando sobre el papel y poniendo mucho cuidado en no romper a la muchacha. Así ya hemos conseguido algo. Después, Kropp propone:

—Podríamos ir a que nos despiojaran.

Me resisto, porque esto perjudica la ropa y vuelves a tener piojos al cabo de dos horas. De todas maneras, después de haber admirado un poco más el cartel, me rindo. Voy más allá todavía:

—También podríamos buscar una camisa limpia...

Albert, no sé por qué, opina:

—Mejor serían unos calcetines.

—Quizá también unos calcetines, pues. Vamos a especular un poco.

Pero llegan Leer y Tjaden, acercándose con paso perezoso. Ven el cartel y en un abrir y cerrar de ojos, la conversación sube de tono. Leer fue el primero de nuestra clase que tuvo un lío, y nos contaba intimidades emocionantes. Se anima a su manera delante de la imagen y Tjaden le ayuda con energía.

No es precisamente que nos repugne —el que no dice porqué es que no es soldado— sino que en este momento no estamos de humor para escucharlos. Por esta razón les dejamos solos y nos vamos al establecimiento de desinfección para que nos maten los piojos, con el mismo empaque que si nos dirigiéramos a una tienda elegante de modas para caballero.

Las casas en las que nos alojamos están cerca de un canal. Al otro lado del canal hay estanques rodeados de alamedas; al otro lado del canal hay también mujeres.

Las casas de nuestro lado han sido evacuadas. Pero en las otras todavía vive, de vez en cuando, alguien.

Por la tarde nadamos. Se acercan tres mujeres caminando por la orilla. Van andando despacio y no desvían su mirada, a pesar de que no llevamos traje de baño.

Leer les llama. Ríen y se paran a mirarnos. En un francés chapurreado les gritamos algunas frases, lo que nos pasa por la cabeza, todo mezclado, deprisa para que no se vayan. No son precisamente cosas demasiado finas, pero, ¿de dónde podríamos sacarlas?

Hay una morena, esbelta. Cuando ríe se le ven brillar los dientes. Acciona vivamente; la falda le cae, holgada, alrededor de las piernas. A pesar de que el agua está fría nos esforzamos en interesarlas con nuestros ejercicios de natación para que se queden. Arriesgamos alguna broma y ellas nos la contestan sin que comprendamos nada. Reímos y hacemos signos con las manos. Tjaden es más razonable. Corre a casa, trae un pan de munición y se lo enseña.

Esto tiene éxito. Con signos y gestos nos dicen que vayamos, pero no podemos hacerlo. Está prohibido subir a la otra orilla. En todos los puentes hay centinelas. Sin un pase no hay nada que hacer. Por esto les decimos que vengan ellas; pero mueven la cabeza y señalan hacia los puentes. Tampoco las dejan pasar.

Se marchan. Andan despacio remontando el canal, siempre por la orilla. Las acompañamos nadando. Después de unos centenares de metros toman otro camino y nos enseñan una casa que se levanta apartada entre árboles y maleza. Leer les pregunta si viven allí.

Ríen... Sí, aquella es su casa.

Les decimos que intentaremos ir cuando los centinelas no puedan vernos. Por la noche. Esta misma noche.

Levantán las manos, las colocan planas la una contra la otra, ponen la cabeza encima y cierran los ojos. Han comprendido. La morena esbelta inicia unos pasos de baile. Una rubia balbucea en alemán:

—Pan... bueno...

Les aseguramos calurosamente que se lo traeremos. Y además, otras cosas buenas. Ponemos los ojos en blanco y queremos designar estas cosas con las manos. Leer está a punto de ahogarse al quererles indicar que les traerá un pedazo de salchichón. Si hiciera falta les prometeríamos todo un almacén de víveres. Se alejan, volviéndose todavía, de vez en cuando. Subimos a la otra orilla y observamos si entran realmente en aquella casa. Podían habernos engañado. Después, nadando, volvemos a nuestro lugar.

Nadie puede atravesar sin pase los puentes.

No es problema. Atravesaremos nadando por la noche. La emoción se apodera de nosotros y no nos deja. No podemos estarnos quietos en parte alguna y vamos a la cantina. Precisamente hay cerveza y una especie de

ponche.

Bebemos ponche y nos contamos extraordinarias aventuras, inventadas de arriba abajo. Cada uno cree gustosamente al otro y espera su turno para poder contar una más gorda. Las manos se agitan nerviosamente, fumamos innumerables cigarrillos. Hasta que Kropp dice:

—Sería una buena idea llevarles también unos cuantos cigarrillos.

Los guardamos en nuestros casquetes.

El cielo toma un color verde de manzana sin madurar. Somos cuatro, pero sólo podemos ir tres; debemos desembarazarnos de Tjaden, dándole ponche y ron hasta que no se tenga derecho. Cuando oscurece nos vamos a casa. A Tjaden lo llevamos en medio. Estamos encendidos, radiantes, rebosantes de deseos de aventura. La morena esbelta es para mí; ya hemos escogido y está decidido. Tjaden cae sobre su colchoneta y se pone a roncar. De pronto despierta y nos mira con una cara de pícaro que nos alarma; nos hace pensar que se ha burlado de nosotros y que todo el ponche que ha bebido no le ha hecho efecto. Pero vuelve a desplomarse hacia atrás y se duerme.

Cada uno de nosotros coge un pan entero y lo envuelve en papel de periódico. Envolvemos también los cigarrillos y tres buenas raciones de embutido de hígado que precisamente nos han dado esta noche. Eso es ya un obsequio decoroso.

De momento colocamos las cosas en el interior de las botas; porque las botas debemos llevárnoslas para no pisar, en el otro lado, alambres y trozos de cristal. Pero como tenemos que pasar nadando, no podemos llevarnos ningún otro vestido. De todas maneras, está oscuro y no vamos muy lejos. Salimos con las botas en la mano. Nos deslizamos sigilosamente en el agua. Nadamos de espaldas, sosteniendo las botas, con todo su contenido, por encima de nuestras cabezas.

Cuando llegamos a la otra orilla, nos izamos con precaución, sacamos los paquetes y nos ponemos las botas. Las cosas las llevamos debajo del brazo. Así nos ponemos en marcha, a paso ligero; mojados, desnudos, con las botas por único vestido. Encontramos enseguida la casa. Está oscura, entre el follaje. Leer tropieza con una raíz y se araña el codo.

—No es nada —dice, alegremente.

Las ventanas están tapiadas con maderos. Andando sin hacer ruido damos la vuelta a la casa e intentamos espiar por los resquicios. Nos impacientamos. De pronto, Kropp vacila:

—¿Y si estuviera un comandante dentro, con ellas?

—Echamos a correr y listos —dice Leer, bromeando—. El número de

nuestro regimiento que lo lea aquí. —Y se da una palmada en las nalgas.

La puerta de la casa está abierta... Nuestras botas hacen poco ruido. Se abre una puerta. Un resplandor nos ilumina. Una mujer, asustada, grita. Nosotros decimos:

—Pst... Pst... Camarade... Bon ami...

Y levantamos, como un conjuro, nuestros paquetes.

Ahora vemos también a las otras dos. La puerta se ha abierto completamente y estamos a plena luz. Nos reconocen y se echan a reír al contemplar nuestro indumento. Se retuercen, carcajeándose, en el dintel de la puerta. ¡Con qué gracia se mueven!

—Un moment —dicen.

Desaparecen, e inmediatamente, nos lanzan unas piezas de vestir con las que escasamente podemos cubrirnos. Después nos dejan entrar. Una pequeña lámpara ilumina la habitación. Hace calor. Huele un poco a perfume. Deshacemos nuestros paquetes y se los ofrecemos. Les brillan los ojos. Se ve que tienen hambre.

Estamos algo cohibidos. Leer, con un signo, les indica que coman. La cosa vuelve a animarse enseguida: traen platos y cuchillos y se lanzan encima de los víveres. Cada raja de embutido la levantan en el aire con admiración, antes de comérsela. Nosotros nos sentamos, orgullosos, a su lado.

Nos confunden con su parloteo. No comprendemos demasiado, pero adivinamos que son palabras amables. Debemos parecerles muy jóvenes. La morena esbelta me acaricia los cabellos y dice lo que dicen siempre las mujeres francesas:

—La guerre... grand malheur... pauvres garçons...

Le cojo el brazo, lo oprimo con fuerza y hundo mi boca en la palma de su mano. Sus dedos me aprietan las mejillas. Sobre mí se abren sus ojos turbadores, la suavidad de su piel morena y sus labios rojos. La boca pronuncia palabras que no comprendo. Tampoco comprendo del todo sus ojos; dicen mucho más de lo que nosotros esperábamos al venir.

Al lado de esta habitación están los dormitorios. Al levantarme veo a Leer que, con su rubia, se dirige decidido a uno de ellos mientras habla en voz alta. Él sabe de qué van estas cosas. Pero yo..., yo estoy entregado a un lejano sentimiento, mezcla de dulzura y violencia, y me pierdo en él. Siento en mí algo que desea y que cae, al mismo tiempo. La cabeza me da vueltas; aquí no hay nada que pueda sostenerme. Hemos dejado las botas, nos han dado pantuflas y no llevo encima nada que pueda recordarme la insolente seguridad del soldado; no tengo el fusil, ni el cinturón, ni la guerrera, ni el casco. Me

abandono a esta incertidumbre, que pase lo que quiera... Pero, a pesar de todo, tengo un poco de miedo.

La morena esbelta mueve sus cejas cuando reflexiona. En cambio, cuando habla las mantiene inmóviles. A veces también lo que ella me dice queda sólo insinuado; el sonido no llega a palabra, queda ahogado o suspendido, vibrante, sobre mi cabeza; como un arco, como una trayectoria, como un cometa. ¿Qué sabía yo de todo esto? ¿Qué es lo que sé ahora? Las palabras de esta lengua extranjera, de la que apenas si comprendo algo, me adormecen y me inundan de una gran calma en la que desaparece la habitación Levemente iluminada y queda tan sólo, vivo y claro, su rostro que se inclina sobre mí.

Cuan complejo es un rostro que nos era extraño todavía una hora antes y que ahora se reclina hacia nosotros con una ternura que no surge de él mismo, sino de la noche, del mundo y de la sangre que asoman su brillo en él. Todos los objetos de la habitación parecen influidos y transformados, toman un aspecto particular, y mi piel blanca me inspira un sentimiento casi respetuoso cuando el resplandor de la lámpara la ilumina y la acaricia una mano fresca y morena.

Qué distinto es esto de lo que sucede en los burdeles para soldados, a los que tenemos autorización para ir y ante los que se forman largas colas. No quisiera acordarme de ello; pero, sin darme cuenta, me vuelve continuamente a la memoria y me asusta pensar que quizá nunca pueda librarme de este recuerdo.

Siento los labios de esta muchacha morena y esbelta y aprieto contra ellos los míos; cierro los ojos y quisiera que todo hubiera oscurecido; la guerra, sus horrores y sus ignominias; despertarme de nuevo joven y alegre. Pienso en la figura de la chica del cartel, y por un instante, creo que mi vida depende tan sólo de hacerla mía. Después me hundo, cada vez más profundamente, en este cuerpo que me abrasa. Quizá sea realmente un milagro.

No sé cómo nos encontramos de nuevo todos juntos. Leer tiene un aire triunfal. Nos despedimos efusivamente y nos metemos otra vez en nuestras botas. El aire nocturno refresca nuestros cuerpos ardientes. Los álamos se levantan altivos en la oscuridad y murmuran. No corremos; andamos el uno al lado del otro, dando grandes zancadas.

Leer comenta:

—¡Eso sí que vale un pan de munición!

Yo no me atrevo a hablar. Ni siquiera estoy contento.

Escuchamos pasos y nos escondemos detrás de un arbusto.

Los pasos se acercan. Están a nuestro lado. Vemos a un soldado desnudo,

tan sólo con botas, como nosotros. Lleva un paquete bajo el brazo y pasa corriendo. Es Tjaden que parece tener prisa.

Ya ha desaparecido.

Nos reímos. Mañana habrá jaleo.

Llegamos a nuestras colchonetas sin que nadie se dé cuenta.

Me reclaman en la oficina. El comandante de la compañía me alarga un certificado de permiso, una hoja de ruta y me desea buen viaje. Miro cuántos días me han dado. Diecisiete. Catorce de licencia y tres para el viaje. Es poco tiempo para el trayecto. Solicito que me den cinco días. Bertinck me señala la hoja de ruta; me doy cuenta de que no he de volver inmediatamente al frente, sino que debo presentarme, cuando termine el permiso, a un cursillo en un campamento.

Los otros me envidian. Kat me da buenos consejos. Me dice que cuando esté allí, intente colocarme en algún lugar seguro.

—Si eres un poco listo te quedarás.

Bien mirado, hubiera preferido no tener que marcharme hasta dentro de ocho días; todo este tiempo lo pasaremos aquí, y aquí se está bien.

Naturalmente, he de invitarles a la cantina. Nos emborrachamos un poco. Yo me entristezco; estaré fuera durante seis semanas; realmente es una gran suerte. Pero, ¿qué habrá sucedido cuando regrese? ¿Los encontraré a todos todavía? Haie y Kemmerich ya no están... ¿Quién seguirá? Bebemos y los miro a todos. Albert, a mi lado, fuma; está contento. Siempre hemos andado juntos. Delante está Kat, con sus hombros caídos, su amplio pulgar y su voz tranquila. Después, Müller, con sus dientes salidos y su risa que parece un ladrido. Tjaden, con sus ojillos de rata. Leer, que se está dejando barba y parece un hombre de cuarenta años.

Sobre nuestras cabezas se extiende una espesa humareda. ¡Qué sería del soldado sin tabaco! La cantina es su verdadero refugio. La cerveza es más que una bebida, es el indicio de que uno puede estirar y encoger, sin peligro, sus miembros. Y lo aprovechamos; alargamos las piernas tanto como nos es posible y escupimos a destajo. ¿Para qué seguir contando? ¡Qué impresión produce todo esto cuando uno se marcha al día siguiente!

Por la noche atravesamos de nuevo el canal. Casi temo decirle a aquella morena tan esbelta que me voy; que cuando vuelva estaremos, de seguro, en otra parte; que no volveremos a vernos. Ella, sin embargo, tan sólo mueve un poco la cabeza y no parece sentirlo mucho. Al principio me es difícil comprenderlo; después voy viendo claro. Leer tiene razón. Si hubiera partido hacia el frente, entonces habría dicho muchas veces: «Pauvre garçon», pero un

permisionario... de esto no quieren saber nada, no es tan interesante. ¡Que se vaya al diablo con sus caricias y su parloteo! Empezaba a creer en milagros y todo lo hacía un pan de munición.

A la mañana siguiente, después de ir a despiojarme, me dispongo a coger el tren de campaña. Albert y Kat me acompañan. En el apeadero nos dicen que el tren tardará todavía dos horas en salir. Ellos dos han de regresar porque están de servicio. Nos despedimos.

—Suerte, Kat; suerte, Albert.

Se alejan, volviéndose de vez en cuando para agitar su mano. Sus figuras se empequeñecen. Cada una de sus frases, cada uno de sus movimientos me son muy conocidos. Los reconocería desde muy lejos. Por fin, desaparecen.

Me siento en la mochila y espero.

Tengo, de pronto, una loca impaciencia por marchar.

Me detengo en muchas estaciones; hago cola delante de algunas calderas de sopa; me acuesto sobre una tabla. Sin embargo, después, el paisaje va siendo turbador, inquieto, conocido... Resbala a través de los cristales, en medio de la noche, con sus villorrios de casas blancas cuyo tejado de paja se hunde en ellas como un gorro, con sus campos de trigo que brillan nacarados bajo los rayos oblicuos del sol, con sus jardines, con sus graneros y con sus grandes tilos.

Los nombres de las estaciones se convierten en palabras vivas que me hacen latir el corazón. El tren traquetea; yo estoy de pie, en la ventana, agarrándome con fuerza al bastimento. Estos nombres limitan mi juventud.

Prados llanos, campos, alquerías; una yunta de bueyes avanza contra el cielo por un camino que corre paralelo al horizonte. Una barrera; al otro lado aguardan campesinos, muchachas que juegan en las calzadas, caminos que se internan campo a través, caminos lisos, sin artillería en marcha.

La tarde va cayendo, y si el tren no hiciera tanto ruido, yo tendría que chillar. La llanura se ensancha a lo lejos. Empiezan a destacar, sobre el horizonte, las montañas teñidas de azul pálido. Reconozco la línea característica de Dolbenberg, esta cresta dentada que se rompe bruscamente donde termina la frondosa cimera de los bosques. Detrás debe estar ya la ciudad.

Pero ahora todo se inunda y se confunde en una luz de un rojo dorado. El tren se retuerce en una curva, luego en otra... E irreales, difusos, oscuros, los álamos se levantan, a lo lejos, uno detrás de otro, en larga hilera de sombra, de luz y de languidez.

El paisaje gira lentamente con ellos; el tren los rodea, los intervalos se

acortan; los álamos no son ya más que un bloque, y por un momento, sólo veo uno. Después, los otros van volviendo a ocupar su lugar detrás del primero y quedan todavía un buen rato solos contra el cielo antes de que los cubran las primeras casas.

Un paso a nivel. No puedo separarme de la ventana. Los demás preparan ya sus cosas. Yo repito en voz baja los nombres de las calles que se deslizan por debajo de nosotros:

—Bemerstrasse... Bemerstrasse...

Ciclistas, carros, hombres, allí abajo... Es una calle gris y un viaducto gris, pero me emociona como si fuera mi propia madre.

Después el tren se detiene y he aquí la estación con sus ruidos, sus gritos y sus rótulos. Me cargo la mochila a la espalda, abrocho las correas, cojo el fusil y bajo vacilante los peldaños del vagón.

En el andén miro a mi alrededor. No conozco a nadie de toda esta gente que se empuja con prisas. Una dama de la Cruz Roja me ofrece algo para beber. Me aparto. Sonríe con estupidez, demasiado convencida de su importancia.

«Mirad, estoy dando café a un soldado», parece pensar. Me llama «camarada». Eso faltaba.

Fuera, delante de la estación, murmura el río cerca de la calle; brota, emblanquecido por la espuma, de las esclusas del molino. A su lado se levanta la antigua torre de vigía, y delante, el viejo tilo de vivos colores, con el atardecer a su espalda.

Nos hemos sentado aquí tantas veces; hace ya mucho tiempo. Hemos pasado por este puente y hemos respirado el olor fresco y pútrido del agua estancada; nos hemos inclinado sobre la mansa corriente del agua en este lado de la esclusa, donde verdes plantas trepadoras y algunas algas cuelgan de los soportes del puente; y en el otro lado, durante los calurosos días veraniegos, nos hemos deleitado contemplando el vivo brotar de la espuma, mientras hablábamos de nuestros profesores.

Atravieso el puente, miro a derecha y a izquierda; el agua tiene algas todavía y todavía cae formando un arco de color claro. En la vieja torre están, como antaño, las planchadoras con sus brazos desnudos ante la ropa blanca, y el calor de las planchas se extiende por las ventanas abiertas. Juegan los perros en la larga calle estrecha; delante de las puertas hay gente curiosa que me miran pasar, sucio y cargado.

En esta pastelería hemos comido helados y nos hemos ejercitado a fumar los primeros cigarrillos. De esta calle que atravieso conozco todas las casas, el

colmado, la droguería, la panadería. Y, después, estoy ya delante de la puerta oscura, con su gastado picaporte, y mi mano parece agobiada. La abro; me recibe una extraña frescura que me hace parpadear.

La escalera cruje bajo mis botas. Arriba chirría una puerta; alguien sale a mirar por encima de la barandilla. Es la puerta de la cocina la que han abierto. Están haciendo buñuelos de patatas y su aroma llena toda la casa. Hoy es sábado, debe ser mi hermana la que se asoma allí arriba. De momento siento una gran vergüenza y agacho la cabeza. Después me saco el casco y miro hacia lo alto. Sí, es mi hermana mayor.

—¡Pablo! —grita—. ¡Pablo!

Sí, soy yo. La mochila tropieza con la barandilla; ¡pesa tanto el fusil!

Abre de golpe una puerta y grita:

—¡Mamá, mamá! Pablo está aquí.

No puedo subir ni un solo peldaño más. «Madre, madre; Pablo está aquí.»

Me apoyo en la pared y aprieto nerviosamente el casco y el fusil. Los cojo con todas mis fuerzas, pero me es imposible dar un paso adelante. La escalera desaparece ante mis ojos; me golpeo el pie con la culata; rechino mis dientes con rabia, pero soy impotente frente a esta única palabra que mi hermana ha pronunciado; nada puedo hacer. Me violento para obligarme a reír y a hablar, pero no puedo articular ni una palabra; y así permanezco, clavado en la escalera, desgraciado, desvalido, en una convulsión terrible; no quiero y, sin embargo, las lágrimas resbalan sin cesar por mi rostro.

Mi hermana regresa y me pregunta:

—Pero, ¿qué tienes?

Me domino y, vacilando, subo hasta el rellano. Dejo el fusil en un rincón, la mochila contra la pared y el casco encima. Me saco, también, los correajes con todo lo que cuelga de ellos. Después digo furioso:

—¡Dame un pañuelo, mujer!

Saca uno del armario y me enjugo la cara. Colgada en la pared, sobre mi cabeza, está la caja de cristal con las mariposas que coleccionaba antes.

Siento la voz de mi madre que me llega desde la alcoba:

—¿No se ha levantado? —pregunto a mi hermana.

—Está enferma —responde.

Entro. Tomo su mano y digo tan tranquilo como puedo:

—Ya estoy aquí, mamá.

Está acostada, quieta, en la penumbra. Después me pregunta, temerosa, mientras siento su mirada que me palpa:

—¿Estás herido?

—No, me han dado un permiso.

Está muy pálida. Temo encender la luz.

—¡Y yo aquí, acostada y llorando, en vez de alegrarme! —dice.

—¿Te encuentras mal, mamá? —le pregunto.

—Hoy me levantaré un poco. —Y se dirige a mi hermana que ha de correr continuamente a la cocina para que no se le queme la cena—: Abre aquel bote de confitura de serbas, también. ¿Verdad que te apetecen? —me pregunta.

—Sí, mamá; hace mucho tiempo que no he comido.

—Parece que hayamos presentido tu venida —dice mi hermana riendo—; buñuelos de patatas, tu plato preferido y, además, confitura de serbas.

—Es que es sábado —digo yo.

—Siéntate a mi lado —me pide mi madre.

Me mira. Sus manos son blancas, enfermizas y delgadas comparadas con las mías. Nos decimos pocas cosas y le agradezco que no pregunte nada. Después de todo, ¿qué podría decirle? Todo aquello que era posible se ha realizado. He escapado ileso y estoy sentado cerca de ella, mientras en la cocina mi hermana prepara la cena cantando.

—Hijo mío— dice mi madre en voz baja.

En nuestra familia nunca hemos sido de una ternura expansiva. No suele ser costumbre de gente pobre que trabaja mucho y tiene muchas preocupaciones. Por otra parte tampoco lo comprenden; no les gusta repetir lo que ya saben. Cuando mi madre dice «hijo mío» expresa tantas cosas como otra que hablara por los codos. Estoy convencido de que el bote de serbas es el único que ha habido en la casa desde hace muchos meses y que lo han guardado para mí, lo mismo que estas galletas, ya algo rancias, que me ofrece. Seguro que pudo conseguirlas en alguna ocasión excepcional y las guardó enseguida pensando en mí.

Estoy sentado al lado de su cama y en la ventana brillan el marrón y oro de los castaños del bar que hay enfrente. Respiro despacio, profundamente, y me digo:

—Estás en tu casa, estás en tu casa...

Pero no me abandona un cierto embarazo, aún no me he acostumbrado a

estas cosas. Aquí está mi madre, aquí mi hermana, mi caja para las mariposas, mi piano de caoba..., pero yo todavía no he conseguido entrar del todo. Un velo y un último paso me separan de las cosas.

Es por esto que voy a buscar, ahora, mi mochila, la pongo sobre la cama y saco lo que he traído: un queso de bola entero que me procuró Kat; dos panes de munición, tres cuartos de libra de mantequilla, dos latas de embutido de hígado, una libra de manteca y un saquito de arroz.

—Seguro que podréis utilizarlo...

Asienten con la cabeza.

—¿Están muy mal, por aquí, las cosas? —les pregunto.

—Sí, no hay mucha abundancia. ¿Y por allí abajo tenéis bastante?

Sonrío señalando las cosas que he traído.

—No siempre tenemos tanto, pero va bien, hasta cierto punto.

Erna se lleva los víveres. De pronto, mi madre me coge vivamente de la mano y me pregunta temblorosa:

—¿Sufrís mucho allí abajo, Pablo?

Mamá, ¿qué he de contestarte? Tú no lo comprenderás, nunca podrás comprenderlo y es mucho mejor así. Preguntas que si sufrimos... Tú, madre... Muevo la cabeza y digo:

—No, mamá, no es para tanto. Somos muchos, ¿sabes? Así no es tan pesado.

—Sí, pero hace poco que estuvo aquí Enrique Brademeyer y contaba que era terrible lo de allí abajo, con los gases y todo lo demás.

Es mi madre la que habla. Dice «con los gases y todo lo demás». No comprendo lo que dice, tan sólo teme por mí. ¿He de contarle que una vez encontramos a los ocupantes de tres trincheras enemigas paralizados en sus actitudes como heridos por el rayo? En los parapetos, en los refugios, exactamente en el lugar en que habían sido sorprendidos, estaban, en pie o caídos, con la cara azulada, muertos.

—Pero, mamá, ¡se dicen tantas cosas! —respondo—, Brademeyer lo decía porque sí. Ya ves que he vuelto entero e incluso he engordado.

Ante la temblorosa inquietud de mi madre vuelvo a encontrar mi calma. Ahora ya puedo moverme arriba y abajo, hablar y responder sin temer tener que apoyarme, de pronto, en la pared, porque ahora el mundo se ha vuelto blando como la goma y las venas no son sino un haz de flojas hilachas. Mi madre quiere levantarse. Entretanto voy a la cocina para estar con mi hermana.

—¿Qué tiene?

Se encoge de espaldas.

—Hace unos meses ya que está en cama, pero no quería que te lo dijéramos. La han visitado muchos médicos. Uno de ellos dijo que probablemente sería, de nuevo, cáncer.

Voy a presentarme a la Comandancia Militar del distrito. Atravieso, lentamente, las calles. Aquí y allá, alguien me dirige la palabra. Apenas si me detengo; no conservo ya demasiadas ganas de hablar. Cuando salgo del cuartel, oigo una voz que me llama gritando desmesuradamente. Me doy la vuelta, sumido todavía en mis pensamientos y me encuentro delante de un comandante. Me apostrofa:

—¿No sabes saludar?

—Perdone, mi comandante —farfullo turbado—; no le había visto.

Grita aún más fuerte:

—¿Tampoco sabes expresarte correctamente?

Querría abofetearlo, pero me contengo porque está en juego el permiso. Me cuadro y digo:

—No había visto a mi comandante.

—¡Pues ve con cuidado! —replica—. ¿Cómo te llamas?

Se lo digo.

Su gruesa cara roja todavía está exaltada.

—¿De qué cuerpo?

Contesto reglamentariamente.

—¿Dónde estás de servicio?

Pero me he hartado y le digo:

—Entre la Ceca y la Meca.

—¿Cómo dices?

Le explico que tan sólo hace una hora que he llegado del frente creyendo que esto va a calmarle. Pero me equivoco. Todavía se enfurece más:

—Y querías introducir aquí las costumbres del frente, ¿no? Pues no hay nada que hacer. Aquí, gracias a Dios, reina el orden.

Me dice:

—¡Veinte pasos atrás enseguida! ¡Adelante, marchen!

Tengo una rabia loca, pero nada puedo contra él; si se empeñaba podía hacerme arrestar enseguida. Corro hacia atrás, después avanzo a paso militar y cuando llego a seis metros de él hago un preciso saludo que no abandono hasta haberme alejado otros seis metros.

Entonces me llama y me dice, afablemente, que por esta vez dejará prevalecer la indulgencia sobre el reglamento.

Le expreso mi agradecimiento sin abandonar mi rigidez.

—¡Retírate! —me ordena.

Doy media vuelta golpeando fuertemente con los tacones y me marchó.

Esto me ha estropeado la tarde. Me apresuro para llegar a casa y tiro el uniforme en un rincón.

También lo hubiera hecho igualmente. Después saco del armario un vestido de paisano y me lo pongo.

Me encuentro extraño. El traje me queda corto y estrecho. He crecido en el servicio. El cuello y la corbata me dan mucho trabajo. Finalmente, mi hermana termina por hacerme el nudo. ¡Qué ligero es un vestido de estos! Se tiene la impresión de ir tan sólo en calzoncillos y camisa.

Me miro en el espejo. ¡Qué facha más extraña! Un niño de primera comunión, crecido, tostado por el sol, me está contemplando, desde allí, muy asombrado.

A mi madre le satisface que vaya vestido de paisano; así le parece que soy un poco más de ella.

Mi padre, sin embargo, hubiera preferido que andaré siempre con el uniforme; hubiera querido pasearme, así, por las casas de todos sus amigos.

¡Qué hermoso es estar sentado, tranquilamente, en cualquier lugar! Por ejemplo en la terraza del café de enfrente de casa, bajo los castaños, cerca de la bolera. Las hojas de los árboles caen encima de la mesa y por el suelo. Pocas, tan sólo. Las primeras. Tengo delante un vaso de cerveza: en el regimiento he aprendido a beber. El vaso está mediado y quedan todavía algunos tragos de líquido fresco, además puedo pedir otra y otra, si quiero. No hay listas que pasar aquí. No estallan obuses. Los niños del propietario juegan a los bolos y el perro reposa su cabeza sobre sus rodillas. El cielo es azul y por entre el follaje de los castaños veo la torre de la iglesia de Santa Margarita.

Todo está bien, me gusta. Pero no hay forma de separarse de la gente. La única que no pregunta es mi madre. Pero mi padre ya es distinto. Él quisiera que yo le contara algo del frente, tiene deseos que me parecen conmovedores y estúpidos a un tiempo. No tengo, ya, con él una verdadera intimidad. Lo que

más le hubiera gustado es que me pasase el santo día contando cosas. No se da cuenta de que estas cosas no pueden contarse y me gustaría, por otra parte, darle gusto; sin embargo, sería peligroso, no podría traducir a palabras lo que he pasado; me da miedo de que todo se agigante y que, luego, no me sea posible dominarlo. ¿Dónde estaríamos nosotros si tuviéramos conciencia de lo que sucede allí abajo?

Me limito, por lo tanto, a contarle algunas anécdotas divertidas. Él, no obstante, me pregunta si he tomado parte en algún combate cuerpo a cuerpo. Le digo que no y me levanto para salir.

Sin embargo, no consigo nada con ello. En la calle, después de haberme asustado dos veces con el chirrido de los tranvías que me parecen gemidos de granada, alguien me da un golpecito en la espalda. Es mi profesor de gramática alemana que me asaetea con las preguntas de rigor:

—¿Qué, cómo va por allá abajo? ¿Terrible, no, terrible? Sí, es horroroso, pero debemos aguantar. Y, por lo menos, tienen comida abundante según me han contado. Usted hace muy buena cara, Pablo. Está fuerte. Aquí, naturalmente, va peor. Pero es lógico, muy comprensible, lo mejor debe ser siempre para nuestros soldados.

Me arrastra hacia su peña. Me reciben de manera grandiosa. Todo un señor director me da la mano y me dice:

—¿Conque llega usted del frente? ¿Y qué tal el espíritu de las tropas? Excelente, claro está, excelente, ¿no?

Le respondo que todos quisieran volver a casa.

Se ríe estrepitosamente.

—¡Hombre, naturalmente! ¡De esto estoy convencido! ¡Pero antes tienen que zurrar bien a los gabachos! ¿Fuma? Tome, encienda uno. Mozo, traiga una cerveza para nuestro joven guerrero.

Lástima que haya aceptado el cigarro, porque esto me obliga a quedarme. Todos desbordan de benevolencia; no puedo quejarme. Y, no obstante, me siento enojado y fumo tan rápidamente como puedo. Para hacer alguna cosa me bebo de un trago el vaso de cerveza. Mandan traerme otro enseguida; son gente que saben lo que se debe a un soldado. Discuten sobre lo que habremos de anexionarnos. El director, con su cadena de hierro para el reloj —cambiada por la de oro según costumbre patriótica—, es el que quiere más territorios: toda Bélgica, las regiones hulleras de Francia y zonas muy vastas de Rusia. Expone las razones concretas por las que debemos quedarnos con todo esto y se mantiene inflexible hasta que los otros ceden finalmente. Después comienza a explicarnos en qué lugar es necesario romper el frente francés y, entonces, se

dirige a mí:

—¡Hala, dense un poco de prisa! Avancen ustedes de una vez y abandonen esta eterna guerra de posiciones. Barran a estos bergantes y tendremos paz.

Respondo que, según mi opinión, una rotura del frente es imposible porque los del otro lado tienen muchas reservas.

Además la guerra no se parece en nada a como uno se la imagina.

Niega con superioridad todo lo que le digo y me demuestra que no entiendo una palabra del asunto.

—Quizá tenga razón en lo que a los detalles se refiere, pero se trata del total, y usted no está en condiciones de juzgarlo. Usted sólo ve el pequeño sector en que presta el servicio y le falta una visión del conjunto. Cumple con su deber, arriesga la vida, esto es digno de todos los honores —cada uno de ustedes debiera tener la cruz de hierro— pero, antes que nada, es necesario romper el frente enemigo en Flandes, con un ataque masivo, y luego obligarles a replegarse desde allí arriba.

Jadea y se seca la barba.

—Han de arrollarlos completamente, de arriba a abajo... Y, después, hacia París.

Me gustaría saber cómo se lo imagina, y engullo el tercer vaso de cerveza. Encarga otro inmediatamente.

Pero me levanto. Él me mete todavía algunos cigarros en el bolsillo y me despide con un golpe en la espalda.

¡Que vaya muy bien! Esperamos oír pronto grandes noticias.

Había imaginado de otro modo mi permiso. Hace un año era distinto. Debo ser yo el que he cambiado. Entre entonces y ahora se abre un abismo. Entonces yo no conocía la guerra. Sólo había estado en sectores tranquilos. Hoy noto que, sin haberme dado cuenta, me he ido gastando y deprimiendo. No me encuentro bien aquí. Esto es para mí un mundo extraño. Unos preguntan y otros no, pero bien se ve que todos están orgullosos de su actitud; a menudo incluso llegan a decir, con la entonación de quien comprende las cosas, que de esto no se puede hablar. Entonces afectan un pequeño aire de superioridad.

Lo que más me gusta es estar solo; así nadie me estorba. Porque todos acaban diciendo lo mismo: «la cosa va bien» o «la cosa va mal». A uno le parece una cosa, a otro otra.

Encauzan siempre la conversación hacia lo que les interesa más personalmente. En otro tiempo yo vivía, seguramente, así; pero hoy no puedo

acostumbrarme a esto de ninguna forma.

Me hablan demasiado. Tienen preocupaciones, planes, deseos que no puedo experimentar como ellos. A veces me siento con alguien en la terraza de un café e intento hacerle comprender que lo esencial, en resumen, es poder estar sentados allí tranquilamente. Ellos, naturalmente, lo comprenden y lo reconocen, están de acuerdo conmigo; pero sólo con palabras, sólo con palabras, aquí está la diferencia. Lo sienten, pero sólo a medias; su otro yo está ocupado en otras cosas; están en cierto modo divididos; ninguno de ellos lo experimenta con todo su ser; ni yo mismo sé bien lo que pienso.

Cuando los veo allí, en sus habitaciones, en sus despachos, en sus ocupaciones, entonces todo me atrae irresistiblemente y quisiera hacer como ellos y olvidar la guerra. Pero al mismo tiempo todo me repugna. Es tan insignificante. ¿Cómo pueden llenar su vida? Habría que aplastarlo todo. ¿Cómo puede existir eso mientras allí abajo la metralla vuela zumbando por encima de los embudos, suben los cohetes luminosos, se llevan a los heridos en las lonas de las tiendas y los camaradas se agachan en las trincheras? Son otra clase de hombres los de aquí, una clase de hombres que no comprendo del todo, que envidia y desprecio. A pesar de todo pienso en Kat, en Albert, en Müller, en Tjaden... ¿Qué estarán haciendo? Quizás están sentados en la cantina. ¿O nadando? Pronto deberán regresar a primera línea.

En mi habitación, detrás de la mesa, hay un sillón de cuero oscuro. Me siento en él.

En las paredes, clavados con chinchetas, hay muchos grabados que yo había sacado de las revistas ilustradas. También hay, en medio de ellos, postales y dibujos que me habían gustado. En la esquina una pequeña estufa de hierro. En la pared de enfrente las estanterías con mis libros.

En esta habitación he vivido yo antes de ser soldado. He ido comprando los libros poco a poco, con el dinero que ganaba dando lecciones. Muchos de ellos los he adquirido en librerías de viejo —todos los clásicos, por ejemplo— cada volumen costaba un marco y veinte pfennings encuadernado en tela azul. Los he comprado—completos, porque era muy meticuloso; no tenía confianza en las ediciones de «obras escogidas», dudaba de si habrían escogido lo mejor. Por esto he comprado siempre «obras completas». Los he leído con interés pero, la mayor parte, no me satisficieron. Por esta razón fui inclinándome hacia los otros libros, los modernos, que, naturalmente, eran mucho más caros. Algunos me los procuré no muy honradamente. Me los habían dejado y no los devolví porque no quería privarme de ellos.

Una de las estanterías está llena de libros de texto. Los trataba con poco cariño y han sido muy trabajados. Tienen páginas arrancadas; ya se sabe para qué. Debajo hay cuadernos, paquetes y cartas empaquetados, dibujos y

ensayos.

Querría sumergirme en mis pensamientos de aquel tiempo. Un tiempo que está todavía encerrado en esta habitación —me doy cuenta en seguida—; que estas paredes han conservado. Mis manos reposan en el respaldo del sillón; ahora me pongo más cómodo y levanto, también, las piernas; así permanezco confortablemente sentado, en el rincón, entre los brazos de la butaca. La ventana abierta me muestra la imagen familiar de la calle con la alta torre de la iglesia al fondo. Hay algunas flores sobre la mesa. Portaplumas, lápices, una concha que me servía de pisapapeles, el tintero... Nada ha cambiado aquí.

Así permanecerá todo, si tengo suerte, cuando la guerra termine y yo regrese para siempre. Me sentaré igual que ahora, contemplando mi habitación y aguardando.

Estoy inquieto; pero no quisiera estarlo porque no hay motivo. Quiero sentir de nuevo esta atracción íntima y, tranquila, esta sensación de un deseo fuerte e indefinible, como antes, cuando me ponía delante de mis libros. La brisa de deseos que se levantaba entonces de los lomos multicolores ha de envolverme de nuevo; ha de fundir este pesado bloque de plomo que llevo en alguna parte como un peso muerto y despertar, de nuevo, en mi ser, aquella impaciencia por el porvenir, aquella alegría alada que sentía en el mundo de los pensamientos. Quiero que me restituya el perdido interés de mi juventud.

Estoy sentado y espero.

Se me ocurre que he de visitar a la madre de Kemmerich. También podría ver a Mittelstaedt que debe estar en el cuartel. Miro por la ventana. Más allá de la soleada calle surge una cordillera de tonos ligeros y difusos que se transforma en un claro día otoñal... Estoy sentado cerca del fuego y, con Kat y Albert, comemos patatas que hemos cocido en los rescoldos.

Pero no quiero pensar en esto y aparto el recuerdo. Quiero que la habitación me hable, que me posea y me lleve, quiero sentir, aquí mi intimidad, quiero escuchar su voz para saber, cuando vuelva al frente, que la guerra es ahogada por la dulce ola del regreso; entonces ya ha pasado; ya no nos carcome; no tiene más poder sobre nosotros que el puramente exterior.

Los lomos de los libros se alinean el uno al lado del otro. Los reconozco todavía y recuerdo cómo los ordené. Les imploro con la mirada: «Habladme, acogedme; acógeme tú, vida mía de antaño; tú, vida despreocupada y bella, vuelve a poseerme...»

Espero, espero.

Pasan imágenes delante de mí; no me llenan, son tan sólo sombras y recuerdos.

Nada..., nada...

Aumenta mi inquietud.

De pronto surge en mí un terrible sentimiento de extrañeza. No puedo encontrar el pasado. Me rechaza. Es inútil que implore y me esfuerce. Nada vibra. Indiferente y triste, seco como un réprobo mientras se me escapa el pasado. Al mismo tiempo temo conjurarlo con demasiada fuerza porque no sé lo que podría pasar. Soy un soldado y, sobre todo, he de atenerme a ello.

Me levanto cansado y miro por la ventana. Después cojo un libro y lo hojeo intentando leer algo. Lo dejo y tomo otro. Tiene pasajes subrayados. Busco, hojeo, cojo otros libros. Se van amontonando a mi lado. Tomo otros todavía... Hojas, cuadernos, cartas.

Permanezco aquí, mudo, delante de todo ello como ante un tribunal.

Descorazonado.

Palabras, palabras, palabras..., ya no me pertenecen.

Lentamente devuelvo los libros a su lugar.

Ya ha pasado, esto.

Salgo en silencio de mi habitación.

No renuncio todavía. Es verdad que no vuelvo a entrar en mi dormitorio, pero me consuelo pensando que algunos días no significan, ni mucho menos, un final definitivo. Después —más tarde— tendré años enteros para dedicarlos a esto. De momento me voy al cuartel a visitar a Mittelstaedt y nos sentamos en su habitación. Hay aquí una atmósfera que no me gusta pero a la que estoy acostumbrado.

Mittelstaedt me tiene preparada una noticia que me electriza enseguida. Me dice que Kantorek ha sido incorporado a filas con la última reserva.

—Imagínate —dice, mientras saca dos espléndidos cigarros— que salgo del hospital, llego aquí y me doy de narices con él. En cuanto me reconoce me alarga la pata y dice con su voz de ganso: «¡Hombre, Mittelstaedt! ¿Cómo le va?» Entonces yo me lo miro fijamente y le respondo: «Reservista Kantorek, el servicio es el servicio y el aguardiente es el aguardiente. Eso ya no tendría que decírtelo. Cuádrate cuando estés hablando con un superior.» Si hubieras visto la cara que puso. Una mezcla de pepinillos en vinagre y de granada sin estallar. Con timidez intentó, todavía, tratarme amistosamente. Yo le ladré con más fuerza. Entonces puso en juego su artillería de grueso calibre y me preguntó confidencialmente: «¿Quiere que le proporcione un examen extraordinario?» La rabia me hizo estallar. Quería recordarme... ¿entiendes? Pues bien, también yo le recordé algo: «Reservista Kantorek; hace dos años

que con tus sermones nos hiciste alistar en la Comandancia del distrito. Con nosotros venía José Behm que, realmente, se alistó a la fuerza. Cayó tres meses antes de la fecha en que le tocaba incorporarse. Sin ti hubiera esperado hasta entonces. ¡Y ahora, retírate! Ya volveremos a hablar de ello.» Me fue fácil conseguir que me agregaran a su compañía. Lo primero que hice fue llevármelo al almacén para que le dieran un hermoso equipo. Podrás verlo enseguida.

Bajamos al patio. La compañía está formada. Mittelstaedt ordena descanso y pasa revista.

Por fin diviso a Kantorek y he de morderme los labios para no estallar en carcajadas. Viste una especie de túnica con dobleces, de un azul desteñido. En la espalda y en los brazos lleva unos grandes remiendos de color más oscuro. Aquella guerrera tenía que haber pertenecido a un gigante. En cambio el pantalón, negro y deshilachado, es muy corto. Apenas le llega a la mitad de la pantorrilla. Los zapatos son extraordinariamente grandes, de una dureza de hierro, unas antiquísimas barcas con la punta curvada hacia arriba y abrochadas a los lados. Como compensación el casquete es demasiado pequeño, un harapo terriblemente sucio, una cosa roñosa y miserable. El aspecto del conjunto es lastimoso.

Mittelstaedt se para delante de él:

—Reservista Kantorek: ¿Esta es manera de limpiarse los zapatos? Me parece que no aprenderás nunca. Mediocre, Kantorek, insuficiente...

Interiormente grito de gozo. Así era como Kantorek hablaba a Mittelstaedt en la escuela. Con el mismo tono de voz: «Mediocre, Mittelstaedt, insuficiente...»

Mittelstaedt, mientras, continúa su crítica:

Mira a Boettcher. Es ejemplar. Tendrías que fijarte más en él.

Apenas puedo creerlo. También Boettcher está aquí, Boettcher, el portero de nuestra escuela. ¡Y él es el ejemplo! Kantorek parece querer devorarme con la mirada. Yo me río en sus narices, sin malicia, y contemplo su facha como si no le hubiera reconocido.

¡Qué aspecto de estúpido tiene vestido así! Y es esto lo que nos había llegado a infundir un miedo mortal cuando se sentaba en su cátedra y con el lápiz en la mano atacaba a alguien con los verbos irregulares franceses que, después, en Francia, no nos han servido de nada. Hace apenas dos años; y ahora el reservista Kantorek se ve bruscamente despojado de su prestigio, con las rodillas torcidas, con unos brazos como asas de olla, con las botas sucias y en una actitud ridícula; una caricatura de soldado. No puedo concordar en mi

interior esta visión de ahora con la amenazadora imagen sentada en la cátedra, y me gustaría, palabra, saber qué haría yo si algún día este alcornoque se atreviera a preguntarme a mí, un veterano, cosas como ésta: «Bäumer, conjugue el imperfecto del verbo "aller".»

Ahora, Mittelstaedt ordena algunos ejercicios de formación en guerrilla. A Kantorek, benévolamente, lo designa jefe de grupo.

Eso tiene su explicación particular. El jefe de grupo, en la formación de guerrilla, marcha siempre a veinte pasos por delante de los demás. Si se ordena, pues: «¡Media vuelta... Marchen!» la línea sólo debe cambiar de dirección; por el contrario, el jefe de grupo, que se encuentra, de pronto, veinte pasos más atrasado que el resto, debe correr como un caballo al galope para recuperar su posición al frente de los otros. En conjunto cuarenta pasos a la carrera. Y si, cuando apenas ha llegado, se vuelve a ordenar: «¡Media vuelta..., Marchen!», ha de volver a correr hacia el otro lado. De esta forma la línea da tan sólo, cómodamente, media vuelta y algunos pasos mientras el jefe se lanza de un lado a otro como una pelota. El conjunto forma parte de una de las recetas predilectas de Himmelstoss.

Kantorek no puede aspirar a otro tratamiento por parte de Mittelstaedt, ya que por su culpa éste no pudo pasar a un curso superior. En cuanto a Mittelstaedt, sería muy asno si no aprovechara esta magnífica oportunidad antes de volver al frente. Es posible que se muera algo más a gusto cuando la «mili» te ha proporcionado una ganga así.

Entretanto Kantorek salta de un lado a otro como un jabalí asustado. Al cabo de un rato, Mittelstaedt lo detiene y comienza entonces el importante ejercicio de: «Cuerpo a tierra». Andando sobre las rodillas y los codos, sosteniendo el fusil reglamentariamente, Kantorek pasa arrastrando su vistosa figura por la arena, delante mismo de nosotros. Jadea de lo lindo y su jadeo es como música en nuestros oídos.

Mittelstaedt lo anima, e intenta consolar al reservista Kantorek con citas del profesor Kantorek:

—Reservista Kantorek, tenemos la suerte de vivir una gran época; hemos de hacer, pues, un esfuerzo supremo y superar, unidos, lo que ella pueda tener de amargo.

Kantorek escupe un pedazo de madera sucia que se le había metido en la boca y suda.

Mittelstaedt se inclina sobre él y le amonesta con insistencia:

—Y es necesario, sobre todo, que las pequeñeces no nos hagan olvidar nunca el gran proceso histórico, reservista Kantorek.

Me extraña que Kantorek no suelte un estallido y reviente, especialmente ahora que sigue la hora de gimnasia y Mittelstaedt le imita magistralmente tirando de él por el fondillo de los pantalones, mientras hace contracciones en la barra fija, para ayudarle a poner la barbilla sobre la barra y mantener una posición de cuerpo convenientemente rígida. Estas operaciones va amenizándolas con sabios discursos, exactamente igual que Kantorek hacía con él.

Después distribuye los servicios del día.

—Kantorek y Boettcher, iréis a buscar el pan. Coged el carretón.

Unos minutos más tarde, la pareja marcha con la carreta. Kantorek, rabioso, va con la cabeza gacha.

El portero anda alegremente porque el trabajo es muy fácil.

La tahona está situada en el otro extremo de la ciudad. Ambos deben atravesar, tanto a la ida como a la vuelta, toda la población.

—Llevan ya algún tiempo haciendo esto —dice irónicamente Mittelstaedt—. Hay gente que espera, todos los días, para verlos pasar.

—Es magnífico —respondo yo—; ¿pero todavía no se ha quejado?

—Lo intentó. Nuestro comandante se rio mucho cuando oyó esta historia. No puede ver a los maestros de escuela. Por otro lado, cortejo a su hija.

—Te estropeará los exámenes.

—Me da igual —dice Mittelstaedt tranquilamente—. Además, su reclamación sólo ha servido para que yo pudiera demostrar que, la mayoría de las veces, hace tan sólo servicios ligeros.

—¿Por qué no le das de firme alguna vez?

—Lo encuentro demasiado infeliz —responde Mittelstaedt en un tono de magnánima superioridad.

¿Qué es un permiso? Un cambio que, después, todavía os hace más penoso el regreso. Ya se mezcla ahora, en todo, la angustia de la despedida. Mi madre me mira en silencio —cuenta los días, lo sé—; cada mañana está más triste. Un día menos, piensa. He escondido mi mochila; no quiero que pueda recordarle nada.

Las horas pasan aprisa cuando se medita. Me domino y acompaño a mi hermana que va al matadero a por unas libras de huesos. Es una concesión especial y ya desde primeras horas de la mañana la gente hace cola. Algunos se desmayan.

No tenemos suerte. Después de aguardar, relevándonos, tres horas

seguidas, la cola se deshace. Se han terminado los huesos.

Afortunadamente me dan, cada día, mi ración militar. De esta forma puedo llevar algo a casa y disponemos de una comida un poco más nutritiva.

Las jornadas son cada vez más penosas y los ojos de mi madre cada vez más tristes. Quedan todavía cuatro días. He de ir a visitar a la señora Kemmerich.

Esto es algo que no puede describirse. Esta mujer trémula que solloza y me sacude gritando: «¿Por qué vives tú, si él ha muerto?», que me inunda de lágrimas y exclama: «¡Por qué estáis allí abajo vosotros..., unos niños como vosotros!», que se deja caer sobre una silla y llora: «¿Lo has visto? ¿Has podido verle todavía? ¿Cómo murió?»

Le respondo que recibió una bala en el corazón y murió enseguida. Me mira dudando:

—Mientes. Lo sé mejor que tú. He sentido en mi carne el largo horror de la muerte. He oído sus gritos, por la noche he sufrido con su angustia... dime la verdad, quiero saberla, he de saberla.

—No —respondo—, yo estaba con él. Murió instantáneamente.

Me suplica en voz baja:

—Dímelo. Debes decírmelo. Yo sé que quieres consolarme, pero, ¿no te das cuenta de que me atormentas mucho más horriblemente que si me dijeras la verdad? No puedo soportar esta incertidumbre. Dime cómo murió por terrible que haya sido. Siempre será mejor de lo que yo imagino.

No se lo diré, aunque me hiciera picadillo. La compadezco pero, al mismo tiempo, la encuentro algo estúpida. Debería contentarse con lo que le digo. Kemmerich ha muerto, sepa o no sepa cómo fue. Cuando se han visto tantos cadáveres no se comprende que uno sólo despierte tanto dolor. Por esto le digo con impaciencia:

—Murió enseguida. Ni siquiera se dio cuenta. La cara le quedó muy natural, apenas si se notaba nada.

Calla. Después pregunta, lentamente:

—¿Puedes jurarlo?

—Sí.

—¿Por lo que te es más sagrado?

Dios mío, ¿qué es lo que todavía considero sagrado? Estas cosas cambian aprisa en nosotros.

—Sí, murió en el acto.

—¿Te conformas con no volver del frente si esto no es verdad?

—Que yo no regrese del frente si él no murió instantáneamente.

Estoy dispuesto a aceptar, todavía, lo que sea; pero ella parece que al fin me cree. Solloza y llora un buen rato. He de contarle punto por punto cómo fue e invento una historia que casi me creo yo mismo.

Cuando me voy, me besa y me regala un retrato de Kemmerich. Se ve con su uniforme de recluta, apoyado en una mesa redonda con patas de abedul sin descortezar. A su espalda hay un bosque pintado. Sobre la mesa un vaso de cerveza.

La última noche que paso en casa. Todo el mundo está taciturno. Me acuesto temprano, cojo la almohada y la aprieto contra mí, hundo en ella la cabeza. ¡Quién sabe si podré volver a dormir en almohadas de plumas!

Mi madre entra, ya muy tarde, en la habitación. Me cree dormido y yo lo aparento. Hablar, velar con ella me sería demasiado penoso.

Se está sentada allí casi hasta el amanecer a pesar de que sufre físicamente y, de vez en cuando, se encorva por el dolor. Por fin, ya no puedo aguantar, simulo que me despierto.

—Vete a dormir, mamá. Cogerás frío aquí.

—Luego tendré tiempo para dormir.

Me incorporo.

—No me voy al frente enseguida, mamá. Primero estaré cuatro semanas en el campamento de barracas. Desde allí vendré todavía algún domingo.

Calla. Luego me dice en voz baja:

—¿Tienes mucho miedo?

—No, mamá.

—Quiero decirte una cosa: ten cuidado con las mujeres francesas. Son malas...

¡Ah, madre! Para ti todavía soy un niño... ¿por qué no puedo apoyar la cabeza en tu falda y llorar? ¿Por qué siempre he de ser el más fuerte y el más sereno? Yo también quisiera, de vez en cuando, sollozar y ser consolado. En realidad no soy mucho más que un niño; en el armario está colgado todavía mi pantalón corto. ¡Hace tan poco tiempo de esto! ¿Por qué ha pasado ya?

Tan tranquilo como me es posible le digo:

—Donde estamos nosotros no hay mujeres, mamá.

—Sé prudente allí abajo, en el frente, Pablo.

¡Madre, por qué no te cojo entre mis brazos y morimos juntos! ¡Qué pobres desgraciados somos!

—Sí, mamá, lo haré.

—Cada día rezaré por ti, Pablo.

¡Ay, madre, madre! Levantémonos y huyamos, huyamos hacia el pasado, hasta que no hallemos nada de toda esta miseria. Hacia el pasado, hacia la época en que estábamos solos los dos, madre.

—Podrías conseguir un puesto de menos peligro.

—Sí, mamá, quizá me destinen a la cocina. Es muy posible.

—Acéptalo, ¿me oyes?, los demás que digan lo que quieran...

—No me preocupa eso, mamá.

Suspira. Su rostro es un suave resplandor en la oscuridad.

—Debes acostarte ahora, mamá.

No responde. Me levanto y le pongo mi manta sobre los hombros. Se apoya en mi brazo, vuelve a tener dolores. La llevo así hasta su habitación. Me quedo, todavía, un rato a su lado.

—Y ahora, mamá, has de ponerte muy buena para cuando yo vuelva.

—Sí, sí, hijo mío.

—No me enviéis nada de lo vuestro. Allá abajo tenemos comida suficiente. Aprovechadlo todo vosotros.

Qué poca cosa parece en su cama esta mujer que me ama más que a nada en el mundo. Cuando intento marcharme dice, precipitadamente:

—Me he podido procurar un par de calzoncillos. Son de buena lana. Te abrigarán. No te los olvides.

¡Ah, mamá! Yo sé lo que te han costado este par de calzoncillos; ir de un lado a otro, hacer colas, mendigar... ¡Madre, madre! ¿Cómo puede comprenderse que yo deba separarme de ti? ¿Quién tiene derecho sobre mí sino tú? Todavía estoy sentado cerca de ti y tú estás aquí acostada. ¡Deberíamos decirnos tantas cosas! Pero nunca podremos...

—Buenas noches, mamá.

—Buenas noches, hijo mío.

La habitación está a oscuras. Se escucha la respiración de mi madre. Y el tic tac del reloj. Fuera, el viento acaricia la ventana. Rumorean los castaños.

En el pasillo tropiezo con mi mochila que ya está preparada porque parto al amanecer.

Muerdo la almohada; aprieto convulsivamente las barras de hierro de la cama. No tenía que haber venido. En el frente me sentía indiferente y, a menudo, sin esperanzas. Nunca podré volver a sentirme así. Yo era un soldado; ahora no soy más que un sufrimiento; por mí, por mi madre, por todo esto, interminable y desconsolador.

No debí venir.

Capítulo 8

Reconozco, todavía, las barracas del campamento. Aquí es donde Himmelstoss educó a Tjaden. Pero no conozco apenas a nadie. Todos han cambiado como pasa siempre. Únicamente queda alguno de los que antes tan sólo veía de pasada.

Cumplo mecánicamente mi servicio. Por las noches voy casi siempre al Hogar del Soldado. Hay revistas que, sin embargo, no leo nunca. Y hay, también, un piano en el que me gusta tocar. Sirven dos mujeres, una de ellas joven.

El campamento está cerrado por una cerca de estacas y alambre de púas. Cuando regresamos tarde del Hogar del Soldado necesitamos un pase para entrar. Pero quien se entienda bien con el centinela puede pasar, naturalmente, sin el papel.

Cada día hacemos ejercicios tácticos de compañía en el arenal, entre matas de enebro y abedules. Es soportable cuando uno se resigna. Corremos hacia adelante, nos tiramos al suelo y, entonces, el aliento hace oscilar los tallos de hierba y las florecitas. La arena clara, vista de tan cerca, es pura como en un laboratorio, formada por miles y miles de minúsculos granitos. Se siente un extraño deseo de hundir la mano en ella.

Sin embargo, más hermosos son los bosquecillos con su cenefa de abedules. Cambian de color a cada instante. Ahora los troncos brillan con una esplendorosa blancura mientras, sedosa y alada, planea entre ellos, como pintada al pastel, la luz verdosa que tamiza el follaje. Un momento después todo es de un azul opalino que se platea en los límites del bosque y funde la antigua tonalidad verde; pero enseguida, cuando una nube pasa ante el sol,

todo oscurece hasta llegar casi al negro en el lugar cubierto por la sombra. Y esta sombra corre a través de los troncos como un fantasma y los hace palidecer, hasta que se aleja después por el arenal perdiéndose en el horizonte. Se yerguen de nuevo los abedules como solemnes estandartes, llevando en sus blancos troncos el incendio, oro y grana, del coloreado follaje.

Me abstraigo a menudo en este juego de luces delicadas y de sombras transparentes, hasta el punto que no oigo casi las voces de mando. Cuando uno se siente solo es cuando empieza a observar la naturaleza y a amarla. Aquí yo no tengo ninguna relación ni tampoco deseo, con los que me rodean, más trato que el usual. Apenas si nos conocemos, entre nosotros, para hacer algo más que charlar un poco y, por la noche, jugar alguna partida de cartas.

Al lado de las barracas hay el gran campamento de los rusos. Está, ciertamente, separado del nuestro por alambre espinoso; pero, sin embargo, los prisioneros consiguen pasar hacia nuestro lado.

Tienen un aspecto tímido y temeroso a pesar de que, la mayor parte, son altos y barbudos. Parecen unos humildes perros de San Bernardo a quienes alguien haya zurrado.

Se deslizan silenciosos por los alrededores de nuestras barracas y hurgan en los barriles de basura. ¡Es posible imaginar lo que encontrarán en ellos! Nuestra comida es ya escasa y mala. Nabos cortados en seis trozos y cocidos tan sólo en agua; pequeñas zanahorias llenas, todavía, de tierra. Las patatas picadas son ya un manjar exquisito y la suprema delicia es una sopa de arroz, muy clara, en la que, se supone, deben nadar unos pequeños pedazos de tendón de buey. Sin embargo, están cortados a trocitos tan menudos que no es posible encontrarlos. Naturalmente nos lo comemos todo. Si alguien, por casualidad, se siente tan opulento que no termina de rebañar el plato, hay diez más que esperan hacerlo con mucho gusto. Tan sólo los restos que la cuchara no puede coger caen, junto con el agua del fregadero, en los barriles de basura. También alguna vez pueden mezclarse pieles de zanahoria, unos pocos pedazos de pan enmohecidos y otras porquerías.

Esta agua insustancial, turbia y sucia es lo que buscan los prisioneros. La extraen ávidamente de los pútridos barriles y se la llevan bajo sus blusas.

Produce extrañeza ver de cerca a nuestros enemigos. Tienen unos rostros que os hacen pensar; caras de buenos campesinos con la frente ancha, amplia nariz, labios gruesos, grandes manos y cabello espeso. Habría que emplearlos en labrar, segar o recoger las manzanas. Tienen un aspecto todavía más bonachón que el de nuestros campesinos frisonos.

Entristece ver sus movimientos, su forma de mendigar un poco de comida. Todos están muy débiles porque reciben lo justo para no morir de hambre.

Nosotros mismos hace tiempo ya que no saciamos nuestro apetito.

Sufren de disentería y alguno de ellos, con mirada temerosa, os enseña a escondidas el paño de su camisa sucio de sangre. Tienen las espaldas y la cerviz inclinadas, las rodillas dobladas y os miran oblicuamente, de abajo a arriba, cuando os alargan la mano y con las pocas palabras que conocen mendigan..., mendigan con sus suaves y dulces voces de bajo que evocan las grandes estufas encendidas y las silenciosas estancias de su país.

Algunos los echan al suelo de una patada; sin embargo, son los menos. La mayor parte no les hace nada; pasan, sin mirarles, por delante de ellos. A veces, palabra, da rabia verlos tan miserables y es entonces cuando les dan algún puntapié. Si, al menos, no mirasen de esta manera. ¡Cuánta aflicción puede haber en aquellas dos pequeñas manchas que podríais tapar con vuestros pulgares; en los ojos!

Por la noche vienen a las barracas y tratan de comerciar. Cambian cuanto tienen por un poco de pan. A veces les va bien porque las botas que llevan son buenas y las nuestras malas. El cuero de las suyas, tan altas, es de una suavidad extraordinaria, verdadero cuero de Rusia. Los hijos de campesinos que hay entre nosotros y que reciben víveres de su casa, pueden adquirirlas. El precio de un par de botas es, poco más o menos, dos o tres panes de munición o un pan y un salchichón pequeño y reseco.

Sin embargo, hace ya tiempo que casi todos los rusos se han desprendido de lo que tenían. No llevan nada más que un miserable vestido e intentan cambiar pequeñas esculturas y diversos objetos que hacen con fragmentos de metralla y con pedazos de cobre de las anillas de obús. Por estas cosas, naturalmente, sacan muy poco, a pesar de que están hechas con mucho trabajo. Las cambian por unas rebanadas de pan. Nuestros campesinos son tozudos y diestros en el regateo. Sostienen el pedazo de pan o de salchicha bajo las mismas narices del ruso hasta que el deseo de comérselo le hace palidecer, pone los ojos en blanco y todo le da igual. Entonces ellos envuelven cuidadosamente su presa, sacan su gran cuchillo de bolsillo y, poco a poco, calmosamente, cortan para sí mismos un pedazo de pan de sus provisiones y, después de cada mordisco, roen como recompensa un pedazo de su salchichón seco. Es irritante verlos comer así; te entran ganas de golpear sus duras cabezas. Hay que decir, sin embargo, que apenas les conocemos.

Estoy muy a menudo de centinela con los rusos. En la oscuridad pueden verse sus figuras alargadas moviéndose como cigüeñas enfermas, como enormes pájaros. Se acercan al alambre y aprietan el rostro, oprimen con sus dedos la malla. A veces se colocan uno al lado de otro, en largas hileras, respirando la brisa que les llega de los bosques y del brezal.

No suelen hablar y si lo hacen dicen pocas cosas. Son más humanos y, casi

diría, más fraternales entre ellos que nosotros. Pero esto quizá provenga tan sólo de que se sienten desgraciados. No obstante la guerra ha terminado para ellos; aunque es preciso reconocer que esperar tan sólo la disentería no es una vida agradable.

Los viejos reservistas que los vigilan cuentan que antes estaban mucho más animados. Tenían, como suele ocurrir siempre, relaciones sexuales entre ellos y, a menudo, se enzarzaban en peleas a puñetazos o a cuchilladas. Ahora están ya embotados e indiferentes. La mayoría ni siquiera se masturba de tan débiles como se encuentran; antes la cosa llegaba a alcanzar tales proporciones que lo hacían, a un tiempo, todos los hombres de un barracón.

Permanecen de pie, contra la alambrada. De vez en cuando uno de ellos oscila y desaparece inmediatamente, otro ocupa su lugar en la hilera. La mayoría no hablan. Algunos tan sólo os piden la colilla.

Contemplo sus oscuras siluetas. Sus barbas ondean con la brisa. No sé de ellos nada excepto que son prisioneros y, precisamente, esto es lo que me conmueve. Su vida es anónima e inocente... Si supiera algo más de ellos, cómo se llaman, cómo viven, cuáles son sus anhelos, qué es lo que les mueve, mi emoción tendría un objeto y podría convertirse en compasión. Ahora, sin embargo, detrás de ellos no veo sino el dolor de la criatura, la terrible melancolía de la existencia y la falta de misericordia en los hombres.

Una orden ha convertido a estas sombras tranquilas en enemigos nuestros; otra orden podría convertirles en nuestros amigos. En una mesa cualquiera, unos caballeros que nadie de nosotros conoce firman un escrito y he aquí que, desde aquel momento, por largo tiempo, nuestra suprema obligación consiste en hacer aquello que, en tiempo normal, es abominado por todo el mundo y castigado con la última pena. ¡Quién sería capaz de hacer, todavía, distinciones viendo a estos hombres tranquilos, con sus caras de niño y sus barbas de apóstol! Cada cabo es para los reclutas y cada profesor para los alumnos un enemigo peor que estos hombres para nosotros. Y, no obstante, volveríamos a disparar contra ellos y ellos contra nosotros, si estuvieran libres.

Me aterro; no debo adentrarme en estos pensamientos. Esta senda conduce al abismo. Todavía no ha llegado la hora. Pero no quiero perder esta idea, quiero conservarla, quiero esconderla cuidadosamente hasta que la guerra termine. Mi corazón late con fuerza; ¿será éste mi propósito, aquella finalidad definitiva, la única en la que pensaba en la trinchera, aquella que yo buscaba como mi razón para vivir después de esta gran catástrofe de toda la humanidad? ¿Será ésta la labor que justifique mi vida futura, la misión digna de estos años de horror?

Saco mis cigarrillos, los parto por la mitad y los reparto entre los rusos. Se inclinan y los encienden. Ahora en sus caras brillan unos puntitos rojos. Me

consuelan: parecen ventanitas de alguna alquería en la oscuridad, indicando que en su interior existe un acogedor refugio.

Pasan los días. Una mañana neblinosa entierran a otro ruso; ahora, casi cada día mueren algunos. Precisamente estoy de centinela cuando los sepultan. Los prisioneros cantan un himno religioso; lo cantan a varias voces y resuena, sin embargo, muy débilmente, como si apenas fueran voces, como un órgano lejano, allí, en el brezal. Las exequias son breves.

Por la noche vuelven a alinearse en la alambrada y respiran la brisa de los bosques de abedules. Las estrellas son frías. Ahora conozco ya a algunos que hablan bastante bien el alemán. Uno de ellos es músico y me cuenta que había actuado como violinista en Berlín. Cuando le digo que yo tecleo un poco el piano va a por su violín y se pone a tocar. Los demás se sientan y apoyan su espalda en la alambrada. El permanece de pie, tocando; a veces adquiere aquella expresión de irrealidad que tienen los violinistas cuando cierran los ojos; después balancea, de nuevo, su instrumento al compás de la música y me sonrío.

Debe tocar canciones populares porque los otros compañeros le acompañan tarareando. Son como una oscura cordillera que resonase por debajo de la tierra. Y la voz del violín se levanta por encima de ella como una esbelta adolescente, clara y solitaria. Las voces callan y queda tan sólo el instrumento —tiene un sonido delgado y débil, en la noche; diríase que tiembla; hemos de acercarnos para oírlo; mejor estaríamos en una sala—; aquí, al aire libre, entristece escuchar esta voz que vaga solitaria.

No me conceden permiso ningún domingo porque hace poco que he tenido una licencia larga. Por esta razón, el domingo anterior a mi partida vienen a verme mi padre y mi hermana mayor. Pasamos el día en el Hogar del Soldado. ¿Dónde podíamos ir, si no quería llevarles a los barracones? Al mediodía vamos a pasear por el campo.

Las horas transcurren tristemente. No sabemos de qué hablar. Por fin lo hacemos de la enfermedad de mi madre. Ya se ha confirmado que tiene cáncer. Está en el hospital y la operarán muy pronto. Los médicos confían en que sanará, pero nosotros no conocemos todavía ningún caso de curación de cáncer.

—¿Dónde está? —pregunto.

—En el hospital de Santa Lucía —dice mi padre.

—¿En qué clase?

—En tercera. No sabemos lo que costará la operación. Ella misma quiso que la pusiéramos en tercera clase. Dijo que así podría distraerse un poco

más... y es más barata.

—Así está en una sala común. ¡Con tal de que pueda dormir por las noches!

Mi padre asiente con la cabeza. Tiene un rostro fofo y lleno de arrugas. Mi madre ha estado enferma muy a menudo y aunque, en realidad, sólo ha ido al hospital cuando se ha visto obligada, de todas maneras ha costado mucho dinero y, por esta razón, la vida de mi padre ha sido muy sacrificada.

—Si por lo menos supiéramos lo que costará la operación —dice él.

—¿No lo habéis preguntado?

—Directamente, no. No puede hacerse... Si resulta que el médico se molesta no es conveniente, ¿sabes?; verás, al fin y al cabo son ellos los que operarán a tu madre.

—Sí —pienso amargamente—, somos así nosotros, los pobres. Nunca nos atrevemos a preguntar el precio a pesar de que nos preocupe terriblemente. En cambio, los otros, los que no precisan saberlo, encuentran muy natural fijar por adelantado el precio de la operación. Y con ellos el médico no se molesta nunca.

—Las vendas, además, también son muy caras —dice mi padre.

—¿La casa de socorro no contribuye en nada? —pregunto.

—Hace demasiado tiempo que tu madre está enferma.

—¿Y vosotros tenéis algo?

Mueve la cabeza.

—No. Pero puedo volver a hacer horas extras.

Sí, ya lo sé; permanecerá hasta medianoche en su mesa, doblando, pegando y cortando. A las ocho de la tarde comerá alguna de esas cosas sin ninguna sustancia que se obtienen a cambio de los bonos de racionamiento. Después tomará unos polvos contra el dolor de cabeza y... vuelta a empezar.

Para distraerle un poco, le cuento algunas anécdotas que se me ocurren. Chistes de soldado y cosas por el estilo, que se refieren a generales o sargentos mayores que, de una forma u otra, han quedado en ridículo.

Después les acompaño a la estación. Me dan un bote de mermelada y un paquete de buñuelos de patata que mi madre todavía tuvo tiempo de cocinar para mí.

El tren parte y regreso al campamento.

Por la noche extiendo un poco de mermelada sobre algunos buñuelos e

intento comérmelos. No me gustan. Entonces salgo para dárselos a los rusos. Pienso, sin embargo, que los ha hecho mi misma madre y que, quizá, tenía dolores mientras estaba frente al fogón. Coloco el paquete dentro de la mochila y tomo dos, tan sólo, para darlos a los rusos.

Capítulo 9

Viajamos algunos días en el tren. Aparecen en el cielo los primeros aviones. Pasan convoyes de transporte. Cañones, cañones. Nos recibe el ferrocarril de campaña. Busco mi regimiento, nadie sabe, con exactitud, dónde se encuentra. Pernocto en cualquier lugar; por la mañana me proporcionan víveres y algunas vagas instrucciones. Cojo la mochila y el fusil y me pongo de nuevo en camino.

Cuando llego al pueblecito, que está destruido, ya no queda nadie. Me dicen que nos han organizado como división volante destinada a correr por todas partes donde huela a cuerno quemado. No me hace ninguna gracia esto. Me cuentan que hemos sufrido muchas bajas. Pregunto por Kat y Albert. Nadie sabe nada.

Sigo buscando, voy de un lado a otro con una inquietud extraña. He de acampar todavía dos noches como un piel roja. Por fin obtengo noticias concretas y, por la tarde, puedo presentarme en la oficina de la compañía.

El sargento mayor me retiene. La compañía llegará dentro de dos días; no es preciso mandarme al frente.

—¿Qué tal el permiso? —me pregunta—. Espléndido, ¿no?

—Así, así —respondo.

—Sí... —suspira—, si no se tuviera que volver... Eso es lo que amarga la segunda mitad.

Ganduleo por allí hasta la mañana que llega la compañía. Gris, sucia, malhumorada, mustia. De un salto me meto entre las filas y busco ávidamente... Allí está Tjaden y aquí Müller que se está sonando. Encuentro también a Kat y Kropp. Disponemos nuestras colchonetas una al lado de otra. Me siento culpable al mirarles y, sin embargo, no hay motivo. Antes de acostarme saco el resto de los buñuelos y la mermelada para que también ellos los prueben.

Los dos buñuelos de los extremos se han enmohecido un poco, pero todavía pueden comerse. Los reservo para mí y doy los más frescos a Kat y Albert.

Kat come y pregunta:

—¿Los ha hecho tu madre?

Hago un gesto afirmativo.

—Se conoce en el sabor.

Tengo ganas de llorar. No me reconozco a mí mismo. Pero ahora todo irá mejor; vuelvo a estar con Kat, Albert y los demás. Me encuentro en mi ambiente.

—Has estado de suerte —murmura Kropp adormeciéndose—. Se dice que nos mandan a Rusia.

¡A Rusia! Allí ya no hay guerra.

En la lejanía retumba el frente. Tiemblan las paredes de las barracas.

Nos mandan hacer una rigurosa limpieza. Las órdenes se suceden. Nos pasan revista una vez tras otra. Lo que está roto lo cambian por equipo en buen estado. En todo esto yo puedo pescar una irreprochable guerrera nueva y Kat, naturalmente, un equipo completo. Corre la voz de que se acerca la paz, pero la otra versión es más aceptable, seguramente nos mandan a Rusia. Sin embargo, ¿para qué necesitamos en Rusia un uniforme en buen estado? Por fin todo queda aclarado: el Káiser viene a pasar revista. Ahora se explican todos estos preparativos.

Ocho días trabajando sin parar, esto parece un cuartel de reclutas con tanto ejercicio y tanta limpieza. Todos estamos enfadados y nerviosos; una limpieza tan exagerada ya no es para nosotros y el paso de desfile todavía menos. Precisamente estas cosas son las que nos ponen furiosos cuando estamos en las trincheras.

Por fin llega el momento. Nos cuadramos, rígidos, y aparece el Káiser. Sentimos curiosidad por ver su aspecto. Pasa por delante de nosotros, andando a lo largo de las hileras y, a decir verdad, me decepciona un poco; por las fotografías me lo había imaginado más alto, más vigoroso y, sobre todo, con una voz de trueno.

Reparte cruces de hierro y habla con algunos. Después nos retiramos.

Al cabo de un rato lo comentamos entre nosotros. Tjaden dice asombrado:

—¿Así, éste es el que manda más que nadie? ¿Delante de éste se han de cuadrar todos, absolutamente todos?

Medita.

—¿Hindenburg también ha de cuadrarse delante de él? ¿Qué os parece?

—Naturalmente —contesta Kat.

Tjaden todavía no está satisfecho. Piensa un rato y pregunta:

—¿Y un rey? ¿También un rey debe cuadrarse delante de un emperador?

Nadie lo sabe a ciencia cierta, pero parece que no. Ambos están en un plano tan elevado que ya no debe regir esto de cuadrarse.

—¡Qué cosas se te ocurren! —dice Kat—. Lo esencial, para ti, es que tú sí debes cuadrarte.

Sin embargo Tjaden está completamente fascinado. Su imaginación, tan pequeña normalmente, trabaja ahora a todo gas.

—¿Sabéis? —declara—, no puedo comprender que un káiser tenga que ir al retrete igual que yo.

—Pues ya puedes jurarlo —dice Kropp riendo.

—Muchacho, tres locos y tú sumaríais siete locos —añade Kat—. Tienes piojos en el cerebro Tjaden. Si quieres un consejo, vete a dar una vuelta por las letrinas a ver si se te aclaran las ideas y no hablas como un niño de teta.

Tjaden desaparece.

—Me gustaría saber una cosa —dice Albert—. ¿Hubiera estallado la guerra si el Káiser se hubiera negado?

—Seguro —afirmo—. Todos dicen que él no la deseaba.

—Bien; si se hubiera negado él tan sólo quizá sí. Pero si lo hubieran hecho veinte o treinta personas en el mundo...

—Es muy probable que no —concedo—, pero precisamente estas personas son las que la han querido.

—Es curioso pensar en esto —sigue Kropp—; nosotros estamos aquí para defender nuestra patria. Pero también los franceses defienden la suya. Entonces, ¿quién tiene razón?

—Quizá los unos y los otros —murmuro sin convicción.

—Correcto —dice Albert y leo en su cara que quiere meterme en un callejón sin salida—, pero nuestros profesores, nuestros pastores y nuestros periódicos dicen que sólo tenemos razón nosotros y quiero creerlo; sin embargo, los profesores, los pastores y los periódicos franceses pretenden tener razón tan sólo ellos. ¿Cómo te lo explicas?

—No lo sé —digo yo—. Sea como sea, estamos en guerra y, cada mes, entran en ella nuevos países.

Vuelve Tjaden. Está todavía muy exaltado y se mete, de nuevo, en la conversación. Ahora quiere saber cómo se produce una guerra.

—Generalmente porque un país ofende gravemente a otro —responde Albert con cierto tonillo de superioridad.

Pero Tjaden permanece impasible.

—¿Un país? No lo comprendo. Una montaña alemana no puede ofender a una montaña de Francia. Ni un río, ni un bosque, ni un campo de trigo...

—¿Eres tonto o lo aparentas? —gruñe Kropp—. No he querido decir esto. Un pueblo ofende a otro...

—Siendo así, yo no tengo nada que hacer aquí —replica Tjaden—; no me siento ofendido en absoluto.

—¡A ti van a darte explicaciones, si te parece! —dice Albert enfurecido—; ¿no te das cuenta de que eres media mierda que no pinta nada?

—¡Pues me marchó a casa enseguida! —insiste Tjaden ante la hilaridad de todos.

—Pero, ¡pedazo de idiota! Se trata del pueblo en conjunto, es decir, del Estado... —grita Müller.

—El Estado, el Estado... —dice Tjaden haciendo sonar los dedos con malicia—. Guardia civil, policía, contribuciones, he aquí a vuestro Estado. Si eso es lo que interesa, paga tú el pato.

—De acuerdo —le apoya Kat—. Es la primera vez que has dicho algo razonable, Tjaden. Entre el Estado y la patria hay algunas diferencias.

—Pero se corresponden mutuamente. No existe una patria sin Estado.

—Está bien; sin embargo, piensa que la mayoría de nosotros somos gentes sencillas. Y, en Francia casi todos los hombres son, también, obreros, peones o pequeños empleados. ¿Cómo puede querer atacarnos un zapatero o un cerrajero francés? No, tan sólo es el Gobierno. Yo no había visto ningún francés antes de venir y a la mayoría de franceses les debe pasar lo mismo con nosotros. Tampoco les han preguntado a ellos.

—Entonces, ¿por qué hay guerra? —pregunta Tjaden.

Kat se encoge de hombros.

—Alguien debe sacar tajada.

—Este no soy yo, palabra —dice Tjaden irónico.

—Ni tú ni ninguno de nosotros.

—¿Quién, entonces? —insiste Tjaden—. El Káiser tampoco saca de ella ningún provecho. Tiene ya todo lo que necesita.

—Yo no lo aseguraría —replicó Kat—. Hasta el momento no había tenido ninguna guerra. Y todo gran emperador necesita, por lo menos, una guerra. Si no, no se hace célebre. Verás, míralo en tus libros de clase.

Los generales también se hacen célebres en la guerra —dice Detering.

—Aún más que los emperadores —continúa Kat.

—Seguro que también hay, detrás de ellos, otros que piensan hacerse ricos a costa de la guerra —gruñe Detering.

—Yo creo, más bien, que es una especie de fiebre —dice Albert—. Nadie la quiere en realidad y, de pronto, se presenta. Nosotros no la hemos querido, los otros dicen que tampoco... y, con todo, medio mundo está en danza.

—Sin embargo, ellos mienten más que nosotros —respondo yo—; acordaos, si no, de aquellas hojas que cogimos a unos prisioneros y en las que decían que nos comíamos a los niños belgas. Los estúpidos que escriben estas cosas deberían ser colgados. Ellos son los verdaderos culpables.

Müller se levanta.

—No obstante, es mejor que la guerra se haga aquí y no en Alemania. Mirad estos campos llenos de embudos...

—Eso es verdad —confiesa el mismo Tjaden—; pero todavía sería mejor que no la hubiera en ningún sitio.

Y se aleja muy orgulloso porque nos ha dado una lección, a nosotros que somos estudiantes. Su opinión es realmente típica de estas latitudes; topamos con ella a menudo y no podemos replicar nada porque excluye la noción de las conexiones entre las cosas. El sentimiento nacional del simple soldado consiste en encontrarse aquí, y basta. No quiere oír hablar de nada más. El resto lo juzga desde un punto de vista práctico y según su mentalidad.

Albert se tumba, malhumorado, en la hierba.

—Es preferible no hablar de todo este enredo.

—Tampoco vamos a sacar nada en limpio —confirma Kat.

Para terminarlo de arreglar nos hacen devolver casi todas las piezas nuevas que nos habían dado y nos endosan de nuevo nuestros andrajos. Aquello era tan sólo para la parada.

En lugar de ir hacia Rusia, volvemos al frente. Por el camino atravesamos un bosque lamentable, de árboles astillados y con la tierra reventada. En algunos lugares se abren unos espantosos agujeros.

—¡Dios! Han zumbado fuerte aquí —digo a Kat.

—Lanzaminas —responde, indicándome que mire hacia arriba.

De los árboles cuelgan cadáveres. Un soldado desnudo está suspendido en la horquilla de dos ramas. Lleva, todavía, puesto el casco, pero ninguna ropa cubre su cuerpo. En realidad tan sólo una mitad está allí arriba, el busto; le faltan las piernas.

—¿Cómo ha sido esto? —pregunto.

—Sí, mira, que le han desenfundado de una explosión —gruñe Tjaden.

Kat dice:

—Es curioso; ya lo hemos observado otras veces. Cuando una mina te coge de lleno, sales disparado del vestido. Debe ser la presión del aire.

Sigo mirando. Realmente es así. Allá abajo hay tan sólo colgajos de uniforme. En otro lugar está enganchada una pasta sanguinolenta que antes eran miembros humanos. Hay un cuerpo tendido en el suelo que lleva, por todo vestido, un trozo de calzoncillos en una pierna y el cuello de la guerrera. Por lo demás, va desnudo; el uniforme cuelga de un árbol. Le faltan los dos brazos, como si se los hubieran destornillado. Uno de ellos se halla a más de veinte metros, entre unas matas. El cadáver está boca abajo. En los lugares de las heridas que han dejado los brazos arrancados, la tierra está oscurecida por la sangre. Bajo sus pies la hierba aparece aplastada y trinchada, como si el hombre hubiera, todavía, pataleado.

—No son bromas, Kat —digo yo.

—Tampoco lo es un pedazo de metralla en pleno vientre —responde encogiéndose de hombros.

—No os pongáis tiernos —protesta Tjaden.

Todo esto debe ser reciente; la sangre está fresca todavía. Como sea que vemos tan sólo cadáveres no nos detenemos, ya avisaremos a la primera ambulancia. Al fin y al cabo nuestro trabajo no consiste en hacerles la tarea a esas bestias de carga.

Ha de salir una patrulla para constatar hasta qué punto están ocupadas, todavía, las posiciones enemigas. A causa de mi permiso experimento frente a los otros un sentimiento muy especial y, por esto, me ofrezco voluntario. Concertamos el plan, nos deslizamos a través de la alambrada y nos separamos para arrastrarnos cada uno por su lado. Al cabo de un rato encuentro un embudo poco profundo y me dejo resbalar dentro. Desde aquí observo los alrededores.

El terreno está batido por un moderado fuego de ametralladoras. Toda la

zona está regada por las balas; no muy densamente, pero, sin embargo, lo suficiente para no permitirme levantar demasiado los huesos de este agujero.

Un cohete luminoso despliega en el aire su paracaídas. El terreno parece cuajarse bajo una claridad lívida. Después, la oscuridad se le cierra encima, mucho más tenebrosa que antes. En la trinchera han dicho que había negros aquí delante. Es desagradable. No se les puede ver bien y, además, son muy diestros para patrullar. En cambio, cosa rara, a menudo son, también, muy imprudentes; tanto Kat como Kropp tumbaron, una vez cada uno, toda una contrapatrulla porque los negros, en su pasión por los cigarrillos, marchaban fumando. Kat y Albert no tuvieron más que tomar como referencia los puntitos brillantes de los cigarrillos.

Cerca de mí zumba una pequeña granada. No la he oído venir y tengo un sobresalto. Al mismo tiempo se apodera de mí un terror loco. Estoy aquí solo y casi desvalido en la oscuridad... quizás hace rato que, desde otro embudo, unos ojos me están observando y una granada de mano está dispuesta a ser lanzada para destrozarme. Intento dominarme. No es la primera patrulla que hago ni tampoco es particularmente peligrosa. Pero es la primera vez después del permiso y, por otra parte, no conozco el terreno.

Procuro convencerme de que mi emoción es estúpida, que, de seguro, no hay nadie espiándome en la oscuridad, si fuera así no podrían hacer un fuego tan rasante.

En vano. Mil pensamientos asaltan mi cabeza, en confuso tropel; siento la exhortadora voz de mi madre; veo a los rusos, con sus barbas flotantes al viento, apoyados en la alambrada; se presenta delante de mí la agradable visión de una cantina con sus mesas, de un cine en Valenciennes; en mi imaginación angustiada, veo la horrible boca gris de un fusil implacable que me persigue silenciosamente, amenazándome cuando intento mover la cabeza. Sudo por todos los poros de mi cuerpo.

Permanezco en el agujero. Miro la hora; han transcurrido muy pocos minutos. Tengo la frente húmeda; los ojos mojados; me tiemblan las manos y jadeo en voz baja. No es más que un terrible acceso de miedo, un simple y vulgar terror canino de sacar fuera la cabeza y avanzar.

Mi ansiedad, desbordada como una pasta clara, se concreta en mi deseo de permanecer aquí. Mis miembros se han incrustado en la tierra; hago una tentativa vana... no quieren ceder. Me aprieto contra el suelo; no puedo avanzar; resuelvo quedarme.

Pero me inunda enseguida una ola renovadora, una ola de vergüenza, de arrepentimiento y de entereza. Me levanto un poco para observar. Me escuecen los ojos de tan fijamente como miro la oscuridad. Se eleva un cohete

luminoso y vuelvo a agazaparme.

Sostengo una lucha insensata y turbia contra mí mismo, quiero salir de mi agujero y, a pesar de todo, me precipito en él. Me digo: «Debes hacerlo; por tus camaradas; no es una misión muy arriesgada». Pero añado enseguida: «Y a mí qué me importa. Tengo sólo una vida que perder...» «Todo es a causa de este permiso», pienso, con amargura, para excusarme. Pero ni yo mismo lo creo; me siento desfallecer; me incorporo poco a poco, me levanto, saco los brazos, me apoyo en ellos, izo mi cuerpo y quedo, la mitad fuera y la otra dentro, tendido en el borde del embudo. Pero siento unos rumores y vuelvo a deslizarme dentro. A pesar del ruido de la artillería pueden oírse unos murmullos sospechosos. Escucho; los rumores están a mi espalda. Es nuestra gente que pasa por la trinchera. Ahora oigo también voces ahogadas. Por el tono de una de ellas diríase que es Kat quien habla.

De pronto me invade un calor extraordinario. Estas voces, estas pocas palabras murmuradas a mi espalda, estos pasos en la trinchera que está detrás de mí, me arrancan del angustioso aislamiento, del terror a la muerte en el que iba, casi, a abandonarme. Son mucho más que mi vida, estas voces; son mucho más que el amor de una madre y que el miedo; son lo más fuerte y lo más eficaz para protegeros que existe en el mundo; son las voces de los camaradas.

No soy ya un poco de vida, temblorosa, sola en las tinieblas..., les pertenezco y ellos me pertenecen; todos tenemos la misma vida; estamos unidos de una forma simple y profunda. Querría sumergir el rostro, apretarme contra estas voces que me han salvado y que me sostendrán.

Cautelosamente me deslizo fuera del embudo y me arrastro hacia adelante. Después avanzo gateando, con el rostro a ras de suelo. Todo va bien. Miro de reojo a mi alrededor, para orientarme; me fijo en los fogonazos de la artillería con el fin de encontrar el camino de regreso. Después intento ponerme en contacto con el resto de la patrulla.

El miedo subsiste, pero es un miedo razonable, una precaución extremada. La noche es ventosa y las sombras bailan, aquí y allá, con los fogonazos de la artillería. Es por esto que veo demasiado y demasiado poco al mismo tiempo. A menudo, el terror me paraliza, pero no sucede nada. De esta manera avanzo bastante y vuelvo atrás trazando un semicírculo. No he encontrado a los demás. Cada metro que me acerco a nuestras trincheras me infunde más aplomo; avanzo, ahora, muy deprisa, pues tendría poca gracia que me hiriera una bala perdida.

Me acomete un nuevo temor. No encuentro con exactitud la dirección. Silenciosamente me agazapo en un embudo e intento orientarme. Ha sucedido más de una vez que alguien ha saltado alegremente en una trinchera y no se ha percatado de que era enemiga hasta que ha sido demasiado tarde.

Al cabo de un rato vuelvo a aguzar el oído. No encuentro el camino. La maraña de embudos me parece ahora tan indescifrable que, en mi turbación, no sé hacia dónde avanzar.

Quizá me arrastro paralelamente a las trincheras y entonces eso puede durar indefinidamente. Es por esta razón que doy, de nuevo, una vuelta.

¡Estos malditos cohetes! Parece que tarden una hora en apagarse; no se puede hacer ningún movimiento sin que una bala silbe a tu alrededor.

Sin embargo, no hay más remedio, he de salir. Deteniéndome de vez en cuando, avanzo penosamente rastreando como un cangrejo y me corto las manos con los fragmentos dentados de metralla, más afilados que cuchillas de afeitar. A veces tengo la impresión de que el cielo se aclara un poco en el horizonte; pero esto puede ser, también, una ilusión.

Poco a poco voy dándome cuenta de que mi vida depende de los movimientos que haga.

Estalla una granada. En seguida dos más. Empieza la danza. Una lluvia de fuego. Las ametralladoras crepitan. De momento no puedo hacer más que quedarme aquí. Al parecer los otros preparan un ataque. Se elevan de todas partes cohetes luminosos. Sin parar.

Estoy encogido en el interior de un gran embudo. Con agua hasta el vientre. Cuando el ataque haya comenzado, me hundiré tanto como pueda en el agua fangosa, procurando no ahogarme. Fingiré estar muerto.

Súbitamente me doy cuenta de que el fuego se acorta. Me dejo resbalar hacia el interior del charco con el casco en el codo y el rostro levantado, lo justo para permitirme respirar.

Permanezco inmóvil pues empieza a aproximarse un tintineo y escucho unos pasos pesados, cada vez más cerca. Todos mis nervios se contraen como helados. El rumor pasa sobre mi cabeza, la primera oleada de asaltantes se aleja. No he tenido más que un pensamiento desgarrador: «¿Qué hacer si alguien salta dentro del agujero?» Ahora desenfundo el puñal, lo aprieto con fuerza y lo hundo, sin soltarlo, en el lodo. «Si alguien salta dentro lo apuñalaré enseguida —este pensamiento me martillea la cabeza— le atravesaré la garganta para que no pueda chillar; no hay más remedio. Estará tan asustado como yo y el mismo terror nos abalanzará el uno sobre el otro; es preciso que yo sea el primero.»

Ahora disparan nuestras baterías. Los obuses estallan a mi alrededor. Esto me enfurece hasta la locura; sólo faltaría que me mataran mis propios compañeros; maldigo y rechino de dientes dentro del lodo; es una explosión de rabia; finalmente no puedo hacer nada sino gemir e implorar.

Las detonaciones retumban en mis oídos. Si los nuestros contraatacan estoy salvado. Aprieto la cabeza, contra el suelo y escucho un sordo rumor, como explosiones de minas lejanas; luego la levanto un poco y oigo el ruido que me llega de arriba.

Las ametralladoras claquetean. Sé que nuestras alambradas de espino se mantienen firmes y casi intactas. Están cargadas, en una de sus partes, con una corriente de alta tensión. Aumenta el fuego de fusilería. El enemigo no puede pasar, deberán replegarse.

Me hundo de nuevo, preso de una tensión extremada. El crujir, el arrastrarse, el tintinear son perceptibles de nuevo. Por en medio de ellos se oye un agudo grito aislado. Los acribillan a balazos. El ataque ha sido repelido.

Ya clarea algo más. Cerca de mí escucho unos pasos apresurados. Los primeros. Ya han pasado. Otros. Las ráfagas de ametralladora se encadenan sin cesar. Precisamente cuando intento darme la vuelta oigo un súbito rumor y con un golpe sordo, un cuerpo cae en el embudo, resbala y se me viene encima.

No pienso ni decido nada... Apuñalo con furia y siento, tan sólo, cómo aquel cuerpo se estremece y se afloja doblándose como un saco. Mi mano está pegajosa y mojada cuando vuelvo en mí.

El otro jadea roncamente. Parece como si bramara, cada expiración es como un grito, como un trueno..., pero tan sólo me lo parece a causa de mis sienes que laten con fuerza. Quisiera taparle la boca, llenársela de tierra, coserlo a puñaladas para que callara, pues me está traicionando..., pero ha vuelto en sí y, de pronto, me siento tan débil que no puedo levantar la mano contra él.

Me arrastro, pues, hacia el rincón más alejado y permanezco allí, mirándolo fijamente, el cuchillo empuñado, dispuesto a saltarle nuevamente encima en cuanto se mueva. Pero no hará ya nada más. Bien que lo conozco en su estertor.

Lo veo confusamente. No tengo más que un deseo, huir. Si no lo hago pronto habrá demasiada luz; ya ahora es difícil. Sin embargo, cuando intento sacar la cabeza me doy cuenta de la imposibilidad de escaparme. El fuego de las ametralladoras es tan espeso que me acribillará antes del primer salto.

Lo pruebo con el casco, lo levanto un poco para ver el nivel a que pasan las balas. Un instante después, un proyectil me lo arranca de la mano. El fuego es rasante. No estoy suficientemente alejado de las posiciones enemigas y sería cazado enseguida por los buenos tiradores si intentara huir.

La luz va aumentando. Espero, consumiéndome, un ataque de los nuestros. Tengo los nudillos de los dedos blancos de tanto como aprieto las manos,

implorando que cese el fuego y mis camaradas puedan acercarse.

Los minutos se eternizan. No me atrevo a contemplar la oscura figura que está tendida en el embudo. Me esfuerzo en mirar hacia otro lado y espero, espero. Los proyectiles silban tejiendo una espesa malla de acero y no cesan, no cesan.

Me doy cuenta de que tengo la mano llena de sangre y siento, de pronto, náuseas. Cojo un puñado de tierra y froto mi piel; por lo menos, ahora, está sucia y no puede verse la sangre.

El fuego no decrece. Viene de ambos frentes con la misma intensidad. Seguro que los míos hace rato que me consideran perdido.

Amanece; una claridad gris, la del día que nace. El estertor continúa. Me tapo las orejas, pero pronto aparto las manos ya que, de otra manera, no podría oír lo que pasa fuera.

La figura de enfrente se mueve. Me estremezco e, involuntariamente, la miro. Los ojos me quedan ahora incrustados en ella. Un hombre con un bigotito está tendido allí, con un brazo medio doblado sobre el que apoya la cabeza inerte. La otra mano reposa sobre el pecho ensangrentado.

«Ha muerto —me digo—; debe estarlo; no se da cuenta de nada; esto que gime es tan sólo el cuerpo. Pero la cabeza intenta levantarse y el gemido se hace más fuerte, es sólo un momento...» Después la frente cae, nuevamente, sobre el brazo. No ha muerto; agoniza pero no ha muerto. Me acerco a él arrastrándome; me detengo, apoyo el cuerpo en las manos; rastreo de nuevo un poco, espero; después un poco más; un atroz recorrido de tres metros, un largo y terrible recorrido. Por fin, estoy a su lado.

Entonces, abre los ojos. Debe de haberme oído y me mira con una espantosa expresión de terror. El hombre permanece inmóvil, pero se lee en sus ojos un deseo de huir tan intenso que, por un momento, creo que tendrá fuerzas suficientes para arrastrar el cuerpo a centenares de kilómetros. Pero sigue inmóvil, completamente quieto y, ahora, silencioso; el estertor ha cesado, pero los ojos aúllan; toda la vida se ha concentrado en ellos en un extraordinario esfuerzo para huir, en un alucinante terror de la muerte y de mí.

Se me doblan las articulaciones y caigo sobre los codos.

—No, no —le digo en voz baja.

Sus ojos me siguen. Soy incapaz de hacer cualquier movimiento mientras él me mire.

Entonces aparta, lentamente, su mano del pecho; tan sólo un poco, la desplaza algunos centímetros; pero este movimiento relaja la fuerza de los ojos. Me inclino hacia adelante y le digo «no» con la cabeza mientras

murmuro en voz baja:

—No, no, no...

Levanto la mano en el aire para demostrar que quiero ayudarle y se la paso por su frente.

Los ojos retroceden, aterrorizados, al verla acercarse; pierden su fijeza, los párpados se cierran, la tensión cede. Le desabrocho el cuello de la guerrera y coloco su cabeza más cómodamente.

Tiene los labios semiabiertos; se esfuerza por articular alguna palabra. Su boca está seca y yo no he traído la cantimplora. Pero hay agua entre el lodo del fondo del embudo. Bajo hasta allí, saco el pañuelo, lo extiendo sobre el barro, aprieto y recojo en las manos unidas el agua amarillenta que va filtrándose.

La bebe. Le traigo más. Después le desabrocho la guerrera para curarlo si es posible. He de intentar hacerlo, de todas maneras, para que, si me cogen prisionero los de aquí enfrente, se den cuenta de que he querido socorrerle y no me fusilen. Intenta impedirlo, pero su mano está muy débil. La camisa se ha pegado a la herida y no puede apartarla; está abrochada a su espalda, no tengo otra solución que cortarla.

Busco el cuchillo y lo encuentro. Pero en el momento en que intento cortar la camisa vuelve a abrir los ojos y puedo leer en ellos una explosión de terror loco, parecen gritar. He de cerrárselos, taparlos, murmurando en voz baja:

—¡Pero si quiero ayudarte, camarada!...

Y añadido en francés:

—Camarade, camarade, camarade... —insistiendo en esta palabra para que la comprenda.

Tiene tres puñaladas. Las cubro con mis paquetes de vendas. Por debajo de ellas se desliza la sangre. Las aprieto con más fuerza y, entonces, gime.

Es todo lo que puedo hacer. Ahora ha de esperar, esperar.

¡Ah! ¡Aquellas horas! Vuelve a comenzar el estertor... ¡Con qué lentitud muere un hombre! Porque me doy perfecta cuenta de que no se salvará. He procurado convencerme de lo contrario pero, hacia el mediodía, sus gemidos han aniquilado mi vana esperanza. Si, por lo menos, no hubiera perdido el revólver durante el rastreo, le mataría de un tiro. No puedo apuñalarle.

Al mediodía alcanzo el límite crepuscular del pensamiento. El hambre me trastorna; casi lloraría de tanto apetito, pero no puedo hacer nada para remediarlo. Varias veces voy a buscar agua para el moribundo y bebo yo mismo.

Es el primer hombre que he matado con mis propias manos a quien puedo contemplar tan detenidamente, dándome cuenta de que su muerte es obra mía. Kat, Kropp y Müller ya han pasado por esto, al igual que muchos otros; a menudo en un cuerpo a cuerpo...

Pero cada jadeo desnuda mi corazón. Este moribundo tiene el tiempo de su parte y me hiere con él como con un cuchillo invisible; el tiempo y mis pensamientos.

¡No sé lo que pagaría para que sobreviviese! ¡Es tan penoso estar tendido aquí dentro y tener que verle y oírle!

Muere a las tres de la tarde.

Respiro. Sin embargo, es por poco tiempo. Pronto el silencio me parece más difícil de soportar que los gemidos. Querría oír de nuevo aquel jadeo, intermitente, ronco; a veces leve como un silbido, otras ruidoso y profundo.

Es insensato lo que hago, pero he de ocuparme en algo. Pongo el cadáver en otra posición para que descanse con más comodidad, aunque no se dé cuenta de nada. Cierro sus ojos. Son castaños. El pelo negro se riza un poco sobre las sienes.

La boca es gruesa y tierna bajo el bigote; la nariz algo curvada; la piel morena; no está ahora tan pálido como cuando agonizaba. Durante unos instantes, su rostro parece casi el de un hombre sano; después se transforma rápidamente en una de estas extrañas caras de muerto que he visto tan a menudo y que todas se asemejan.

Seguro que su esposa piensa en él; ignorando lo que ha sucedido. Tiene cara de haberle escrito a menudo, quizás ella reciba todavía alguna carta, mañana o de aquí en una semana; es posible incluso que reciba dentro de un mes alguna misiva extraviada. La leerá y le parecerá que él le está hablando.

Mi estado empeora; ya no puedo contener mis pensamientos. ¿Cómo debe ser esta mujer? ¿Como aquella morena esbelta del otro lado del canal? ¿Me pertenece ya a causa de lo que ha sucedido? ¡Ah! ¡Si Kantorek estuviera aquí, a mi lado! ¡Si mi madre me viera ahora! Seguramente el muerto hubiera podido vivir treinta años más con sólo que yo hubiera podido recordar mejor el camino de regreso. Si hubiera pasado dos metros hacia la izquierda, ahora estaría en la trinchera y escribiría otra carta a su mujer.

¡Pero qué asco de todo esto! Es el destino de cada uno. Si Kemmerich hubiera tenido la pierna diez centímetros a la derecha, si Haie se hubiera agachado cinco centímetros más...

El silencio se prolonga. Hablo, he de hablar forzosamente. Por esto me dirijo al muerto y le digo:

—Camarada, no quería matarte. Si volvieras a saltar aquí dentro, no lo haría, a condición de que tú también fueras razonable. Pero ante todo, tú has sido para mí una idea, una combinación que vivía en mi cerebro y que exigía una decisión; es esta combinación lo que yo he apuñalado. Tan sólo ahora comprendo que tú eras un hombre como yo. He pensado en tus granadas de mano, en tu bayoneta, en todas tus armas... Ahora veo tu mujer y tu rostro, aquello que tenemos en común. ¡Perdóname, camarada! Siempre nos damos cuenta demasiado tarde de las cosas. ¿Por qué no nos dicen continuamente que vosotros sois unos pobres infelices como nosotros, que vuestras madres viven en la misma angustia que las nuestras y que todos tenemos el mismo miedo a la muerte, el mismo agonizar y los mismos dolores? ¡Perdóname, camarada! ¿Cómo podías ser mi enemigo? Si tiráramos estas armas y este uniforme, tú podrías ser mi hermano, al igual que Kat y Albert. ¡Toma veinte años de los míos, compañero, y levántate! Toma más, si quieres, pues yo no sé tampoco qué hacer con ellos.

Quietud. El frente está tranquilo, si exceptuamos el fuego de fusilería. Las balas cruzan espesas. No disparan al azar, apuntan bien en ambos lados. No puedo marcharme.

—Escribiré a tu mujer —digo precipitadamente al cadáver—. Quiero escribirle; ha de saberlo por mí... Quiero decirle todo lo que te digo a ti; no quiero que sufra; la ayudaré y ayudaré también a tus padres y a tus niños...

Su guerrera está desabotonada. La cartera es fácil de encontrar. Sin embargo, dudo antes de abrirla. Dentro está la cartilla con su nombre. Mientras yo lo ignore quizá pueda todavía olvidar; quizá el tiempo borre esta imagen. Pero su nombre será un clavo del que no podré desprenderme nunca. Tendrá la fuerza de evocar todo, de reproducirlo, de presentármelo siempre delante. Indeciso, permanezco con la cartera en la mano. Me cae al suelo y se abre. Fotografías y cartas se extienden por tierra. Lo recojo para volverlo a guardar, pero la depresión que me tortura, toda esta incierta situación, el hambre, el peligro, estas horas pasadas cerca del muerto, me han desesperado. Quiero acelerar el desenlace y aumentar mi tormento; terminar de una vez, como quien golpea contra la pared, pase lo que pase, una mano mordida por un dolor insoportable.

Son fotografías de una mujer y una niña. Pequeñas fotografías de aficionado, tomadas ante una pared cubierta de hiedra. También hay cartas. Intento leerlas. La mayor parte de las palabras no las entiendo, cuesta descifrarlas, sé muy poco francés. Pero cada vocablo que puedo traducir me atraviesa el pecho como una bala, como una puñalada.

Estoy extraordinariamente sobreexcitado. Sin embargo, comprendo todavía que nunca podré escribir a esta gente como pensaba hace poco. Imposible.

Miro de nuevo los retratos; no son gente rica. Podría enviarles dinero anónimamente, si más tarde gano lo suficiente. Me aferró a esta idea; al menos es un pequeño soporte. Esta muerte está ligada a mi vida, he aquí por qué debo hacerlo todo y prometerlo todo para salvarme. Juro, pues, ciegamente, que no quiero vivir más que para él y su familia. Es a él a quien me dirijo con los labios húmedos cuando murmuro esto, mientras en lo más profundo de mi ser alienta la esperanza de rescatarme quizá con esta pequeña argucia, salir de aquí, y más tarde siempre estaré a tiempo de arrepentirme y volver a considerar estos juramentos. Es por esto que abro la cartilla y leo, lentamente:

—Gerard Duval, tipógrafo.

Con el lápiz del muerto apunto la dirección en una carpeta y después rápidamente vuelvo a metérselo todo en la guerrera.

He matado al tipógrafo Gerard Duval. Tengo que hacerme tipógrafo, pienso, trastornado. Tengo que hacerme tipógrafo, tipógrafo...

Por la tarde me calmo un poco. Mi miedo era infundado. El nombre ya no me turba. La crisis va remitiendo.

—Camarada —le digo al cadáver, serenamente ya—. Hoy tú, mañana yo. Pero si salgo de ésta, camarada, lucharé contra todo esto que nos ha destrozado a los dos. A ti, quitándote la vida... ¿Y a mí? La vida también. Te lo prometo, camarada. ¡Esto no ha de suceder jamás!

El sol nos llega en diagonal. Estoy aturdido por la fatiga y el hambre. El ayer parece una niebla; no me quedan esperanzas de salir de aquí. Desfallezco y no me doy cuenta de que anochece. Se acerca el crepúsculo. Ahora me da la impresión de que se aproxima rápidamente. Todavía una hora. Si estuviéramos en verano, tres. Todavía una hora.

Súbitamente, tiemblo aterrado temiendo que, entretanto, me suceda algo. Ya no pienso en la muerte; ha perdido significado para mí. Con una sacudida se levanta en mi interior el deseo de vivir y todo lo que me había propuesto se hunde ante este anhelo. Es tan sólo para no exponerme a una desgracia que musito mecánicamente:

—Lo cumpliré todo. Cumpliré todo lo que te he prometido.

Pero sé, desde ahora, que no es verdad.

De pronto, se me ocurre que mis propios camaradas pueden disparar sobre mí, cuando yo me acerque rastreando; no saben que yo esté aquí. Gritaré tan pronto como pueda para que me oigan venir. Permaneceré tendido ante la trinchera hasta que me respondan.

La primera estrella. El frente sigue tranquilo. Tomo aliento, y en mi emoción, me hablo a mí mismo:

—Sobre todo, no hagas ninguna tontería, Pablo... Calma, Pablo, calma... Si tienes serenidad podrás salvarte...

Pronunciando mi nombre me parece oírse lo decir a otro y tiene más fuerza sobre mí.

La oscuridad se hace más densa. Mi emoción decrece; por prudencia aguardo hasta que se elevan los primeros cohetes. Entonces repto fuera del embudo. He olvidado el cadáver. Delante de mí se abre la noche que comienza y el campo de batalla pálidamente iluminado. Veo un agujero; en el momento en que la luz se extingue, salto hacia él; palpo delante de mí con precaución, encuentro otro embudo y me agazapo dentro; así voy deslizándome hacia adelante.

Me acerco. Entonces, a la luz de un cohete, vislumbro algo que se mueve entre las alambradas y queda después inmóvil. Me detengo. Con el próximo cohete puedo verlo con más claridad. Son seguramente camaradas de nuestra trinchera. Pero soy prudente hasta que reconozco sus cascos. Entonces grito.

En seguida resuena mi nombre como respuesta:

—¡Pablo! ¡Pablo!

Vuelvo a gritar. Son Kat y Albert, que, con un trozo de lona, han salido a buscarme.

—¿Estás herido?

—No, no...

Nos dejamos resbalar dentro de la trinchera. Pido de comer y lo devoro. Müller me tiende un cigarrillo. En pocas palabras les cuento lo que me ha sucedido. No es nada del otro jueves; cosas así ocurren todos los días. Tan sólo el ataque nocturno presta un interés particular a la historia. Pero Kat, una vez en Rusia, permaneció dos días detrás del frente enemigo sin poder regresar a nuestras posiciones.

Del tipógrafo muerto no digo nada.

Pero a la mañana siguiente no puedo resistirlo. He de contárselo a Kat y Albert. Ambos me tranquilizan.

—No podías evitarlo. ¿Qué querías hacer, si no? Para esto estás aquí.

Los escucho tranquilizado, consolado por su presencia. ¡Qué tonterías he soñado dentro de aquel embudo!

—Mira allí —me dice Kat.

En los parapetos hay algunos tiradores. Tienen fusiles equipados con catalejos y examinan el sector enemigo. De vez en cuando, suena un disparo.

Ahora oímos sus exclamaciones:

—¡Tocado!

—¿Has visto el brinco que ha pegado?

El sargento Oellrich se da la vuelta y se apunta, orgullosamente, un impacto. Hoy está en cabeza del campamento de tiro con tres disparos que, de forma indudable, han hecho blanco.

—¿Qué te parece esto? —pregunta Kat.

Yo agacho la cabeza.

—Si sigue así, hoy por la noche lucirá otro pájaro coloreado en el ojal de la solapa —dice Kropp.

—O lo ascenderán enseguida a sargento mayor de segunda —añade Kat.

Nos miramos.

—Yo no lo haría —murmuro.

—Sí, pero te ha ido muy bien verlo precisamente ahora.

El sargento Oellrich vuelve al parapeto. La boca de su fusil se desplaza lentamente de un punto a otro.

—Ya ves que es perder el tiempo hablar de tu historia —dice Albert, balanceando la cabeza.

Incluso yo no puedo comprenderlo ya.

—Fue a causa del tiempo que tuve que permanecer con él —digo—. Al fin y al cabo, la guerra es la guerra.

El fusil de Oellrich suelta un estampido breve y seco.

Capítulo 10

Nos ha tocado una ganga. Hemos sido encargados, con ocho hombres más, de vigilar un pueblecito que ha tenido que ser abandonado después de un fuerte bombardeo.

Principalmente hemos de velar por el depósito de víveres, que todavía no ha sido evacuado. Nuestra comida debemos proporcionárnosla de entre las existencias. Para trabajos así somos únicos. Kat, Albert, Müller, Tjaden, Leer, Detering, todo nuestro grupo está aquí. Es verdad que Haie ha muerto, pero no obstante, hemos tenido mucha suerte porque todas las demás unidades han

sufrido más bajas que la nuestra.

Escogemos como refugio un sótano construido con cemento, al que se baja, desde la calle, por medio de una escalera. Además, la entrada está protegida por un muro de hormigón.

Desplegamos una gran actividad. Tenemos otra vez una buena ocasión para estirar no sólo las piernas, sino también el espíritu. Y sabemos aprovechar estas ocasiones, ya que nuestra situación es demasiado desesperada como para que podamos soportar el sentimentalismo. Esto tan sólo es posible mientras las cosas no van todavía excesivamente mal. Nosotros no tenemos otra salida que ser positivos. Tan positivos que a veces me asusto cuando un pensamiento de otros tiempos, de antes de la guerra, cruza por mi cabeza. Realmente, sin embargo, no dura mucho tiempo.

Debemos tomar nuestra situación lo mejor que podamos. Es por esta razón que aprovechamos cualquier ocasión para pasar directamente, brutalmente, sin transición, del terror a la chiquillada. No podemos remediarlo, nos abalanzamos a ciegas. Ahora estamos ocupados, con entusiasmo, en organizar un idilio; un idilio, naturalmente, con el hartazgo y el buen dormir.

Para empezar, adornamos nuestra madriguera con colchones que hemos rapiñado de las casas vecinas. El culo de un soldado también sabe apreciar las delicias de un lugar blando. El suelo queda libre tan sólo en el centro de la nave. Después nos procuramos mantas y edredones, cosas de una suavidad magnífica. El pueblecito nos provee, con creces, de todo lo necesario. Albert y yo encontramos una cama de caoba, desmontable, con un dosel de seda azul y unos adornos de encaje. Sudamos como mulas para transportarlo, pero sería una lástima dejar escapar una cosa así; y más si tenemos en cuenta que, dentro de unos días, lo habrán destrozado todo a cañonazos.

Kat y yo hemos efectuado una patrulla de reconocimiento por las casas. Al poco rato hemos encontrado ya una docena de huevos y dos libras de mantequilla bastante fresca. De pronto, se oye un gran estrépito en la sala vecina y una estufa de hierro atraviesa, zumbando la pared, pasa volando por la habitación, y a un metro de nosotros, agujerea la otra pared y desaparece. Dos enormes boquetes. Provenía de la casa de enfrente en la que ha estallado un obús.

—¡Qué churro! —dice Kat, con una risita.

Y proseguimos la exploración. De pronto, levantamos las orejas y echamos a correr. Nos detenemos, de pronto, como hechizados; en un pequeño establo retozan dos lechoncitos. Nos frotamos los ojos y volvemos a mirar prudentemente; sí, sí, todavía están allí. Los agarramos. No hay duda, son dos cochinitos de carne y hueso.

Esto representa un magnífico banquete. A cincuenta metros de nuestro refugio hay una casita que sirvió de alojamiento para oficiales. En la cocina hallamos un inmenso fogón, con dos asadores, sartenes, ollas y cazuelas. Hay de todo, incluso un inmenso montón de leña cortada a pequeños trozos, que encontramos en un cobertizo... Es verdaderamente Jauja.

Desde primeras horas de la mañana tenemos dos hombres en los campos, buscan patatas, zanahorias y guisantes. Somos personas finas, que rechazan las conservas del depósito de víveres. Queremos comida fresca. En nuestra despensa hay ya dos coliflores.

Hemos matado a los cerditos. Kat los ha liquidado enseguida. Queremos hacer, para —acompañar el asado, unos buñuelos de patata, pero no tenemos rallador. Pronto lo arreglamos; practicamos, con unos clavos, algunos agujeros en una lata e improvisamos uno. Tres hombres se ponen gruesos guantes para protegerse las manos y rallan las patatas. Otros dos se las van pasando, ya peladas, y así vamos muy deprisa.

Kat adereza los gorrinos, las zanahorias, los guisantes y la coliflor. Para ésta prepara incluso una salsa blanca. Yo frío buñuelos de cuatro en cuatro. Transcurridos diez minutos, ya sé agitar la sartén, de forma que los que están tostados de un lado den media vuelta en el aire y caigan del otro. Los lechones se asan enteros. Todos los rodeamos como si fueran un altar.

Mientras, llegan visitas: dos radiotelegrafistas a los que invitamos generosamente. Se sientan en un salón donde hay un piano. Uno de ellos toca, el otro canta «Cerca del Weser». Lo hace con mucho sentimiento, pero con cierto acento sajón. A pesar de todo, llega a emocionarnos, mientras delante del fogón, preparamos todas estas maravillas.

Poco a poco vamos percibiéndonos de que habrá jaleo. Los globos cautivos deben haber observado el humo de nuestra chimenea, han dado el aviso y ahora nos cubren de fuego. Son estos malditos y pequeños monstruos que hacen un pequeño agujero y reparten los trozos de su metralla a gran distancia y lamiendo el suelo. Silban cada vez más cercanos, a nuestro alrededor, pero no podemos abandonar el banquete. Estos botarates están afinando su puntería. Algunos pedazos de metralla entran por la ventana de la cocina. El asado está casi a punto, pero freír los buñuelos es más difícil. Los obuses estallan tan cerca, que cada vez más a menudo sus esquirlas rebotan contra el muro de la casa y entran por las ventanas. Cuando oigo un silbido que se acerca, me agacho con la sartén de los buñuelos en la mano y corro a agazaparme detrás de la pared de la ventana. Después me levanto y sigo friendo.

Los sajones dejan de tocar. Un pedazo de metralla se ha incrustado en el piano. Nosotros estamos listos y organizamos la retirada. En cuanto ha estallado un obús, dos hombres, llevando las ollas de la verdura, franquean

corriendo los cincuenta metros que nos separan del refugio. Los vemos desaparecer.

Otra explosión. Nos agachamos e inmediatamente trotan dos hombres más, cada uno de ellos con una gran cafetera llena hasta el borde de auténtico café. Antes de que estalle otro obús ya han llegado al refugio.

Ahora, Kat y Kropp se encargan del plato fuerte: una gran sartén con los dorados lechones. Un silbido de obús, un agazapamiento y atraviesan, a la carrera, los cincuenta metros a campo descubierto. Frío los cuatro últimos buñuelos; he de hacer cuerpo a tierra dos veces todavía, pero son cuatro más y es mi plato predilecto. Después cojo la bandeja llena y me acerco a la puerta. Se oye un fuerte aullido y una explosión. Salgo al galope, apretando la frente contra mi pecho. Estoy ya casi en el refugio cuando oigo acercarse un silbido. Salto como un ciervo, rodeo el muro como un rayo, la metralla golpea contra él, caigo escaleras abajo; me destrozo los codos, pero no he perdido un solo buñuelo ni me ha caído la bandeja.

La comida comienza a las dos. Dura hasta las seis. Hasta las seis y media tomamos café —café de oficiales, del depósito de víveres— y fumamos cigarros y cigarrillos de la misma procedencia. A las seis y media, empezamos a cenar. A las diez echamos fuera las osamentas de los cochinitos. Después sigue el coñac y el ron, también del bendito depósito de víveres, y fumamos de nuevo grandes y gruesos cigarros de aquellos que incluso llevan vitola. Tjaden opina que tan sólo falta una cosa: muchachas de las del prostíbulo para oficiales.

Antes de acostarnos oímos unos maullidos. Hay un gatito gris delante de la puerta. Lo hacemos entrar y le damos de comer. Esto nos vuelve a despertar el apetito. Cuando nos vamos a la cama estamos todavía masticando.

Pasamos una mala noche. Hemos comido demasiada grasa. La carne fresca de lechón recarga los intestinos. Es un continuo entrar y salir del refugio. Fuera hay siempre dos o tres hombres en cuclillas, con los pantalones bajados y blasfemando. Yo mismo he de salir nueve veces. Hacia las cuatro de la mañana batimos el récord: los once hombres, centinelas e invitados, estamos agachados fuera del refugio.

Casas en llamas se levantan como enormes antorchas en la noche. Las granadas estallan furiosamente cerca de nosotros. Columnas de municiones atraviesan velozmente la calle. Se hunde una pared del depósito de víveres. A pesar de la metralla que cruza los aires, los conductores de camión se lanzan hacia él, como un enjambre de abejas para robar pan. Les dejamos hacer tranquilamente. Si les dijéramos algo, es posible que intentaran darnos una paliza. Lo tomamos de otro modo. Les decimos que somos los centinelas del pueblo, y como sabemos de dónde sacarlas, cambiamos latas de conserva por

otras cosas que nos faltan. ¿Qué importa si todo quedará destruido? Buscamos chocolate y comemos tabletas enteras. Kat dice que esto va muy bien para los estómagos descompuestos.

Pasamos casi quince días comiendo, bebiendo y ganduleando. Nadie nos molesta. El pueblo va desapareciendo bajo los obuses y nosotros nos damos a la buena vida. Mientras se aguante tan sólo una parte del depósito, todo nos da igual y no deseamos sino permanecer aquí hasta el fin de la guerra. Tjaden se ha vuelto tan señorito que sólo fuma la mitad de los cigarros. Declara orgullosamente que ésta es su costumbre. Kat también está muy contento. Lo primero que grita por la mañana es:

—Emilio, tráeme caviar y café.

Nos hemos convertido en personas muy distinguidas. Cada uno de nosotros toma al otro por su ordenanza y le da órdenes.

—Kropp, me pica la planta del pie. Intenta atrapar este piojo.

Diciendo esto, Leer estira la pierna como una actriz y Albert lo arrastra hasta el comienzo de la escalera.

—¡Tjaden!

—¿Qué?

—No es preciso que te cuadres, Tjaden. Por otra parte, no se dice «qué», sino «a sus órdenes». Vamos a ver: ¡Tjaden!

Tjaden le responde el «lámeme el culo» de Goetz von Berlichingen, que siempre tiene dispuesto.

Recibimos la orden de marcha al cabo de ocho días. El paraíso ha terminado. Dos grandes camiones nos recogen. Vienen repletos de tablones, pero encima de ellos, Albert y yo colocamos todavía nuestra cama con dosel de seda azul, con dos colchones y dos edredones de encaje. En la cabecera hay un saco para cada uno repleto de las mejores viandas. De vez en cuando, las palpamos y las longanizas, las latas de embutido de hígado y las cajas de cigarros nos exaltan. Cada hombre se lleva un saco lleno.

Kropp y yo hemos salvado, además, dos sillones de terciopelo rojo. Los ponemos sobre la cama y nos acomodamos en ellos como si estuviéramos en un palco. Sobre nuestras cabezas se ahueca, como un baldaquín, la seda azul del dosel. Llevamos en la boca un enorme cigarro puro. Así, desde esta altura, vamos contemplando la comarca.

Viaja con nosotros una jaula de loro que hemos encontrado para el gato. Este, en su interior, runrunea frente a un plato de carne.

Ruedan lentamente los camiones por la carretera. Cantamos. A nuestras

espaldas, los obuses levantan surtidores en el pueblo abandonado.

Unos días más tarde vamos a evacuar un pueblo. Por el camino encontramos a los habitantes fugitivos, expulsados de sus casas. Transportan sus enseres en carretones, cochecitos de niño o amarrados a la espalda. Tienen el cuerpo curvado y los rostros llenos de angustia, desesperación, terror y resignación. Los niños se cuelgan de las manos de sus madres; a veces es una muchacha la que conduce a los pequeños, que avanzan tropezando y volviéndose continuamente. Algunos se llevan sus miserables muñecas. Todos enmudecen al pasar por delante de nosotros.

Vamos aún en columna de viaje. Los franceses no bombardearán un pueblo en el que todavía quedan paisanos suyos. Pero unos minutos después, el aire aúlla, tiembla la tierra, resuenan gritos: un obús ha destrozado la retaguardia. Nos desplegamos y nos echamos al suelo. Y al instante, noto cómo se funde en mí aquella tensión que bajo el fuego me empujaba a hacer inconscientemente lo mejor. El pensamiento «estás perdido» late en mi interior con una terrible angustia que me ahoga... De pronto, un golpe seco, como un latigazo, en la pierna izquierda. Oigo gritar a Albert, que está cerca de mí.

—¡Levántate, Albert, huyamos! —aúllo—. Estamos al descubierto, en campo raso.

Se levanta tambaleante y corre. Yo voy a su lado. Debemos saltar un seto que es más alto que nosotros. Kropp se agarra a las ramas; lo levanto por una pierna; grito, le doy un empujón y vuela por encima del obstáculo. De un brinco salto detrás de él y caigo en una cisterna que hay al otro lado.

Tenemos la cara llena de agua y de barro, pero el refugio es bueno. Nos hundimos en él hasta el cuello. Cuando silba algún proyectil, metemos la cabeza dentro del agua.

Después de haberlo hecho una docena de veces, ya no puedo más. Albert también gime.

—Si no nos vamos, caigo y me ahogo.

—¿Dónde te han dado?

—Creo que en la rodilla.

—¿Puedes correr?

—Me parece...

—¡Hala, pues!

Saltamos a la cuneta de la carretera y corremos, encorvados, hacia adelante. El fuego nos persigue. La carretera avanza, en dirección al polvorín. Si explota, no encontrarán ni uno solo de nuestros botones. Cambiamos el plan

y atravesamos diagonalmente los campos.

Albert afloja la marcha.

—Corre tú, yo te sigo —dice, y se tira al suelo.

Le cojo del brazo y le sacudo.

—Levántate, Albert. Si te tumbas, estás listo... ¡Vamos, yo te ayudaré!

Por fin alcanzamos un pequeño refugio. Kropp se deja caer al suelo y lo vendo. Tiene la herida encima mismo de la rodilla. Después me examino. El pantalón está sanguinolento y sangro también por el brazo. Albert me cubre las heridas. Ya no puede mover la pierna y nos maravillamos ambos de haber llegado hasta aquí. Lo ha hecho tan sólo el miedo. Habríamos huido, aunque la metralla se nos hubiera llevado los pies, corriendo entonces sobre los muñones.

Puedo arrastrarme un poco todavía y grito al ver pasar un carro que nos recoge. Va lleno de heridos. Un cabo de sanidad nos pone una inyección antitetánica en el pecho.

En el ambulatorio conseguimos colocarnos uno al lado del otro. Nos dan una sopa aguada que devoramos con avidez y menosprecio, pues aunque acostumbrados a tiempos mejores, tenemos mucha hambre.

—A casa ahora, Albert —dije.

—Esperémoslo —responde—. ¡Si por lo menos supiera lo que tengo!

Van intensificándose los dolores. Las vendas queman como el fuego. Bebemos y bebemos sin parar. Un vaso tras otro.

—¿A qué distancia de la rodilla tengo la herida?

—En el extremo más cercano a diez centímetros... —respondo.

En realidad quizá no lleguen a tres.

—Estoy decidido —dice al cabo de un rato—. Si me amputan la pierna me suicido. No quiero andar tullido por el mundo.

Permanecemos así, tendidos, encerrados en nuestros pensamientos. Aguardando.

Por la noche nos trasladan al quirófano. Me asusto y decido rápidamente qué es lo que haré, pues es sabido que los médicos militares se deciden muy pronto a amputar. Siempre tienen prisa y esto es mucho más sencillo que dedicarse a hacer complicados remiendos. Me acuerdo de Kemmerich. De ninguna manera permitiré que me cloroformicen, aunque haya de romper la crisma a unos cuantos sanitarios.

La cosa marcha. El médico hurga en la herida desde todos los ángulos. Pierdo el mundo de vista.

—¡Estate quieto! —gruñe, y sigue escarbando.

Bajo la viveza de la luz, los instrumentos brillan como malignas bestezuelas. El dolor es insoportable. Dos enfermeros me sostienen fuertemente por los brazos, pero de una sacudida logro soltarme e intento golpear las gafas del médico, que se da cuenta y retrocede de un salto.

—¡Cloroformízadme a este hombre! —grita, furioso.

Entonces me sosiego.

—Perdone, doctor. Me estaré quieto, pero no me cloroformice.

—Bien, bien —murmura cogiendo de nuevo los instrumentos.

Es un muchacho rubio que tiene como máximo unos treinta años, con aspecto de estudiante y unas antipáticas gafas de oro. Me doy cuenta de que ahora sólo pretende hacerme sufrir; revuelve en la herida, y de vez en cuando, me echa una mirada por encima de sus gafas. Tengo las manos destrozadas de tanto apretar los asideros de la mesa de operaciones. Pero antes reventaré que soltar el más mínimo quejido.

Ha encontrado un trozo de metralla y me lo pasa por las narices. Parece satisfecho de mi actitud, pues ahora me venda cuidadosamente y dice:

—Mañana a casa.

Después me escayolan. Cuando regreso al lado de Kropp le explico que mañana, probablemente, llegará un tren sanitario.

—Tenemos que hablar con el sargento mayor de sanidad para que nos deje ir juntos, Albert.

Consigo hacer llegar a manos del sargento, con algunas frases apropiadas, un par de mis cigarros con vitola. Los huele y pregunta:

—¿Tienes más?

—Un buen manojo, y mi camarada —señalo a Kropp— también. Nos gustaría mucho a ambos poder ofrecérselos desde la ventanilla del tren sanitario.

Naturalmente, comprende enseguida. Los vuelve a oler y dice:

—Entendidos.

Por la noche no podemos dormir ni un momento. En nuestra sala mueren siete hombres. Uno de ellos, antes de agonizar, canta durante más de una hora himnos religiosos, con una estrangulada voz de tenor. Otro se arrastra desde la

cama a la ventana. Queda tendido allí, como si hubiera querido mirar por última vez al exterior.

Nuestras literas están en el andén. Aguardamos la llegada del tren. Llueve y la estación no tiene marquesina. Las mantas son delgadas. Hace ya dos horas que esperamos.

El sargento mayor nos cuida como una madre. A pesar de que me encuentro muy mal, no olvido nuestro plan. Como quien no quiere la cosa, le enseño el paquete y le doy un cigarro por adelantado. A cambio, nos cubre con una lona de tienda de campaña.

—¡Hombre, Albert! —exclamó de pronto—, ¿Y nuestra cama con dosel? ¿Y el gato?

—¿Y las butacas? —añade.

Las butacas de terciopelo rojo. Por la noche nos sentábamos en ellas como príncipes y nos proponíamos alquilarlas por horas, más tarde. A cigarrillo por hora. Hubiera sido una vida sin preocupaciones y un buen negocio.

—Albert —digo con brusquedad—, ¿y los sacos de comida?

Nos entristecemos. Tan bien como nos hubieran venido estas cosas... Si el tren llega a partir un día más tarde, seguro que Kat nos encuentra y nos trae la mercancía.

¡Qué fallo! En el estómago llevamos tan sólo una sopita de harina, escasa comida de hospital, mientras en nuestros sacos hay latas de cerdo asado en conserva. Sin embargo, estamos tan débiles que ya ni podemos indignarnos.

Las literas están caladas cuando ya entrada la mañana llega el tren. El sargento procura que nos instalen en el mismo vagón. Hay un enjambre de señoritas de la Cruz Roja. A Kropp le ponen abajo.

A mí me levantan un poco para colocarme en la litera que está encima de la suya.

—¡Dios mío! —se me escapa.

—¿Qué pasa? —pregunta la enfermera.

Vuelvo a mirar la cama. Está hecha con sábanas blancas como la nieve, de una limpieza inimaginable, que todavía conservan los dobleces de la plancha. En cambio, mi camisa no ha sido lavada desde hace seis semanas y está enormemente sucia.

—¿No puede acostarse solo? —inquire la enfermera, solícita.

—Sí, eso sí —respondo, sudando—. Pero antes saquen la ropa de la cama.

—¿Por qué?

Experimento la sensación de que estoy hecho un cerdo. ¿Yo he de meterme aquí dentro?

—Es que esto quedará...

Titubeo.

—¿Algo sucio? —pregunta, animándome—. No importa. Ya volveremos a lavarlo.

—No, no es por esto... —digo, nervioso.

Me asombra la presencia de la civilización.

—Si usted ha estado en la trinchera, bien podemos lavar unas sábanas nosotras —continúa.

La miro. Es joven y atractiva. Va muy limpia y es fina como todo lo que hay aquí. No puede comprenderse que no esté reservado a los oficiales; uno se encuentra cohibido y, en cierta manera, casi amenazado, aquí dentro.

La mujer, sin embargo, parece un verdugo. Me obliga a decírselo todo.

—Es que... —me detengo.

Ya hubiera debido comprender lo que deseo.

—¿Qué más?

—¡Los piojos! —grito finalmente.

Se ríe.

—También necesitan pasarlo bien algunos días.

Ahora ya no me importa. Me meto en la litera y me cubro con la sábana.

Una mano golpea levemente el cubrecama. El sargento mayor. Se larga con los cigarros.

Al cabo de una hora nos damos cuenta de que el tren está en marcha.

Despierto por la noche. Kropp también se mueve. El tren rueda silenciosamente por los raíles. Todo me parece todavía incomprensible; una cama, un tren, el regreso a casa.

En voz baja, digo:

—¡Albert!

—¿Qué?

—¿Sabes dónde está el retrete?

—Me parece que está en la otra punta, a la derecha de la puerta.

—Voy a ver.

Está oscuro. Palpo el borde de la cama y quiero bajar con precaución. Pero el pie no encuentra ningún apoyo; resbalo, no puedo utilizar la pierna escayolada, y caigo al suelo en medio de un gran estruendo.

—¡Maldita sea! —digo.

—¿Te has dado un golpe? —pregunta Albert.

—Ya has podido oírlo, ¿no? —gruño—. Aquí, en la cabeza...

En un extremo del vagón se abre la puerta. Se acerca la enfermera con una luz y me ve.

—¿Se ha caído de la cama?

Me toma el pulso y pone su mano en mi frente.

—Pues no tiene fiebre.

—No —confieso.

—¿Estaba soñando?

—Eso parece —digo, eludiendo la respuesta.

Ya vuelve el interrogatorio. Me mira con sus ojos brillantes; es tan fina y tan maravillosa que todavía me atrevo menos a decirle lo que deseo.

Me ayuda a meterme de nuevo en la cama. ¡La estoy haciendo buena! En cuanto se haya marchado, tendré que volver a bajar a toda prisa. Si fuera una mujer vieja, sería más fácil decírselo, pero todavía es muy joven; veinticinco años, como máximo. No hay nada que hacer. No puedo decírselo. Entonces, Albert viene en mi ayuda. No le cohíbe tanto porque la cosa no se refiere a él directamente. Llama a la enfermera. Ella se vuelve.

—Señorita, él desearía...

Pero tampoco Albert sabe ya expresarse correcta y decorosamente. Entre nosotros, en el frente, esto se arregla con una sola palabra, pero aquí, delante de una señorita como ésta... De pronto, sin embargo, Albert se acuerda del colegio y dice de corrido:

—El quisiera salir un momento.

—¡Ah! Bueno —dice la enfermera—. Para eso no era necesario que bajara de la cama con la pierna escayolada. ¿Qué desea que le traiga? —pregunta, volviéndose hacia mí.

Este nuevo giro me llena de un terror mortal, ya que no tengo ni la menor

idea de cómo se llaman técnicamente estas cosas.

La enfermera me ayuda.

—¿El grande o el pequeño?

¡Qué vergüenza! Sudo como una mula, y, por fin, digo con voz insegura:

—Bien, pues... tan sólo el pequeño...

A pesar de todo, todavía he estado de suerte.

Me trae una especie de botella. Al cabo de algunas horas ya no soy el único. A la mañana siguiente, nos hemos acostumbrado y pedimos lo que necesitamos sin enrojecer.

El tren va despacio. De vez en cuando se detiene para descargar a los muertos. Se detiene a menudo.

Albert tiene fiebre. Yo voy bien. Me duele, pero lo peor son los piojos que tengo bajo la escayola. Me pica terriblemente y no puedo rascarme.

Pasamos los días medio adormecidos. El paisaje resbala silenciosamente por la ventana. La tercera noche llegamos a Herbesthal. Oigo decir a la enfermera que Albert, a causa de su fiebre, deberá quedarse en la próxima estación.

—¿Hasta dónde va el tren? —pregunto.

—Hasta Colonia.

—Albert, permaneceremos juntos —le digo—. Ya lo verás.

En la próxima ronda de la enfermera, contengo la respiración y la sangre se me sube a la cabeza. Me pongo rojo. La enfermera se detiene.

—¿Le duele?

—Sí —gimo—. Así, de pronto...

Me da un termómetro y pasa de largo. No sería un buen discípulo de Kat si no supiera lo que es necesario hacer. Estos termómetros no son gran obstáculo para un soldado veterano. Se trata simplemente de hacer subir el mercurio; entonces se inmoviliza dentro del tubito y no vuelve a bajar.

Sostengo el termómetro bajo el brazo, puesto al revés, oblicuamente, y con el índice lo froto sin cesar; después lo sacudo boca abajo. Así obtengo 37,9 grados. No es suficiente. Una cerilla colocada con precaución le hace subir hasta 38,7.

Cuando la enfermera regresa, vuelvo a retener el aliento; respiro muy despacio, con intermitencias, la miro fijamente con los ojos muy abiertos,

como encantado, me agito y murmuro:

—No puedo más...

Apunta mi nombre en una ficha. Sé perfectamente que, si no es imprescindible, no me desharán el escayolado.

Albert y yo hemos sido desembarcados juntos.

Estamos en un hospital católico, los dos en la misma sala. Hemos tenido suerte, pues los hospitales católicos son célebres por su buen trato y por su excelente comida. Nuestro tren ha llenado todas las salas; entre nosotros hay muchos casos graves. Hoy todavía no pueden reconocernos porque faltan médicos. Por los pasillos pasan continuamente las camillas con ruedas de goma y siempre va alguien en ellas. Es una maldita postura esta de estar tanto tiempo tumbado. Sólo es buena cuando se duerme.

La noche pasa intranquila. Nadie puede pegar un ojo. Al amanecer vamos adormeciéndonos. Despierto cuando clarea. La puerta está abierta y oigo voces en el pasillo. Los otros también despiertan. Uno que está aquí desde hace tiempo nos explica lo que pasa.

—Es que aquí arriba, en el pasillo, las monjas rezan cada mañana. Lo llaman la oración matinal; abren la puerta para que todos recibáis vuestra parte.

Eso podrá ser una buena idea, pero a nosotros nos duelen la cabeza y los huesos.

—¡Qué burrada! —digo—. Precisamente ahora que habíamos logrado dormir un poco.

—Aquí arriba tienen los casos más leves. Por esto lo hacen —contesta.

Albert gime. Enfurezco y grito:

—¡Cállense los de ahí fuera!

Al cabo de un minuto aparece una monja. Pequeña, con su hábito blanco y negro, parece un bibelot.

Alguien dice:

—¡Cierre la puerta, hermana!

—Estamos rezando; por esto está abierta —responde.

—Es que queremos dormir todavía.

—Es mejor rezar que dormir.

Se está quieta mientras sonrío candorosamente.

—Además, ya son las siete.

Albert vuelve a gemir.

—¡Cerrad la puerta! —grito.

Se turba. Parece no poder comprender una cosa así.

—¡Pero si también rezamos por usted!

—No me importa. ¡Cierre la puerta!

Desaparece, dejando la puerta abierta. Vuelve a oírse la letanía. Me exalto y digo:

—Contaré hasta tres. Si mientras no han callado, les tiraré algo.

—Yo también —añade otro.

Cuento hasta cinco. Entonces cojo una botella, afinó bien mi puntería y la tiro al pasillo a través de la puerta. Se rompe en mil pedazos. Cesa el rezo. Aparece un enjambre de monjas, gruñendo en voz baja.

—¡Cerrad la puerta! —gritamos.

Se marchan. La pequeña es la última en salir.

—¡Herejes! —murmura.

Pero cierra la puerta. Hemos vencido.

A mediodía viene el inspector del hospital y nos echa un rapapolvo. Nos promete el calabozo y no sé cuántas cosas más. Ahora bien, un inspector de hospital, al igual que un inspector de víveres, a pesar de llevar un gran sable y unas hermosas charreteras, al fin y al cabo no es más que un funcionario a quien ni los caloyos se toman en serio. Le dejamos hablar. En realidad, ¿qué puede ocurrir?

—¿Quién tiró la botella? —pregunta.

Y antes de que pueda decidir si debo denunciarme, alguien dice:

—¡Yo!

Un hombre de barba enmarañada se incorpora en el lecho. Todos nos preguntamos por qué se acusará.

—¿Usted?

—Sí, señor. Estaba alterado porque nos han despertado sin necesidad. He perdido el control. No sabía lo que me hacía.

Habla como un libro.

—¿Cómo se llama?

—José Hamacher, de la segunda reserva.

El inspector se va.

Le preguntamos, intrigados:

—Pero, ¿por qué te has acusado? No habías sido tú.

Ríe irónicamente.

—No importa. Tengo licencia de caza.

Así se comprende. Quien tiene «licencia de caza» puede permitírsele todo.

—Sí —explica—. Recibí una bala en la cabeza, y por esta causa, me extendieron un certificado conforme algunas veces soy irresponsable de mis actos. Desde entonces me lo paso muy bien. No pueden enojarse. Y lógicamente todo marcha como la seda. Va listo ese mastuerzo. He dicho que había sido yo porque lo de la botella me hizo mucha gracia. Si mañana vuelven a abrir la puerta les echaremos otra.

Estamos encantados. Con José Hamacher en nuestro grupo, podemos arriesgarnos a todo.

Después, vienen a buscarnos las silenciosas camillas.

Las vendas están pegadas a la herida. Bramamos como toros.

En nuestra sala hay ocho hombres. El que está más grave es Pedro, un muchacho de pelo negro y ensortijado. Tiene un tiro en el pulmón; cosa delicada. Francisco Wächter, que está a su lado, tiene un brazo destrozado. Al principio no tenía mal aspecto, pero la tercera noche nos llama para que hagamos sonar el timbre, pues le parece que pierde sangre.

Llamo enérgicamente. La hermana que está de guardia no aparece. Al anoecer la hemos hecho correr mucho de un lado a otro, porque todos llevábamos vendajes nuevos y, por lo tanto, nos dolían las heridas. Este quería la pierna vuelta hacia un lado; aquél la quería hacia el otro. Un tercero pedía agua. El cuarto que le pusiesen bien la almohada. La gruesa anciana ha terminado por gruñir aviesamente y cerrar la puerta de un golpe. Ahora debe sospechar algo parecido y por eso no viene. Aguardamos. Después, Francisco me dice:

—Vuelve a llamar.

Lo hago. La monja, sin embargo, no se deja ver. En esta ala del hospital, por la noche no hay más que una hermana de guardia; quizá tenga, ahora precisamente, trabajo en otra sala.

—¿Estás seguro, Francisco, de que sangras? —le pregunto—. Porque si no, volverá a haber escándalo.

—Tengo la cama empapada. ¿No podéis dar la luz?

Imposible. El interruptor está al lado de la puerta y no puede levantarse nadie. Pongo el pulgar sobre el botón del timbre y aprieto hasta notar calambres en el dedo. La monja debe estar echando un sueñecito. En realidad, tienen mucho trabajo y van muy cansadas todo el día. Además, están rezando continuamente.

—¿Tendremos que tirar alguna botella? —pregunta José Hamacher, el de la «licencia de caza».

—Aún lo oiría menos que el timbre.

Por fin se abre la puerta. Entra la vieja con el ceño fruncido. Cuando se da cuenta de lo que le sucede a Francisco, se apresura gritando:

—¿Por qué no me ha avisado nadie?

—¡Pero si hemos tocado el timbre! Aquí nadie puede andar.

Ha perdido mucha sangre y le renuevan los vendajes. A la mañana siguiente contemplamos su rostro; lo tiene alargado y amarillo, en cambio, la noche anterior su aspecto era casi saludable.

Ahora viene con más frecuencia una hermana.

De vez en cuando vienen también a visitarnos damas de la Cruz Roja... Son afables, pero a menudo algo torpes. Cuando nos arreglan la cama nos hacen daño casi siempre, y entonces se azaran tanto que aún nos hacen más.

Las monjas son más hábiles. Saben cómo manejarnos, pero a veces nos gustaría que fueran más alegres. Algunas, ciertamente, son joviales; es excelente. ¿Quién no haría cualquier cosa por la admirable hermana Libertina, que esparce, sólo con su presencia, el buen humor y la alegría por todo el ala del hospital? Y hay más de una como ella. Por éstas seríamos capaces de arrojarnos al fuego. No podemos quejarnos; nos tratan tan bien como a civiles. En cambio, uno se horroriza con sólo pensar en los hospitales de campaña.

Francisco Wächter no se recupera. Un día se lo llevan y ya no vuelve. José Hamacher sabe de qué se trata.

—No volveremos a verle. Se lo han llevado a la habitación de la muerte.

—¿De qué habitación hablas? —pregunta Kropp.

—Bueno; pues de la habitación donde se muere.

—¿Qué quieres decir? —pregunta de nuevo Kropp.

—Una habitación que hay al final del pasillo, en el extremo de este pabellón. Se llevan allí a los que están a punto de espichar. Hay dos camas.

Todos la llamamos «la habitación de la muerte».

—Pero, ¿por qué lo hacen?

—Así no tienen tanto trabajo luego. Además, les es más cómodo porque la habitación está situada al lado mismo del ascensor que lleva al depósito de cadáveres. Quizá también lo hagan para que no muera nadie en las salas. Podría causar mal efecto a los demás. Por otra parte, estando solos pueden asistirles mejor.

—¿Y el moribundo?

José se encoge de hombros.

—Generalmente no se da cuenta de nada.

—¿Lo saben todos esto?

—Los que hace tiempo que estamos aquí, es lógico que lo sepamos.

Por la tarde traen otro herido a la cama de Francisco Wächter. Algunos días después vuelven a llevárselo. José hace un significativo gesto con la mano. Todavía vemos llegar y partir a algunos otros.

A veces, cerca de la cama, están sentados parientes que lloran o hablan en voz baja, cohibidos. Una mujer anciana no quiere marcharse de ninguna manera, pero no está permitido pasar la noche aquí. Al día siguiente vuelve muy de mañana, pero demasiado tarde ya; al acercarse a la cama ve que está ocupada por otro. Ha de bajar al depósito. Nos reparte las manzanas que le traía. Pedro también empeora. Su hoja de temperatura presenta un mal aspecto y un día la camilla de ruedas se detiene ante su cama.

—¿Adónde me llevan? —pregunta.

—A la sala de curas.

Le colocan en la camilla, pero la monja comete la imprudencia de descolgar la guerrera y ponerla también encima de la carriola para ahorrarse un viaje. Pedro se da cuenta enseguida y quiere tirarse de la litera.

—¡Yo me quedo aquí! —grita.

Le obligan a tenderse de nuevo. Grita afónico, con su pulmón atravesado:

—¡No quiero ir a la habitación de la muerte!

—¡Pero si te llevamos a la sala de curas!

—Entonces, ¿por qué ha cogido la guerrera?

Casi no puede hablar. Ronco, agitado, murmura:

—Dejadme aquí.

Se lo llevan sin responderle. Antes de llegar a la puerta intenta incorporarse. Su cabeza, negra y crespa, vacila; tiene lágrimas en los ojos.

—¡Volveré! ¡Volveré! —grita.

La puerta se cierra. Todos estamos conmovidos, pero callamos. Por fin, José dice:

—Muchos han dicho lo mismo. Pero una vez allí, no hay quien aguante.

Me operan y paso dos días vomitando. Mis huesos no quieren soldarse, según dice el secretario del médico. A otro se le han unido mal y han tenido que volvérselos a romper. Es un desastre. Entre los recién llegados hay dos soldados jóvenes que tienen los pies planos. Al hacer la visita, el médico principal se da cuenta y se detiene ante ellos encantado.

—Eso hay que arreglarlo —explica—. Os haremos una pequeña operación y los pies quedarán como nuevos. Tome nota, hermana.

Cuando se ha marchado, José, que lo sabe todo, les advierte:

—No os dejéis operar. Es tan sólo una manía de sabio que tiene el viejo. Se entusiasma como un salvaje en cuanto ve a alguien así. Os operará los pies y, efectivamente, dejaréis de tenerlos planos, pero os quedarán zambos y toda vuestra vida tendréis que andar con muletas.

—Pero, ¿qué podemos hacer?

—Negaos. Estáis aquí para que os curen las heridas y no los pies planos. ¿No los teníais igual en el frente? ¡Pues ya está! Ahora todavía podéis correr, pero si caéis en las zarpas de ese vejestorio, bajo su bisturí, quedaréis tullidos para siempre. Necesita conejos para experimentar. Para él, la guerra, precisamente por esto, es una época magnífica; como para todos los médicos. Allí abajo, en el centro sanitario, hay una docena de individuos que él operó y que sólo pueden arrastrarse. Algunos están allí desde el año catorce o quince. No hay ni uno que pueda andar mejor que antes. Casi todos lo hacen peor y la mayoría con las piernas enyesadas. Cada medio año vuelve a agarrarlos y les rompe de nuevo los huesos, asegurándoles que pronto sanarán. Id con cuidado; si vosotros os negáis, él no podrá hacer nada.

—Muchacho —dice uno de ellos, con voz cansada—, mejor es en los pies que no en la cabeza. ¿Sabes, por casualidad, lo que puede ocurrirte si vuelves al frente? Que hagan lo que quieran mientras pueda regresar a casa. Es preferible tener los pies zambos que estar muerto.

El otro, un joven como nosotros, no quiere que se lo hagan. A la mañana siguiente, el viejo los manda llamar a los dos y les habla y amenaza hasta que acceden. ¡Qué otra cosa podían hacer! No son sino unos pobres caloyos y él es un pez muy gordo. Regresan escayolados y cloroformizados.

Albert sigue mal. Vienen a buscarle para amputar. Le cortan la pierna. Ahora apenas habla. Un día dice que, cuando le sea posible, cogerá un revólver y se suicidará.

Llega otro cargamento. A nuestra sala vienen dos ciegos.

Uno de ellos, muy joven, es músico. Las hermanas no traen nunca cuchillo cuando le sirven la comida, ya que una vez se lo arrebató a una de ellas. A pesar de esta precaución, se produce un incidente. Por la noche, mientras le dan de cenar, llaman a la hermana desde otra sala y ella deja el plato y el tenedor encima de la mesita. El busca a ciegas el tenedor y cuando lo ha encontrado, se lo clava con fuerza sobre el corazón; después coge un zapato y golpea el mango con toda su fuerza. Pedimos auxilio y se precisan tres hombres para arrancarle el instrumento del pecho. Las romas púas habían penetrado profundamente. Nos inquieta durante toda la noche y nadie puede dormir. Por la mañana sufre una violenta crisis nerviosa.

Las camas siguen desocupándose. Transcurren días y más días entre dolores, angustias, gemidos y agonías. La «habitación de la muerte» ya no resuelve el problema; faltan camas. Por la noche la gente muere incluso en nuestra sala. Los óbitos se suceden con tanta rapidez, que las monjas se ven impotentes para dar abasto.

Sin embargo, un día se abre bruscamente la puerta de la sala y Pedro entra tendido en la camilla. Está pálido, demacrado, pero se incorpora triunfal luciendo sus enmarañados rizos negros. La hermana Libertina, con el rostro radiante, lo conduce hasta su antigua cama. Ha vuelto de la «habitación de la muerte» cuando hacía tiempo ya que le creíamos enterrado. Mira a su alrededor.

—¿Eh? ¿Qué os parece?

Y el mismo José debe reconocer que es la primera vez que esto sucede.

Paulatinamente, alguno de nosotros podemos levantarnos. También a mí me dan dos muletas para cojear de un lado a otro. Sin embargo, las utilizo poco. No puedo soportar la mirada de Albert mientras paseo por la sala. ¡Me contempla con unos ojos tan extraños! Por eso, algunas veces me escapo hacia el pasillo; allí puedo moverme con más libertad.

En el piso de abajo están los heridos en el vientre, en la columna vertebral, en la cabeza y los amputados de dos miembros. En el ala derecha están los heridos en los maxilares, los enfermos de gases o los que han recibido tiros en la nariz, las orejas y la garganta. En el ala izquierda los ciegos, los heridos en el pulmón, en la pelvis, en las articulaciones, en los riñones, en los testículos y en el estómago. Aquí uno se da cuenta de en cuántos lugares puede ser herido un hombre.

Dos enfermos mueren de tétanos bacilar. La piel se les pone lívida, los miembros rígidos y, finalmente, durante mucho tiempo, sólo los ojos parecen vivos. Hay algunos con el miembro herido suspendido en el aire por una especie de horca, mientras debajo, en el suelo, una palangana recoge el pus que gotea de la herida. Cada dos o tres horas vacían el recipiente. Otros están metidos en un aparato de distensión continua con grandes pesas colgando de su cama. Veo heridas en los intestinos que están constantemente llenas de excrementos. El secretario del médico me muestra radiografías de rodillas, omoplatos y caderas completamente astillados.

No puede comprenderse que encima de unos cuerpos tan destrozados se sostengan todavía rostros humanos en los que la vida siga su curso cotidiano. Y este es tan sólo uno de los innumerables centros sanitarios, es un solo hospital. Los hay a miles en Alemania; a miles en Francia; a miles en Rusia. ¡Qué inútil debe ser todo lo que se ha escrito, hecho o pensado en el mundo, cuando todavía es posible una cosa así! Forzosamente, todo ha de ser mentira e insignificancia cuando la cultura de miles de años no ha podido impedir que se derramaran estos torrentes de sangre ni que existieran esas cárceles del dolor y el sufrimiento. Tan sólo el hospital da un auténtico testimonio de lo que es la guerra.

Soy joven, tengo veinte años, pero no conozco de la vida más que la desesperación y la muerte, la angustia y el tránsito de una existencia llena de la más estúpida superficialidad a un abismo de dolor. Veo que los pueblos son lanzados los unos contra los otros, y se matan sin rechistar, sin saber nada, locamente, dócilmente, inocentemente. Veo cómo los más ilustres cerebros inventan armas y frases para hacer posible todo esto durante más tiempo y con mayor refinamiento. Y como yo, lo ven todos los hombres de mi edad, aquí y entre los otros, en todo el mundo; conmigo lo está viviendo toda mi generación. ¿Qué harán nuestros padres si un día nos levantamos y les exigimos cuentas? ¿Qué esperan de nosotros cuando la guerra haya terminado? Durante años enteros, nuestra ocupación ha sido matar; ha sido el primer oficio de nuestra vida. Nuestro conocimiento de la vida se reduce a la muerte. ¿Qué puede, pues, suceder después de esto? ¿Qué podrán hacer de nosotros?

El más viejo de nuestra sala es Lewandowski. Tiene cuarenta años y hace diez meses que está en el hospital con una grave herida en el vientre. Hasta estas últimas semanas no ha mejorado lo suficiente para poder cojear, encorvado, por la sala.

Hace unos días que está muy inquieto. Su mujer le ha escrito, desde su pueblecito de Polonia, diciéndole que ha podido reunir el dinero que cuesta el viaje y que viene a verle.

Ya está en camino y puede llegar de un momento a otro. Lewandowski no prueba bocado. Incluso nos cede la salchicha con coles después de darle algunos mordiscos. Siempre va arriba y abajo con la carta entre los dedos. Todos la hemos leído una docena de veces. Y ya no recuerdo en cuántas ocasiones hemos examinado el sello. Apenas son legibles las letras entre huellas de dedos sucios y manchas de grasa; finalmente, sucede lo inevitable. Lewandowski empeora y tiene que acostarse de nuevo.

Hace dos años que no ha visto a su mujer. Entretanto, ella ha tenido un niño. Lo trae. Sin embargo, no es esto lo que preocupa a Lewandowski. El creía poder obtener autorización para salir cuando ella llegara. Ya que, naturalmente, verse está muy bien, pero cuando uno vuelve a encontrar a su mujer después de tanto tiempo, quiere, si es posible, algo más.

Lewandowski ha hablado de ello con todos nosotros durante horas enteras; en el servicio no tenemos secretos de este tipo, y nadie lo ha encontrado censurable. Los que ya pueden salir a la calle le han indicado algunos rincones propicios; paseos y parques donde podrá hacerlo sin que le molesten. Incluso alguien sabe de una habitación.

Pero, ¿cómo se las arreglará ahora? Lewandowski ha tenido que acostarse y está preocupado. Si debe privarse de esto, todo le es ya indiferente. Intentamos consolarle y le prometemos arreglarlo de una forma u otra. Al día siguiente, por la tarde, llega su mujer; una cosa menuda y marchita con ojillos de pájaro asustado, que lleva una especie de manteleta negra llena de cintas y lazos. Sabe Dios de dónde la habrá sacado.

Murmura algo en voz baja y permanece tímidamente en el dintel. Se asusta al ver que hay seis hombres.

—Vamos, María —dice Lewandowski, y las palabras parecen tropezar con su nuez—. Entra sin miedo, que no te harán nada.

Entra y va de uno a otro dándonos la mano. Después nos enseña el niño que, mientras, se ha ensuciado en los pañales. Abre una gran bolsa bordada con lentejuelas de la que saca un pañal limpio para mudar, diestramente, al pequeño. Con esto parece haberse animado algo, y marido y mujer comienzan a charlar.

Lewandowski está muy nervioso. Nos mira a cada momento con sus ojos como platos en los que brilla la desilusión.

La hora es favorable. El médico ya nos ha visitado. Sólo alguna que otra monja podría asomar la nariz por la sala. Es por esto que uno de nosotros sale a espiar al pasillo. Vuelve y dice:

—No se ve ni una rata. Vamos, Juan, díselo pronto y termina de una vez.

Empiezan a hablar en su idioma. La mujer nos mira ruborosa y cohibida. Sonreímos amistosamente, y con las manos le hacemos unos gestos desenvueltos como queriendo decir: «¡Venga, venga!» ¡Al diablo los prejuicios! Estaban bien en otro tiempo; ahora el ebanista Juan Lewandowski, soldado herido, ha vuelto a ver a su mujer. ¡Quién sabe cuándo se encontrarán de nuevo! ¡Quiere poseerla y la poseerá: la cosa es sencilla!

Dos hombres se colocan ante la puerta para detener a las monjas y entretenerlas si por casualidad quisieran entrar. Están dispuestos a vigilar durante un cuarto de hora.

Lewandowski sólo puede tenderse sobre un lado. Por esta razón debemos colocarle unas almohadas en la espalda. Albert se hace cargo del niño; nosotros nos volvemos un poco; la manteleta negra desaparece debajo del cobertor y nos ponemos a jugar a cartas hablando en voz alta de cualquier cosa. Todo va bien. Tengo en las manos un juego terrible, pero todavía conservo esperanzas de arreglarlo. Así llegamos casi a olvidar a Lewandowski. Al cabo de un rato, el niño empieza a llorar, a pesar de que Albert lo mece desesperadamente. Después oímos un leve crujido, un ligero rumor, y cuando incidentalmente levantamos la cabeza, vemos que el niño tiene ya el biberón en la boca y está con su madre. La cosa ha funcionado.

Ahora nos sentimos como una gran familia. La mujer está muy animada y Lewandowski, empapado en sudor, nos sonríe desde su cama.

Vacía la bolsa bordada y salen de ella unas excelentes salchichas. Lewandowski coge el cuchillo como si fuera un ramo de flores y corta la carne en pedazos. Nos señala con un gesto magnánimo y la mustia mujercita va sonriendo de uno a otro, mientras distribuye las porciones. En estos momentos, la encuentro hasta bonita. Le llamamos «mamá». Ella, contenta, nos ahueca las almohadas.

Al cabo de unas semanas he de ir, cada mañana, al Instituto Zander. Allí sujetan mi pierna a un aparato y la obligan a hacer movimientos. El brazo ha sanado hace tiempo.

Del frente van llegando más transportes. Las vendas no son ya de tela; están hechas simplemente con papel blanco y rizado. En el frente escasea el tejido para los apósitos.

El muñón de Albert sana bien. La herida casi está completamente cerrada. Dentro de algunas semanas tendrá que ir a un instituto de prótesis. Sigue hablando poco y es mucho más serio que antes. A menudo se interrumpe a la mitad de una conversación y se queda mirando fijamente hacia adelante. Si no estuviera con nosotros hace tiempo que se hubiera suicidado. Sin embargo, ahora ha superado el período más difícil. A veces nos contempla mientras

jugamos a cartas.

Obtengo un permiso de convalecencia.

Mi madre no quiere dejarme marchar. ¡Está tan débil! Todo ha sido peor todavía que la última vez.

Después me reclaman del regimiento y regreso al frente.

Me es doloroso despedirme de mi amigo Albert Kropp. Pero en la vida militar uno se acostumbra a todo; es cuestión de tiempo.

Capítulo 11

Ya no contamos las semanas. Estábamos en invierno cuando llegué, y al estallar las granadas, los terrones helados eran casi tan peligrosos como la metralla. Ahora los árboles han vuelto a verdear. Nuestra vida oscila entre el frente y las barracas. En parte ya estamos acostumbrados; la guerra es una causa de muerte como el cáncer o la tuberculosis, como la gripe o la disentería. Sólo que los casos mortales son más frecuentes, más variados y más crueles.

Nuestros pensamientos son como barro que el paso del tiempo va moldeando: buenos cuando estamos en las barracas e inexistentes mientras permanecemos bajo el fuego. Hay embudos en los campos y en nuestros espíritus.

Todos son así, no sólo nosotros. No existe el pasado, nadie sabe a ciencia cierta cómo era. Las diferencias creadas por la cultura y la instrucción casi se han borrado, apenas son perceptibles. A veces proporcionan algunas ventajas para sacar mejor partido de una situación; pero a menudo ocasionan inconvenientes, pues suscitan escrúpulos que ya tenían que haber desaparecido. Es como si antes todos hubiéramos sido monedas de distintos países; las han fundido, y ahora todas llevan el mismo cuño. Si se quieren encontrar diferencias ha de acudir a la primera materia. Somos soldados, y tan sólo después, extraña y vergonzosamente, nos consideramos individuos. Hay entre nosotros una gran fraternidad que, de una manera singular, reúne un reflejo de la camaradería de las canciones populares, algo del sentimiento solidario de los presidiarios y el desesperado auxilio mutuo de los condenados a muerte; una fraternidad que lo funde todo y lo sitúa en un plano de nuestra existencia, donde incluso en medio del peligro, sobresale de la angustia y la desesperación de la muerte y se apodera rápidamente de las horas rescatadas para la vida, sin que en todo ello encuentre lugar el patetismo. Si quisiéramos definirla, diríamos que es heroísmo y trivialidad al mismo tiempo; pero,

¿quién se preocupa de esto?

Es a causa de ese estado de ánimo que cuando se anuncia un ataque enemigo, Tjaden traga a toda prisa su sopa de guisantes con tocino, porque ignora si dentro de una hora seguirá vivo. Hemos discutido mucho a propósito de si esto está bien o mal hecho. Kat lo desaprueba diciendo que es preciso contar con la eventualidad de recibir una bala en el vientre, cosa que es mucho más peligrosa si el estómago está lleno que si está vacío.

Estos son nuestros problemas; nos los tomamos muy en serio y no podría ser de otro modo. La vida, aquí en la frontera de la muerte, tiene una línea de extraordinaria simplicidad, se limita a lo estrictamente necesario; el resto está profundamente dormido. Esto es nuestro primitivismo y nuestra salvación. Si nos comportáramos de otro modo, haría tiempo ya que habríamos enloquecido, desertado o muerto. Es como una expedición a las regiones polares; toda manifestación vital ha de aplicarse, tan sólo, a conservar la existencia y debe forzosamente orientarse en este sentido, el resto está de más, ya que consumiría inútilmente energías.

Es el único modo de salvarnos, y a menudo, yo me considero un extraño cuando en las horas de tranquilidad, el reflejo misterioso de otros tiempos me revela, como en un espejo empañado, el contorno de mi actual existencia; entonces me admira que esa inefable actividad que conocemos por vida haya podido adaptarse incluso a esta forma. Todas las demás manifestaciones están sumidas en un sueño invernal; la vida es tan sólo un constante estar alerta contra la amenaza de la muerte; nos ha convertido en bestias pensantes para entregarnos el arma del instinto; ha embotado nuestra sensibilidad para que no desfallezcamos ante el horror que, con la conciencia clara, nos aniquilaría; ha despertado en nosotros el sentido de camaradería para librarnos del abismo del aislamiento; nos ha prestado la indiferencia de los salvajes para que, a pesar de todo, podamos encontrar siempre el elemento positivo y nos sea posible conservarlo como defensa contra los ataques de la nada; vivimos así una existencia cerrada y dura, puramente superficial y sólo de vez en cuando, un acontecimiento hace saltar algunas chispas de nuestro interior. Entonces, sin embargo, se levanta en nosotros una enorme llamarada, pesada y terrible, de anhelo.

Estos son los momentos peligrosos que nos demuestran que, no obstante, la adaptación es sólo artificial; que no es verdadera calma, sino únicamente una potente tendencia a la calma. Por lo que respecta a las formas exteriores de vida, no se diferencian apenas de aquellas que detentan los negros de la selva; pero mientras ellos pueden permanecer siempre así porque es su estado natural y seguirán desarrollándose tan sólo por el esfuerzo de sus facultades, en nosotros sucede lo contrario; nuestras fuerzas interiores están obligadas, no a un desarrollo, sino a una regresión. Ellos son libremente normales; nosotros

forzosamente artificiales.

Y es con espanto que por la noche, al despertar de un sueño y a la merced del encantador torrente de visiones que nos inunda, sentimos la fragilidad del soporte y la debilidad del muro que nos separa de las tinieblas. Somos llamitas ligeramente protegidas por delgadas pantallas contra la desatada tempestad del aniquilamiento y de la locura, a causa de la que oscilamos y algunas veces casi nos extinguimos. Después, el sordo rumor de la lucha es como un anillo que nos rodea; nos acurrucamos en nosotros mismos, y con los ojos muy abiertos, contemplamos la noche. Tenemos como único consuelo el jadeo de los camaradas que duermen, y así esperamos el amanecer.

Cada día y cada hora, cada granada y cada muerte, van royendo este frágil soporte, y los años lo liman rápidamente. Me doy cuenta de que, poco a poco, va desmoronándose a mi alrededor.

Aquí tenemos, como ejemplo, la estúpida historia de Detering.

Era uno de los más encerrados en sí mismos. Su desgracia provino de haber visto, en un huerto, un cerezo florido. Precisamente regresábamos del frente, y al dar un rodeo, ya cerca de las barracas, se nos apareció, como una maravilla, a la suave luz de la alborada. No tenía ni una sola hoja; era un ramillete compacto de flores blancas.

Por la noche encontramos a faltar a Detering. Compareció por fin trayendo en la mano unas ramas de cerezo florido. Le gastamos bromas preguntándole si iba a pedir la mano de su novia. No nos contestó nada y se acostó enseguida. A medianoche le oigo removerse; parece que prepara el equipaje. Me huelo un desastre y me acerco. Aparenta no darse cuenta. Le digo:

—No hagas tonterías, Detering.

—¿Qué dices? No... Es que no puedo dormir.

—Entonces, ¿por qué has ido a coger las ramas de cerezo?

—¡Me parece que puedo ir a coger lo que se me antoje! —contesta, ceñudo.

Y al cabo de un rato, prosigue:

—En casa, en el jardín, tengo cerezos; cuando florecen, si te los miras desde el pajar, parecen una sábana muy blanca. Ahora es el tiempo.

—Quizá pronto te den permiso. También pueden licenciarte temporalmente; como eres labrador...

Asiente con la cabeza, pero está como alucinado. Cuando estos campesinos se sienten trastornados, tienen una extraña expresión en el rostro, una mezcla de vaca y de dios melancólico, medio estúpida, medio conmovedora. Para

distraerle de sus pensamientos, le pido un pedazo de pan. Me lo da sin replicar. Mala señal, ya que normalmente es muy mezquino. Por esto permanezco despierto. No sucede nada; a la mañana siguiente está como siempre. Probablemente se ha dado cuenta de que le observaba. A pesar de todo, al cabo de dos días desaparece. Me doy cuenta enseguida, pero no digo nada para concederle más tiempo. Quizá logre escapar. Ya algunos han conseguido penetrar en Holanda.

Al pasar lista se nota su ausencia. Transcurrida una semana oímos decir que ha sido detenido por los gendarmes, esos despreciables policías militares. Había tomado la dirección de Alemania —cosa que naturalmente no tenía ninguna perspectiva de éxito— y siempre había actuado con una imprudencia semejante. Cualquiera podía darse cuenta, al ver esto, de que la huida no era sino una invencible nostalgia y un ofuscamiento pasajero. Pero, ¿qué saben de esto los señores miembros del Consejo de Guerra, a cien kilómetros del frente?

A veces, sin embargo, estos peligrosos sentimientos que reprimimos desde hace tiempo, estallan de otro modo, como calderas recalentadas. Es necesario, pues, contar también el fin que tuvo Berger.

Hace tiempo ya que nuestras trincheras se han hundido y nuestro frente es muy elástico de forma que propiamente no hacemos ya guerra de posiciones. Cuando se han sucedido ataques y contraataques, el frente está destrozado y se combate encarnizadamente de embudo a embudo. La primera línea no existe y surgen, por todas partes, grupos, verdaderos nidos dentro de cada agujero, desde los cuales se prosigue la lucha.

Estamos en un embudo; por el flanco avanzan los ingleses que consiguen desplegar y se sitúan en nuestra retaguardia. Quedamos cercados. Es difícil rendirse; la niebla y el humo oscilan entre nosotros; nadie se daría cuenta de que quisiéramos capitular; quizá tampoco lo deseamos. En casos así, ni uno mismo sabe lo que quiere. Oímos cómo se acercan las explosiones de las granadas. Nuestra ametralladora esparce su fuego contra el semicírculo frontal. El agua del refrigerador se evapora y nos apresuramos a pasarnos el bidón de uno a otro; orinamos dentro y así volvemos a disponer de refrigerante para seguir disparando. Sin embargo, a nuestra espalda, se aproximan las detonaciones. Unos minutos más y estaremos listos.

De pronto, otra ametralladora empieza a disparar furiosamente muy cerca de nosotros. Es Berger quien ha ido a por ella; y ahora, un contraataque que se inicia detrás de nosotros nos libera y nos pone en contacto con las líneas de segundo término.

Cuando nos encontramos ya bastante protegidos, uno de los que ha ido a buscar la comida explica que a algunos centenares de pasos hay un perro

mensajero herido.

—¿Dónde está? —pregunta Berger.

El otro describe el lugar. Berger sale para salvar al animal o para rematarlo. Hace medio año, esto ni tan sólo le hubiera preocupado; hubiera tenido más sentido común. Intentamos retenerlo, pero como está decidido, no podemos hacer otra cosa que llamarle loco y dejarle hacer; estos ataques de delirio del frente son peligrosos si no se consigue derribar enseguida al hombre y mantenerlo bien cogido. Berger mide un metro ochenta centímetros y es el más forzado de toda la compañía.

Realmente está loco, pues ha de atravesar la zona de fuego. Pero le ha alcanzado el rayo que siempre nos acecha y le ha trastornado. A otros les coge por gritar furiosamente y correr como poseídos. En una ocasión, uno de nosotros se puso a escarbar el suelo con las manos, los pies y la boca para abrir un agujero y enterrarse en él.

Claro que muchas veces estas cosas son simuladas, pero las mismas simulaciones son ya un indicio suficientemente significativo. Berger, que quería salvar a un perro, fue recogido con un tiro en la pelvis. Uno de los hombres que lo transportaban se llevó una bala en la pantorrilla.

Müller ha muerto. Le han disparado, a quemarropa, una granada en pleno vientre. Ha vivido todavía media hora con todo el conocimiento y presa de terrible dolores. Antes de morir me ha dado su cartera y me ha legado sus botas, las mismas que heredó de Kemmerich. Me van bien y me las pongo. Después de mí, las heredaré Tjaden. Se lo he prometido.

Es verdad que nos han dejado enterrar a Müller, pero no reposa en paz demasiado tiempo. Nuestras líneas retroceden. Hay demasiado «Corned-beef» y demasiada harina blanca de trigo aquí delante. Demasiados regimientos ingleses y americanos de refuerzo. Y demasiados cañones nuevos. Demasiados aviones.

Nosotros, por el contrario, estamos flacos y hambrientos. Nuestra comida es mala y tan adulterada, para que sea más abundante, que incluso enfermamos. Los fabricantes de Alemania se han enriquecido, pero a nosotros nos arden los intestinos. Las letrinas están constantemente llenas de hombres en cuclillas. Deberían enseñarse, a la gente que se ha quedado en casa, estos rostros grises, pálidos, miserables, vencidos; estos cuerpos doblegados a los que el cólico roba la sangre del vientre y que, con los labios crispados y temblorosos de dolor, tan sólo pueden remedar una sonrisa y decir:

—No vale la pena volverse a subir los pantalones.

Nuestra artillería está acabada. Le faltan municiones. Los tubos de los

cañones están tan gastados que disparan con poca precisión, y frecuentemente, envían sus obuses sobre nuestras líneas.

Nos faltan caballos. Nuestras tropas de refresco son muchachitos anémicos que necesitan un tratamiento médico, que no pueden llevar ni la mochila y que tan sólo saben morir. A millares. No conocen nada de la guerra. No saben sino avanzar y dejarse fusilar. Un solo aviador se divirtió tumbando a dos compañías enteras cuando acababan de bajar del tren, antes de que supieran lo que quiere decir cubrirse.

—Pronto se vaciará Alemania —dice Kat.

No nos queda ya esperanza de que esto pueda terminar. Ni lo imaginamos siquiera. Se puede recibir una bala y morir; se puede quedar herido y entonces el hospital es el destino más próximo. Si no os amputan, más pronto o más tarde se cae en las zarpas de uno de estos médicos militares que llevan una cruz por méritos de guerra en la solapa y dice:

—¡Cómo! ¿Por una pierna algo más corta que la otra? En el frente no es necesario correr si se tiene valor. Este hombre es útil. ¡Retírate!

Kat nos cuenta una de esas anécdotas que circulan por todo el frente, desde los Vosgos hasta Flandes; la del médico militar que va cantando los nombres de un registro y a medida que los hombres van saliendo de la fila, sin ni tan siquiera mirárselos, dice:

—Útil. Precisamos soldados allí abajo.

En esas nombra a uno que lleva una pierna de madera y el médico repite:

—Útil.

Y entonces —Kat refuerza la voz—, el hombre contesta:

—Yo llevo ya una pierna de madera, pero si ahora vuelvo al frente y un obús me vuela la cabeza, me haré poner una de madera y seré médico militar.

Estamos profundamente satisfechos de esta respuesta.

Puede haber buenos médicos, y muchos de ellos, realmente, lo son; pero entre el centenar de reconocimientos que debe sufrir cada soldado ha de caer, una vez u otra, en las garras de estos fabricantes de héroes, que se esfuerzan continuamente en transformar el mayor número posible de inútiles totales o temporales de sus listas, en útiles para el frente.

Circulan muchas anécdotas parecidas. La mayor parte mucho más crueles todavía. Sin embargo, eso no tiene nada que ver con la rebelión ni con la indisciplina. Somos leales, pero llamamos a las cosas por su nombre; hay mucha suciedad, mucha injusticia y mucha vileza en el ejército. ¿No es enorme que, a pesar de todo, regimiento tras regimiento acepten ir a una lucha

cada vez más desesperada, y que se sucedan los ataques, con una línea que va retrocediendo y haciéndose pedazos? Los tanques, de los que antes nos reíamos, se han convertido en un arma terrible. Se acercan, blindados, avanzando en largas hileras y representan para nosotros, más que cualquier otra cosa, todo el horror de la guerra.

Los cañones que nos martillean sin cesar no están a nuestra vista; las líneas ofensivas del enemigo se componen de hombres como nosotros; pero estos tanques son máquinas, llevan cadenas sin fin, como la guerra; son la imagen misma del exterminio cuando implacables bajan lentamente al fondo de los embudos y vuelven a aparecer, irresistibles, verdadera flota de acorazados, aullando y escupiendo fuego; invulnerables bestias de acero que aplastan a muertos y heridos... Ante ellas nos encogemos dentro de nuestra delgada piel; frente a su colosal pujanza, nuestros brazos son como pajas, nuestras granadas de mano como cerillas.

Granadas. Gases. Tanques... Triturar. Devorar. Morir.

Disentería. Gripe. Tifus... Ahogar. Calcinar. Morir.

Trinchera. Hospital. Fosa común... No existen otras posibilidades.

En un ataque cae Bertinck, el comandante de nuestra compañía. Era como uno de estos magníficos oficiales que va siempre delante en los momentos de peligro. Hacía dos años que estaba con nosotros y nunca le habían herido; alguna vez tenía que tocarle. Estamos en un agujero, rodeados por el enemigo. Junto al olor de la pólvora nos llega una fetidez como de aceite o petróleo. Divisamos dos hombres con un lanzallamas; uno lleva el depósito a la espalda, el otro sostiene la manga por donde ha de salir el fuego. Si logran acercarse tanto como para alcanzarnos estamos fritos, ya que, precisamente ahora, no podemos retroceder.

Disparamos contra ellos. Pero a pesar de esto, consiguen aproximarse y nuestra situación empeora. Bertinck está con nosotros en el agujero y al darse cuenta de que no les acertamos porque bastante trabajo tenemos en protegernos de la violencia del fuego enemigo, toma un fusil, se arrastra fuera del embudo, y tendido apunta mientras se levanta un poco sobre los codos... Dispara... Al mismo tiempo, una bala le alcanza. Le han herido. Él, sin embargo, ni se mueve y vuelve a apuntar. Abate un instante el fusil y después consigue ponerlo en posición. Por fin suena el disparo. Bertinck suelta despacio el arma y dice:

—Bien.

Y rueda hacia dentro. De los dos hombres, el que iba detrás está herido. Cae. Al otro se le escapa la manga del lanzallamas; el fuego se extiende por todas partes y el hombre arde. Bertinck tiene una bala en el pecho. Al cabo de

un rato, un trozo de metralla se le lleva el mentón. El mismo pedazo tiene todavía fuerza para abrir un enorme agujero en la cadera de Leer. Este gime, se apoya sobre los brazos y se desangra rápidamente. Nadie puede asistirle. Transcurridos unos minutos se dobla como un pellejo vacío. ¿De qué le ha servido ser tan buen matemático en la escuela?

Pasan los meses. Este verano de 1918 es el más sangriento y el más penoso. Los días parecen ángeles de oro y azul planeando, inasequibles, sobre el círculo de la muerte. Todos sabemos que vamos a perder la guerra.

No se habla mucho de ello. Retrocedemos; después de esta gran ofensiva, no podremos volver a atacar; no tenemos gente ni municiones.

Pero la campaña continúa... La muerte continúa...

Verano de 1918... Jamás la vida, en su forma más humilde, nos ha parecido tan deseable como ahora; las amapolas rojas de los prados que circundan nuestros barracones; los brillantes insectos en los tallos de la hierba; los cálidos atardeceres en las frescas habitaciones penumbrosas; los negros y misteriosos árboles del crepúsculo; las estrellas y el lento fluir del agua; los sueños y el gran reposo... ¡Oh, vida, vida, vida!

Verano de 1918... Jamás se han soportado más silenciosos dolores cuando llega el momento de partir hacia el frente. Los salvajes y acuciantes rumores de armisticio y de paz corren por todas partes, trastornan nuestros corazones y hacen la partida más dura que nunca.

Verano de 1918... Jamás la vida del frente ha sido tan amarga ni tan dolorosa como en las horas de fuego, entonces, cuando con los rostros lívidos bajo el barro, las manos se crispan en un solo: «¡No! ¡No! ¡Ahora que está terminando, no! ¡Ahora no!»

Verano de 1918... Brisa de esperanza que recorre los campos calcinados, fiebre furiosa de la impaciencia, de la decepción, estremecimiento doloroso de la muerte, pregunta sin respuesta. ¿Por qué? ¿Por qué no se termina? ¿Y por qué latén esos rumores que presagian el fin?

Vuelan tantos aviones en este sector, y tienen tanta puntería, que cazan como a liebres a los soldados aislados. Por cada avión alemán, hay como mínimo cinco ingleses o americanos. Por cada soldado alemán hambriento y extenuado en la trinchera hay cinco de vigorosos y fuertes al otro lado. Por cada pan de munición hay cincuenta latas de carne en conserva aquí enfrente. No nos han vencido, ya que, como soldados, somos mejores y más expertos que ellos; simplemente nos han aplastado, machacado con su enorme superioridad numérica.

Ha llovido durante algunas semanas; cielo gris, tierra gris que se deshace

en el agua, muerte gris. Cuando vamos hacia el frente, en los camiones, la humedad penetra a través de los capotes y los uniformes y persiste mientras permanecemos en las trincheras. No nos secamos nunca. Aquellos de nosotros que todavía llevan botas se las cierran por arriba con sacos de arena para que el lodo tarde más en entrar. Los fusiles se encasquillan, los uniformes están cubiertos de barro, todo está inundado y diluido, todo es una masa de tierra aceitosa, empapada, chorreando, con charcos amarillentos en los que flotan espirales rojas de sangre y donde los muertos y los supervivientes van hundiéndose lentamente.

La tempestad azota nuestras cabezas. El granizo de metralla arranca de esta turbia masa amarilla y grisácea los gritos infantiles de los heridos, y por las noches, la vida hecha pedazos gime penosamente hacia el silencio. Nuestras manos son tierra, nuestros cuerpos fango, nuestros ojos charcos de lluvia. No sabemos ni siquiera si vivimos.

Después, el calor nos aplasta en los embudos, pegajoso y húmedo como una medusa; y uno de estos últimos días veraniegos, al ir a buscar los víveres, Kat cae herido. Estamos solos. Le vendo la herida; parece que le han fracturado la canilla. Es un tiro en el hueso y Kat gime desesperadamente.

—¡Precisamente ahora! ¡Precisamente ahora!

Le consuelo.

—Quién sabe lo que durará esto todavía. Tú, momentáneamente, te libras de todo.

La herida sangra violentamente, Kat no puede permanecer solo mientras voy a por una camilla. Por otra parte no creo que haya cerca ninguna estación sanitaria.

Kat no pesa mucho. Así pues, me lo cargo a las espaldas y me dirijo al puesto de socorro.

Descansamos dos veces. El transporte le produce fuertes dolores. Apenas hablamos. Me desabrocho la guerrera y respiro con fuerza; sudo y tengo el rostro hinchado por el esfuerzo. A pesar de todo le doy prisa porque el lugar es peligroso.

—¿Sigamos, Kat?

—No queda más remedio, Pablo.

—Vamos, pues.

Lo levanto. Se sostiene sobre la pierna sana y se apoya en un árbol. Entonces cojo con precaución la pierna herida, tomo impulso y le paso el brazo por debajo de la rodilla de la pierna intacta.

El camino se hace más difícil. De vez en cuando silba alguna granada. Corro tanto como me es posible pues la sangre de Kat va regando el suelo. Apenas si conseguimos protegernos de los obuses porque antes de que podamos cubrirnos ya han estallado.

Nos metemos en un pequeño embudo para descansar un poco. Le doy té que llevo en mi cantimplora. Fumamos un cigarrillo.

—Bueno, Kat —digo con melancolía— ahora tendremos que separarnos.

Me contempla en silencio.

—¿Te acuerdas de cuando requisamos aquella oca? ¿Y de cuando me libraste de aquel jaleo el día que, siendo todavía un pobre caloyo, me hirieron por primera vez? Yo todavía lloraba entonces. Hace casi tres años, Kat.

Afirma con la cabeza.

Nace en mi interior el miedo a quedarme solo. Cuando se hayan llevado a Kat, ya no me quedará aquí ningún amigo.

—Kat, tenemos que volver a vernos, de todos modos, si se hace la paz antes de que tú regreses.

—¿Con el hueso así quieres que vuelva? —pregunta amargamente.

—Haciendo reposo se te curará bien. La articulación está intacta. Todavía puede soldarse.

—Dame un cigarrillo —me dice.

—Quién sabe si todavía podremos hacer algo juntos, más tarde, Kat.

Estoy muy triste. Es imposible que Kat —mi amigo Kat, el de los hombros caídos y el bigotito suave; Kat, al que conozco de forma muy distinta que a los demás hombres, Kat, con el que he vivido estos años—, es imposible que él y yo no volvamos a vernos jamás.

—Dame tu dirección, de todos modos, Kat; para cuando yo esté en casa. Te voy a dar, también la mía. Te la escribo aquí encima.

Me meto el papel en el bolsillo. ¡Qué abandonado me siento ya, a pesar de que todavía esté a mi lado! ¿Y si me disparara una bala en el pie, para poder estar a su lado?

De pronto, Kat, suelta un gemido y empalidece.

—Vámonos —barbotea.

Me levanto de un salto, febrilmente, para ayudarlo. Me lo cargo a la espalda y empiezo a correr; una carrera moderada, amortiguada, para que su pierna no se bamboleee mucho.

Tengo la garganta seca; delante de mis ojos bailan lucecitas rojas y negras cuando, con los dientes furiosamente apretados, implacable conmigo mismo, llego, por fin, tambaleándome al hospital de sangre.

Una vez allí se me doblan las rodillas; me quedan fuerzas todavía para caer del lado en que Kat tiene la pierna sana.

Unos minutos después me incorporo lentamente. Las piernas y las manos me tiemblan con violencia; a duras penas puedo coger la cantimplora y beber un trago. Los labios también me tiemblan. Sin embargo, sonrío... Kat está en lugar seguro.

Al poco rato empiezo a distinguir el confuso lío de voces que me resuena en los oídos.

—Podías haberte ahorrado el trabajo —dice el enfermero.

Le miro sin comprender. Me señala hacia Kat.

—Ha muerto.

No me doy cuenta de lo que dice.

—Tiene una bala en la canilla —le respondo.

El sanitario no se inmuta.

—Sí, esto también...

Me doy la vuelta. Mis ojos están, todavía, turbios; vuelve a empaparme el sudor; me resbala por los párpados. Me lo enjugo y miro a Kat. Está caído, inmóvil.

—¡Desmayado! —digo rápidamente.

El enfermero silba en voz baja.

—De esto entiendo más que tú. Está muerto. Me apuesto lo que quieras.

Niego con la cabeza.

—¡Imposible! Hace sólo diez minutos que he estado hablando con él. Está desmayado.

Las manos de Kat todavía están calientes; lo levanto por los hombros para darle una fricción con té. Noto que mis dedos se humedecen. Los saco de detrás de su cabeza y me doy cuenta de que están llenos de sangre. El sanitario vuelve a silbar entre dientes.

—¿Lo ves, hombre?

Sin que yo me diera cuenta, Kat ha recibido, por el camino, un pedazo de metralla en la cabeza.

Tiene un pequeño agujero; ha debido ser un trozo minúsculo. Pero ha sido suficiente. Kat ha muerto.

Me levanto lentamente.

—¿Quieres llevarte sus cosas? —pregunta el cabo.

Asiento con un gesto y me las da.

El sanitario está admirado.

—¿Erais parientes?

No, no éramos parientes. Nunca lo hemos sido...

¿Ando quizá? ¿Tengo, todavía, pies? Levanto los ojos del suelo y miro a mi alrededor. Me vuelvo y doy una vuelta entera sobre mí mismo; después otra y me detengo. Todo sigue igual que antes. Sólo que, el reservista Estanislao Kaczinsky, ha muerto.

Nada más.

Capítulo 12

Otoño. Ya no quedan muchos veteranos. Soy el último de los siete de nuestra clase. Todos hablan de paz y armisticio. Si vuelven a desengañarlos se producirá una catástrofe. La ilusión es excesivamente fuerte; no la abandonarán sin estallar. Si no llega la paz llegará la revolución.

Tengo catorce días de reposo porque he respirado un poco de gas. Paso todo el tiempo sentado en un jardín, tomando el sol. El armisticio llegará pronto, estoy convencido de ello. Entonces podremos regresar a casa.

Aquí se encallan mis pensamientos, no puedo ir más allá. Lo que con más fuerza me mueve son los sentimientos. El ansia de vivir, la nostalgia, la sangre, la embriaguez de considerarme salvado. Pero esto no son fines.

Si hubiéramos regresado a casa en 1916, el dolor y la fuerza que habíamos vivido hubieran desatado una tormenta. Si volvemos ahora, estamos débiles, deshechos, calcinados, sin raíces y sin esperanza. Ya no podremos orientarnos ni encontrarnos a nosotros mismos.

Tampoco nos comprenderá nadie; tenemos delante una generación que, ciertamente, ha vivido estos años con nosotros, pero ya tenía hogar y profesión y regresará ahora a sus antiguas posiciones, en las que olvidará la guerra; detrás de nosotros sube otra, parecida a la que formábamos, que nos resultará extraña y nos arrinconará. Estamos de más incluso para nosotros mismos.

Envejeceremos; algunos se adaptarán, otros se resignarán y la mayoría quedaremos absolutamente desamparados. Se escurrirán los años y, por fin, sucumbiremos.

Sin embargo, es posible que esto me lo haga pensar tan sólo la melancolía y el trastorno, y que ambos desaparezcan cuando me encuentre de nuevo bajo los álamos, escuchando el dulce cantar del follaje. No puedo creer que se haya evaporado completamente aquella ternura que llenaba de inquietud nuestra sangre, aquella incertidumbre, aquel encantamiento, aquella ansia de futuro, los mil rostros del porvenir, la melodía de los sueños y de los libros, el deseo y el presentimiento de la mujer... No es posible que todo se haya hundido definitivamente en los bombardeos, en la desesperación, en los burdeles para soldados.

Los árboles tienen aquí un dorado estallido multicolor; los frutos de las serbas rojean entre el follaje. Carreteras blancas se pierden en el horizonte y las cantinas zumban con rumores de paz, como panales de abejas.

Me levanto.

Estoy muy sosegado. Ya pueden llegar los meses y los años. No podrán quitarme nada más. No me quitarán nada más. Estoy tan solo y tan desesperado que puedo recibirlos sin temor. La vida que me ha conducido a través de estos años, late todavía en mis manos, en mis ojos. Ignoro si la he superado. Pero mientras ella siga ahí dentro intentará abrirse camino, lo quiera o no lo quiera mi «Yo».

Cayó en octubre de 1918, un día tan tranquilo, tan quieto en todos los sectores, que el comunicado oficial se limitó a la frase: «Sin novedad en el frente».

Había caído boca abajo y quedó, como dormido, sobre la tierra. Al darle la vuelta pudieron darse cuenta de que no había sufrido mucho. Su rostro tenía una expresión tan serena que parecía estar contento de haber terminado así.

FIN